

UN ENSAYO DE MAGNOLOGIA



TIERRA. ¿te sobra una ciudad?



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



TIERRA, ¿TE SOBRA UNA CIUDAD?

Richard Wilson

Titulo original: *And Then the Town Took Off*
Traducción: M. Orta Manzano

I

La ciudad de Superior, Ohio, desapareció en la noche del 31 de octubre.

Un conductor de camión, llamado Pierce Knaubloch, fue el primero que informó sobre el asunto. Había estado tomando copas a lo largo de la carretera 202, desquitándose así del tiempo que hubo de emplear para conseguir una segunda taza de café después de una cena. Frenó con un chillido. Si hubiera avanzado ocho metros más habría caído de cabeza en la hondonada donde estuvo en tiempos Superior.

Knaubloch no pudo ver la extensión del pozo, porque estaba muy oscuro, pero parecía grande. Más grande que si un camión de nitroglicerina hubiese volado por los aires, que fue lo primero que se le ocurrió. Retrocedió unos sesenta metros, dio unos cuantos bocinazos y luego se apresuró a entrar en una cabina telefónica.

La Policía del Estado convergió en el antiguo enclavamiento de Superior desde diversas direcciones. Después de comunicarse por radiófono de un lado a otro de la vasta hondonada, confirmaron que, sin género alguno de duda, la ciudad faltaba. Hicieron una llamada a la Guardia Nacional.

La Guardia rodeó el área de soldados, se necesitaron más de mil para impedir que la gente se cayera dentro del pozo. Un piloto que voló sobre él dijo que parecía como si una gran cuchara de las de servir helados hubiese mordido aquella parte de Ohio.

La Compañía de Ferrocarriles de Pensilvania se quejó de que le faltaba uno de sus trenes de pasajeros. El horario del tren revelaba que tenía que pasar por Superior, pero sin pararse allí, a las 11,58. Aquello parecía fijar el momento de la desaparición en la medianoche. El conductor del camión había realizado su descubrimiento poco después de medianoche.

Alguien puso de relieve la coincidencia de que el 31 de octubre es la víspera de Todos los Santos, y que la medianoche ha sido siempre la hora de las brujas.

Otros dijeron que eso era una tontería, que lo mejor era buscar las causas en la radiación. Un funcionario de la Defensa Pasiva trajo un contador Geiger, pero, por más que lo removió arriba y abajo, el contador se negó a registrar nada.

Un oficial de la Guardia Nacional se presentó como voluntario para descender con un jeep dentro de la hondonada, después que vio que había un caminito que parecía practicable. Estuvo ausente un largo rato, pero cuando salió al otro lado informó diciendo que el pozo era cóncavo, relativamente liso, y que no había ningún olor a explosivos de ninguna clase. No encontró ni

personas ni casas, ningún signo de nada, excepto el pozo mismo.

El Gobernador de Ohio le preguntó a Washington si existían planes no revelados y que afectaran al Estado. Washington dijo que no. El Pentágono y la Comisión de Energía Atómica negaron que hubiesen estado llevando a cabo experimentos secretos.

Tampoco había en Superior ninguna instalación defensiva que hubiese podido hacer explosión. La mayor fábrica de la ciudad producía cacharros de cocina y la que le seguía en importancia fabricaba chicle.

Un piloto de las Líneas Aéreas Unidas encontró a Superior a primeras horas de la mañana del 1° de noviembre. El piloto, capitán Eric Studley, que nunca había visto un platillo volante y que esperaba no tener que verlo jamás, temió que ahora no tendría más remedio. El objeto surgió fuera de un banco de nubes a cuatro mil metros de altura y Studley cambió de rumbo para no chocar con él. Tuvo al menos la satisfacción de observar que su copiloto también había visto la cosa, de la que se preguntó por qué no se estaría moviendo con aquella velocidad terrorífica que se les atribuía siempre a los platillos volantes.

Pero luego vio la aguja de la iglesia.

Unos cuantos minutos después captó un mensaje de Superior, antiguamente de Ohio, dirigido a quien pudiera importarle.

Decía que Superior se había separado de la Tierra.

Otro mensaje de radio llegó de Superior, ciudad aérea, aquel primer día. Un aficionado informó haber oído una voz no identificada que decía quejumbrosamente:

"¡Nos han dejado colgados!"

Don Cort estaba dormitando en lo que se consideraba ser el coche-tertulia de la Flecha del Pacífico cuando el tren dio un frenazo. Miró por la ventanilla, esperando que fuese Columbus, donde pensaba tomar un avión para proseguir su viaje hacia el Este. Pero no era Columbus. Todo lo que pudo ver fue un juego de linternas balanceándose a lo lejos mientras obreros ferroviarios corrían a los lados de las vías.

El revisor entró en el vagón La cabecita roja al otro lado del pasillo, y por la que Don había sentido un interés pasajero a primeras horas de la noche, preguntó:

—¿Por qué nos paramos?

—Alguien nos ha hecho señales con la bandera —dijo el revisor—. Esta vez no teníamos que detenernos en Superior.

El cabello de la muchacha era de un rojo sutil, pero falso. Cuando Don entró en el coche-tertulia había visto su cabeza sin sombrero desde lo alto y notó que el cabello a lo largo de la raya era oscuro. Los ojos de la chica estaban posados en un libro y Don tuvo oportunidad para hacer un breve

estudio de su rostro. Las mejillas estaban llenitas y sin tocar por el maquillaje. Había líneas en las comisuras de su boca que indicaban cierta tendencia a componer la expresión en un aire de descontento. Los labios eran llenitos, como las mejillas, pero resultaba obvio que la barrita escarlata había cooperado a poner su boca bastante más grande que la que la propia Naturaleza le había concedido.

La mirada de la muchacha, alzándose en aquel momento, interrumpió el examen, que había estado a punto de proseguir con la figura. Aunque más tarde tuvo ocasión de observar que se trataba de una figura bastante adecuada.

Si la joven hubiese concedido a Don Cort algo más que una mirada, o si hubiese sido una mirada experta y envolvente, habría podido contemplar a un hombre alrededor de los veinticinco, poco más o menos la edad de ella, delgado, alto y de hombros anchos, con cabellos que en tiempos fueron rubios y que ahora se aproximaban al castaño oscuro, su rostro ni feo ni guapo, y el hábito de sorberse la parte interior de su mejilla izquierda entre los dientes para mordisquearla con cuidado.

Pero probablemente todo lo que ella notó fue la cartera, que él llevaba atada con una cadena a una esposa que le colgaba de la muñeca izquierda.

—¿Estaremos aquí mucho tiempo? —le preguntó Don al conductor.

No quería que se le escapase su avión en Columbus. Cuanto antes llegase a Washington, antes se desprendería de la cartera. La manilla a la que estaba unida era una de las razones por las que su interés hacia la pelirroja sólo había sido pasajero.

—No puedo decirle —le contestó el conductor.

Cerró nuevamente la puerta y bajó a las vías.

Don vaciló, se encogió de hombros mirando a la pelirroja y dijo:

—Discúlpeme —y siguió al revisor.

Cerca de una docena de personas estaba curioseando en torno al tren mientras éste reposaba en la oscuridad lanzando vapor con un siseo. Don se abrió paso hasta la locomotora y halló un grupo mayor de gente concentrada frente al rastrillo delantero.

Una especie de barricada había sido erigida en mitad de las vías y estaba cubierta con toda clase de artilugios advertidores. Había faroles rojos, eléctricos y de batería; faros intermitentes; faros de carretera; e incluso una vieja camisa roja.

Don vio a dos hombres, que debían de ser el maquinista y el fogonero, hablando con un viejo señor barbudo que llevaba un casco de la Defensa Pasiva, un abrigo de entretiempo y unas botas de montar.

—Se caerán ustedes por el filo, se lo advierto —estaba diciendo el anciano señor.

—Si no quita usted toda esa porquería de los carriles —contestó el

maquinista—, lo aplastaré todo. ¡Fuera de las vías! ¿Está usted loco o qué?

—Mírelo usted mismo —insistía el viejo del casco blanco—. Vaya delante. Mire.

El maquinista estaba enfadadísimo. Se volvió hacia el fogonero.

—Ve tú a mirar. Síguele la corriente al viejo. Luego nos iremos.

El hombre de las barbas —se presentó a sí mismo como profesor Garet— emprendió la marcha con el fogonero. Don les siguió. Habrían recorrido unos cuatrocientos metros por el balasto cuando el fogonero se detuvo.

—Bueno —preguntó—: ¿dónde está el borde ese que usted dice? Yo no veo nada.

Los carriles parecían seguir extendiéndose indefinidamente en la oscuridad.

—Faltan todavía unos seiscientos metros, poco más o menos —contestó el profesor.

—Bueno, démonos prisa. No vamos a estar aquí toda la noche.

El viejecito cloqueó.

—Me temo que sí.

Llegaron por fin y se detuvieron a una distancia conveniente. El profesor Garet, al parecer reventando de orgullo, señaló con un gesto teatral.

—Miren —dijo—. Algo que ni Colón pudo descubrir. El filo del mundo.

La verdad era que todo parecía acabarse allí, y podían ver estrellas brillando por debajo del horizonte, en un sitio donde propiamente no se esperaría nunca ver estrella alguna.

Don Cort y el fogonero se pusieron a caminar cautelosamente hacia el filo mientras que el profesor avanzaba a zancadas con la familiaridad de quien hubiese estado por allí en ocasiones anteriores. Pero como hacía viento nadie se atrevió a acercarse demasiado.

Sin embargo, Don pudo ver que aparentemente se trataba de un filo limpio y rotundo, no uno de esos filos deshilachados o dentudos como puede causarlos una explosión. Este causaba el efecto de haber sido dibujado.

Poniéndose de puntillas y reprimiendo una sensación de vértigo, Don miró por encima del filo. No es que tuviera más necesidad de ponerse de puntillas que la de sentarse en el borde de la butaca durante el momento excitante de una película, pero la situación parecía reclamar aquella postura instintiva. Por debajo del filo podía verse una gran parte de Ohio.

Don miró al fogonero, que tenía en el rostro una expresión de incredulidad, y luego al hombre de las barbas, que no hacía más que sonreír y mover la cabeza de arriba abajo.

—Ya ven ustedes que yo tenía razón —dijo—. Se habrían precipitado de cabeza. Creo que habrían estado cayendo durante más de cinco kilómetros.

—Naturalmente todos ustedes podrían haberse quedado en el tren —decía el hombre que iba conduciendo el viejo Pontiac—, pero creo realmente que estarán más cómodos en Cavalier.

Don Cort, sentado en el asiento trasero del coche con la pelirroja del vagón-tertulia, preguntó:

—¿Cavalier?

—El Colegio. Realmente el Instituto; no está muy acreditado. ¿Cómo dijo usted que se llamaba señorita?

—Jen Jervis —repuso ella—. Geneva Jervis, en plan formal.

—Señorita Jervis, yo soy Civek. Supongo que conocerá usted al señor Cort.

La muchacha sonrió sesgadamente.

—Nos conocemos de vista.

Don asintió e hizo una mueca.

—Hay muchísimo sitio en los dormitorios —dijo Civek—. La gente no es que aporree las puertas y se ponga a gritar para que se les admita en Cavalier.

—¿Tiene usted algo que ver con el Colegio? —preguntó Don.

—¿Yo? No. Soy el alcalde de Superior. La vieja ciudad se ha puesto verdaderamente por encima del mundo, ¿no es así?

—En un abrir y cerrar de ojos —concedió Geneva Jervis—. Si lo que dicen el señor Cort y el fogonero es verdad. Personalmente todavía no he visto el filo.

—Tendrá usted una oportunidad mejor de verlo por la mañana —dijo el alcalde— si no volvemos a posarnos mientras tanto.

—¿Hubo alguna explosión? —preguntó Don.

—No. No hubo nada de particular. Por lo menos yo no noté nada. Estaba viendo en la televisión el programa de última hora, o por lo menos intentando verlo, porque mi casa está en un hoyo y la recepción es muy mala, sobre todo cuando lo que ponen son viejas películas inglesas. Pues bien, de pronto la cinta se corta y nos quedamos sin ver nada.

Después sonó el teléfono y era el profesor Garet.

—¿El viejo ese de las barbas y las botas de montar? —preguntó Jen Jervis.

—Sí. Osbert Garet, profesor de Magnología en el Instituto Cavalier de Ciencias Aplicadas.

—¿Profesor de qué?

—De Magnología. Como iba diciendo, el Instituto todavía no está muy acreditado. Bueno, el caso es que el profesor Garet me telefoneó y me dijo: "Héctor", porque me llamo Héctor, Héctor Civek, "todo está por las nubes." Naturalmente estaba haciendo su chistecito. Yo le dije: "¿Cómo?" y entonces me lo contó todo.

—¿Qué es lo que le contó? —preguntó Jen Jervis—. Quiero decir, ¿es que tiene él alguna teoría acerca de esto?

—Tiene teorías sobre todo lo habido y por haber. Creo que lo que trataba de explicarme era que esta... bueno, esta levitación venía a confirmar su principio magnológico.

—¿Qué es eso? —preguntó Don.

—No tengo la menor idea. Yo soy un político, no un científico. El profesor Garet siguió hablando un rato por el teléfono acerca del magnetismo y de la gravedad, pero yo creo que me llamó sólo para hacerme un favor, para que al día siguiente el alcalde no apareciera como un estúpido, sin saber que su ciudad se había dado el bote.

—¿Cuántos habitantes tiene Superior?

—Tres mil, incluyendo a los estudiantes que están en el Instituto. Tres mil cuarenta, contando a la gente del tren. Me temo que tendrán ustedes que quedarse con nosotros durante algún tiempo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Jen Jervis alarmada.

—Pues mire, la verdad es que no veo cómo podrán descender. ¿Ve usted alguna posibilidad?

—¿Tiene aeropuerto Superior? —preguntó Don—. Tengo que volver a... a la Tierra.

Resultaba raro tener que decirlo de aquella manera.

—Ni pensarlo —contestó Civek—. Nada de aeropuerto. Ni un campito para que pueda aterrizar un avión.

—Bueno, un avión no —dijo Don condescendiente—, pero ya sabemos que un helicóptero aterriza en cualquier parte.

—Aquí no hay ni un solo helicóptero.

—Puede que no haya. Pero me apuesto algo a que cuando sea de día habrá un verdadero enjambre a nuestro alrededor.

—Hum, no sé qué le diga —repuso Héctor Civek sibilinamente.

Don no pudo captar del todo su expresión en el espejo retrovisor.

—Supongo que sí, que puede que vengan. Bueno, aquí está Cavalier. Vayan ustedes derecho por aquella puerta, por donde van los demás. Allí está el profesor Garet. Tengo que verle; discúlpenme.

El alcalde se puso a correr por el patio del Colegio. Don miró a Geneva Jervis, que fruncía las cejas.

—¿Está usted pensando quizá —preguntó él que el alcalde Civek tal vez no se está franqueando mucho con nosotros?

—En lo que estoy pensando es en que —dijo ella— más me habría valido quedarme con tita Hattie anoche y después coger el avión para Washington.

—¿Washington? —preguntó Don entusiasmado—. Allí es a donde yo voy. Bueno, quiero decir que era a donde iba antes de que Superior se hiciese aérea. ¿Qué hace usted en Washington, señorita Jervis?

—Trabajo para el Gobierno. ¿No es lo que hace todo el mundo?

—Todo el mundo, no. Yo, por ejemplo. no soy de esos.

—¿No? —preguntó ella asombrada—. A juzgar por esa maletita que lleva usted prendida a la muñeca. Podría creerse que es un correo del Pentágono. O del mismo Estado quizá.

El se echó a reír rápida y ruidosamente, porque la verdad era que la joven casi había acertado de lleno, cosa que no dejaba de resultar inquietante.

—¡Oh, no! No se trata de nada tan sensacional. Simplemente soy un mensajero del Banco Riggs, eso es todo. ¿Dónde trabaja usted?

—Estoy con el senador Bobby Thebold. S.O.B.

Una vez más Don se echó a reír.

—Estoy seguro de que lo es.

—¡Señor Cort! —exclamó ella, irritadaSabe usted tan bien como yo que S.O.B. substituye a Senate Office Building (Departamento Senatorial de Construcciones). Soy su secretaria.

—Lo siento. Será mejor que entremos y busquemos un sitio para dormir. Se está haciendo tarde.

—Sitios para dormir —corrigió ella.

Parecía estar enfadada.

—Claro, eso es lo que quise decir —rectificó Don, desconcertado por la forma con que ella había recalcado el plural—. Venga usted. Dondequiera que la pongan, lo más probable será que esté rodeada de alumnas.

Cogió la maleta de la muchacha y les salió al encuentro una mujer de cabellos grises que se presentó a sí misma como señora Garet.

—Procuraremos que estén ustedes cómodos —prometió—. ¡Qué nochecita, eh! El profesor está sencillamente fuera de sí No hemos tenido tanta excitación desde que estalló el cosmolineador.

Vislumbraron a lo lejos al profesor, todavía con su casco de la Defensa Pasiva, revolviendo una esquina y gesticulando salvajemente mientras hablaba con alguien embutido en una blanca bata de laboratorio.

II

Don Cort había dormido, pero no bien. Había tratado de comprimir la cartera para poder pasársela por la manga de forma que le fuera factible quitarse la chaqueta, pero lo que quiera que estuviese dentro de la cartera era demasiado voluminoso. Cavalier le había suministrado una habitación individual al extremo de una de las salas destinadas a dormitorio. Allí pudo quitarse los pantalones, pero tuvo que acostarse con la chaqueta y la camisa puestas. Se levantó sintiéndose resuelto a todo, y se acicaló lo mínimo indispensable.

Eran las ocho de la mañana, según el reloj de la muñeca no amanillada, y las cosas seguían marchando. Tuvo una visión del patio del Colegio desde el marco de su ventana.

Un sol brillante resplandecía sobre gente joven que por lo general se encaminaba hacia un edificio rechoncho, mientras que otros grupos andaban un tanto a la ventura. Los primeros serían estudiantes que iban a desayunar, supuso él, y los otros serían miembros del Instituto.. El aire estaba muy claro y se distinguían muy bien las largas sombras matinales. Sólo entonces se acordó de una manera rotunda de que tanto él como la ciudad en pleno de Superior estaban por los aires.

Atravesó el dormitorio. Unos cuantos estudiantes estaban todavía durmiendo. Los demás se habían marchado dejando las camas sin hacer. Tuvo un escalofrío al salir al ¡re libre. Hacía fresquito, aunque no estaba helando, y su aliento se percibía de forma bien visible Decidió que lo primero que haría sería desayunar, con objeto de sentirse lo bastante fuerte para echar una larga ojeada sobre el filo, a la plena luz del día, hacia la madre Tierra, que debía de estar abajo.

El refectorio, o como quiera que lo llamasen, era de estilo cafetería, y Don entró después de recoger una bandeja con jugo de tomate, huevos y café. No vio a ningún conocido. pero cuando dirigía una mirada circular buscando una mesa, una muchacha rubia y cimbreña le sonrió y le hizo un gesto señalándole el asiento vacante que había frente a ella.

—Usted es el señor Cort —afirmó ella—. ¿Quiere sentarse conmigo?

—Gracias —respondió él descargando su bandeja—. ¿De qué me conoce usted?

—El hombre misterioso con la muñeca esposada. Sería difícil no verle. Yo soy Alis, esto es, A-l-i-s, no A-l-i-c-e, Garet. ¿Pertenece usted al F.B.L? ¿O acaba de escaparse de la cárcel?

—Encantado. No, no soy más que un mensajero bancario. ¡Qué nombre tan raro! ¿Hija del profesor Garet?

—La misma —contestó ella—. Además hija única. Una lástima,

porque si hubiésemos sido dos habría tenido un cincuenta por ciento de probabilidades de poder ir a la Universidad. Tal como están las cosas estoy obligada por el deber a representar a la segunda generación en la fábrica de tornillos.

—¿Fábrica de tornillos? ¿Se refiere usted a Cavalier?

Don se esforzaba en manipular con el cuchillo y el tenedor sin derribar las cosas que había sobre la mesa con su cartera colgante.

—Déjeme, yo le cortaré eso —se ofreció Alis—. Mañana será mejor que tome usted huevo escalfado. Pues sí, como le iba diciendo, Cavalier, hogar de la teoría de los locos y del último alquimista.

—Estoy seguro de que esto no es tan malo como usted me dice. Gracias por haberse molestado. En cuanto a mañana, espero que ya me habré marchado de aquí.

—¿Cómo se baja usted de un elefante? Es una vieja adivinanza. No la sabe usted; no sabe bajarse más que de un pato. ¿Cómo proyecta bajarse desde Superior?

—Ya encontraré la forma. De momento estoy más interesado por saber cómo he subido hasta aquí.

—Ha sido usted levitado, lo mismo que todos los demás.

—Parece como si pretendiera usted, señorita Garet, hacer aparecer esto como una cosa deliberada, como si alguien hubiese halado de todo un parche de terreno sólido para algún propósito turbio.

—Nada de turbio, señor Cort. En cuanto a lo de deliberado, eso depende del punto de vista. Por lo que veo no ha leído usted los periódicos.

—No sabía que aquí existiera ninguno.

—En realidad no hay más que uno. El Centinela de Superior, un semanario. Este es un número extraordinario. Ed Clark debe de haber estado levantado toda la noche preparándolo.

Abrió su bolso y desplegó un periodiquito de cuatro páginas.

Don parpadeó al ver el titular LA CIUDAD ALZA EL VUELO —Ed Clark es más bien un excéntrico, como todo el mundo en Superior —explicó Alis.

Don leyó la historia, que le pareció una versión más bien caprichosa de una situación aparentemente grave.

"A los residentes que tienen negocios fuera de la ciudad se les aconseja que no salgan hoy de las afueras. Hay un largo camino hacia abajo. Usualmente Superior estaba rodeado por Ohio, pero termina al pie de la letra en la misma línea de demarcación de la ciudad.

"Se ha constituido una Comisión Ciudadana de Urgencia para la Construcción De Vallado. pero mientras tanto se les advierte a todos que se mantengan lejos del filo. La ley de la gravedad parece haber sido repelida por

la ciudad en conjunto, pero se duda si la misma exención regiría para el individuo aislado con pruritos de investigador..."

Don pasó por alto el resto de la información.

—No veo que en esto haya nada de deliberado.

Alis había estado echándole crema y azúcar al café de Don. Se lo alargó luego y dijo:

—No está en la página primera. Ed Clark y el alcalde Civek no se llevan muy bien, por eso verá usted las declaraciones del alcalde en un recuadro de la página tercera, al fondo.

Don desplegó el periódico en la forma adecuada, tomó un sorbo de café, dio las gracias con una inclinación de cabeza, y leyó:

EL ALCALDE PRETENDE LA SECESIÓN DE LA TIERRA

"El alcalde, Héctor Civek, en una proclama repartida localmente a mano y arrojada al resto del mundo en una botella de plástico inastillable, ha dicho hoy que Superior se ha separado de la Tierra. Sus razones fueron tan vagas como su explicación "Las razones incluyen entre otras: 1) Superior ha sido discriminada desfavorablemente por las Agencias del Condado, del Estado y de la Federación; 2) el Instituto Cavalier ha sido colocado ante la irrisión del Globo por centros (aparentemente de crédito bien fundado) ortodoxos como Facultades y Universidades; y 3) los exportadores de chicle han conspirado contra la Compañía de Chicle Burbujeante de Superior recurriendo a una injusta elevación de precios.

"La explicación consiste en un tratado de 63 páginas sobre Magnología Aplicada por el profesor Osbert Garet, de Cavalier, que el director de este periódico a) no entiende; b) carece de espacio para publicarlo; y que (estando escrito con una letra terrible), c) no tiene la temeridad de pedirle a su linotipista que lo ponga en claro."

Don dijo:

—Me está empezando a resultar simpático este Ed Clark.

—Es un sol —opinó Alis—. Es casi la única persona de la ciudad que se las tiene tiesas con papá.

—¿Pretende su padre ser él quien ha levitado a Superior de la faz de la Tierra?

—No, conmigo no lo pretende. Soy una de las cruces de su vida, una escéptica. Renunció a magnolizarme cuando cumplí los dieciséis años. En la escuela tuve un profesor de Ciencias, claro que no en Superior, que me proporcionó toda una serie de preguntas embarazosas para hacérselas a papá. Le hice las preguntas, ya que soy curiosa por temperamento, y desde entonces papá me desautorizó intelectualmente.

—¿Qué edad tiene usted, señorita Garet, si me permite la pregunta?

Se sentó muy derecha y se estiró el suéter ajustándoselo a la falda,

poniendo de relieve su tipito juncal. A un amigo Don le habría descrito la figura como sobresaliente La muchacha tenía ojos burlones, nariz descarada y labios brillantes e infantiles. Todo en ella la capacitaba para ser reina de un centro escolar mucho más poblado que el Instituto de Cavalier.

—Puede usted llamarme Alis —autorizó ella. —Y tengo diecinueve años.

Don sonrió.

—¿Ya cumplidos?

—Hace tres meses. ¿Qué edad tiene usted, señor Cort?

—Hace veintiséis años que utilizo el nombre de Don. Por favor, utilízalo tú también.

—Con mucho gusto. Y ahora, Don, a menos que quieras tomar otra taza de café, iré contigo hasta el fin del mundo.

—¡Pero si acabamos de conocernos!

Don estaba extrañado. La noche pasada la pelirroja del vagón-tertulia rechazó un avance que a él no le había pasado por las mientes, y esta mañana una rubia estaba al parecer haciendo insinuaciones que él no había solicitado. Se preguntó por cierto, pero sólo vagamente, dónde estaría Geneva Jervis.

—Admito el quid pro quo —dijo Alis—. A lo que me refería, por ahora, es a que podemos dar un paseo hasta donde Superior solía estar enlazada con el resto de Ohio y ver qué tal se las arregla la Tierra sin nosotros.

—Encantado. Pero, ¿no tienes que asistir a ninguna clase?

—Claro que tengo. Relatividad no Einsteiniana a las nueve en punto. Pero soy una faltona terrible y por eso estoy todavía en el Preparatorio a mi avanzada edad. ¡Anda, vámonos al filo!

Se encaminaron hacia el sur del campo de recreo del Instituto y llegaron hasta la vía del ferrocarril. El tren estaba allí sin ninguna parte a donde ir. Había sido abandonado por todo el mundo, excepto el revisor, quien, fiel a su deber, había pasado toda la noche en uno de los vagones.

—¿Qué pasa? —les preguntó al verles—. ¿Hay noticias de abajo?

—Ninguna que yo sepa —contestó Don. Le presentó a Alis Garet.

—¿Qué va usted a hacer?

—¿Qué cree que puedo hacer? —preguntó el revisor.

—Por lo pronto podría ir a Cavalier y desayunarse allí —intervino Alis—. Nadie le va a robar su viejo tren.

El revisor se puso a meditar, reflexionando sobre si podría o no hacer eso. Lo hizo.

—Oye —dijo Don—, anoche iba medio dormido pero antes de que el tren se parase me pareció que iba corriendo junto a un arroyo.

—Claro, el arroyo del Sur —explicó Alis—. Era natural. Está a poca distancia de aquí.

—¿Está todavía? Quiero decir, ¿es que no se ha derramado todo por el filo? ¿Cómo se abastece de agua Superior?

Alis se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es que no hay más que darle la vuelta al grifo y el agua sale. Vamos a ver el arroyo.

Lo encontraron corriendo como si tal cosa entre las orillas.

—Tiene el aspecto de siempre —dijo ella.

—¡Qué cosa más rara! ¡Anda, sigamos su curso hasta el filo!

El borde, como lo llamaba Alis, resultaba mucho más impresionante a la luz del día.

Todo se acababa allí. Quedaban restos de un trigal, con los tallos blanquecinos cortados, luego no había nada. Estaba el arroyo del Sur, que seguía fluyendo tranquilamente; y luego, nada. A cierta distancia se veía un manchón de árboles, con unas cuantas hojas otoñales empeñadas en seguir adheridas a las ramas, y luego todo acababa sencillamente.

—Pero, ¿adónde se va el agua? —preguntó Don—. No consigo formarme una idea.

—Pues yo diría que para abajo. Lluvia para la gente de la Tierra.

—Si fuese así, creo que ya estaría seco del todo. Voy a echar un vistazo.

—¡No lo hagas! ¡Puedes caerte!

—Tendré cuidado.

Caminó cautelosamente hacia el filo. Alis le seguía a pocos metros. El se detuvo a menos de un metro del borde y esperó un rato a que se le pasase el mareo. La Tierra se desplegaba muy en lo hondo como el plano de un topógrafo. Don dio otro paso cautelosamente, luego se sentó.

—Cobardica —dijo Alis.

Se echó a reír un poco turbada y luego se sentó también.

—Todavía no consigo a ver adónde va el agua —insistió Don.

Se tendió boca abajo y comenzó a reptar pulgada a pulgada.

—¡Tú quédate ahí!

Por último consiguió llegar hasta el sitio donde, con sólo extender el brazo, casi podía alcanzar el filo. Se arrastró un poco más y los lados de su mano derecha se cerraron sobre el borde. Durante unos segundos permaneció allí, jadeando, con la cabeza apretada contra el suelo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Alis.

—Asustado. Cuando recobre la tranquilidad sacaré la cabeza y miraré.

Alis avanzó una mano tanteando, luego, decididamente, le agarró por el tobillo sujetándolo con fuerza.

—Para el caso de que venga una ráfaga de viento —explicó.

—Gracias. Puede ser útil. Bueno, vamos a ver —levantó la cabeza—. ¡Maldito sea!

—¿Qué pasa?

—Todavía esto no está claro. ¿Tienes ahí un espejo de bolsillo?

—Tengo una polvera.

La sacó de su bolso con la mano que le quedaba libre y se la arrojó. Fue rodando, y Don tuvo que recordar sus tiempos de guardameta para impedir que saliera lanzada sobre el filo. Alis soltó un gritito de espanto. Don se deprimió de momento y tuvo que hundir nuevamente la cabeza en el suelo.

—Perdona —dijo ella.

Don abrió la polvera y cuidadosamente se la pasó a la mano derecha. La mantuvo allí por debajo del filo y miró mientras enfocaba con el espejo el final del arroyo.

—Ya lo tengo. ¡El agua no se escapa por el filo!

—¿Que no se escapa? Entonces, ¿adónde va?

—Naturalmente, para abajo. pero es como si estuviera cayendo en un pozo o en un túnel vertical que saliera del filo.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—No puedo verlo muy bien, pero esa es la impresión que tengo. Sujétate ahora. Voy para atrás. Retrocedió del filo pulgada a pulgada, luego se puso en pie y se sacudió el polvo. Le devolvió la polvera.

—Espero que te imaginas a dónde vamos a ir ahora mismo.

—¿A la otra punta del arroyo?

—Eso mismo.

El arroyo del Sur no constituía precisamente la bisectriz de Superior, como Don podría haber creído, sino que fluía en arco por el segmento meridional del municipio. Tenían que recorrer cerca de cuatro kilómetros. atravesar el puente del Arroyo del Sur, que solía llevar a Ladenburg, según explicó Alis, pasar junto al Club de Golf Raleigh (una tacada fuerte colocaría verdaderamente la pelota fuera de juego, pensó Don) y llegar así otra vez al filo.

Pero mientras se acercaban a lo que se vean obligados a considerar como fuente del arroyo, se encontraron con una valla de alambre.

—Esto es nuevo —dijo Alis.

La valla, que tenía encima un cartel, CUIDADO, ELECTRIFICADA, era semicircular, terminando cada extremo en el filo mismo y con una acera alquitranada detrás para poder ver desde ella la boca del arroyo. El agua

brotaba baje el alquitrán y la valla.

—Fíjate como sale a chorros —dijo Alis.

—Parece como si la sacaran con bombas.

En caracteres de imprenta más pequeños se decía: "Boca protegida del arroyo del Sur, uno de los dos manantiales de abastecimiento de agua para Superior. La corriente eléctrica de la alambrada es lo bastante intensa como para producir la muerte."

Estaba firmado: "Vincent Grande, Comisario de Policía; Héctor Civek, alcalde."

—¿Cuál es el otro manantial, además del grifo que tienes en tu cuarto de baño? — preguntó Don.

—Puede que sea el Lago del Norte —repuso Alis—. Allí la gente puede pescar, pero no se permite que nadie se bañe.

—¿Todo el lago está dentro de los límites de la ciudad?

—Pues no lo sé.

—Si estuviera en el mismo filo, y se me ocurriese coger un bote para remar un poco, me pregunto qué podría pasarme.

—Lo único que sé es una cosa: que no sería yo la que estaría sujetándote por el tobillo mientras te dedicas a tus exploraciones.

Dicho lo cual le tomó del brazo y se quedaron mirando, por encima de la valla electrificada, a la Tierra, que estaba abajo y hacia Poniente.

—Resulta impresionante, ¿verdad? —sugirió ella—. Me pregunto si aquello que se ve por allí será la carretera de Indiana.

El le dio unas palmaditas en la mano con aire absorto.

—Lo primero que habría que saber es si aquello es el Oeste. Me refiero a que no creo que podamos saber si Superior mantiene aquí la misma posición que cuando estaba allá abajo.

—Eso es muy sencillo saberlo por el sol, tonto.

—Naturalmente —dijo él, riéndose de su propia estupidez—. Y sospecho que no estamos lo bastante alto para ver a mucha distancia Si lo estuviéramos, podríamos ver los Grandes Lagos o por lo menos el lago Erie.

Divagaron un poco sobre geografía y, en medio de sus conversaciones, apareció un avión saliendo de un banco de nubes y un segundo más tarde viró en redondo. Pudieron divisar UAL en la parte inferior de una de las alas. Cuando giraba creyeron ver rostros que se asomaban por la ventanilla. Hicieron señas con el brazo y les pareció que una o dos personas contestaban a las señales. Luego el avión puso rumbo al Este y desapareció.

—Bueno —dijo Don mientras regresaban a Cavalier—, ahora por lo menos sabemos que ellos saben. Quizás empecemos a recibir mensajes. O, si no mensajes, medios de transporte.

—¿Medios de transporte? —preguntó Alis estrujando el brazo del que iba asida—. ¿Por qué? ¿No te gusta estar aquí?

—Si te refieres a si tú me gustas, la respuesta es sí, naturalmente me gustas. Pero si no consigo liberarme pronto de estas esposas para poder tomar un baño y cambiarme de ropa, lo más probable será que sea yo quien no te guste a ti.

—Todavía estás muy aceptable, aunque te haga falta un buen afeitado.

Se detuvo, mientras le seguía agarrando del brazo. y él se volvió de forma que se encontraron cara a cara.

—Así pues —dijo ella—, vale más que me beses ahora, antes de que te estropees del todo.

Estaban en mitad de un beso agradable cuando la cartera que colgaba de la esposa de Don empezó a hablar.

III

La mayor parte del resto del mundo se sintió inclinada a considerar la elevación de Superior, Ohio, como un fenómeno imaginario de la misma categoría que los platillos volantes y las serpientes de mar.

La prensa tuvo un día de regocijo. Muchísimos titulares fueron de índole extravagante.

DESPEGA UNA CIUDAD SUPERIOR SE ALZA A LA ALTURA DE SU NOMBRE UNA COMUNIDAD EN ASCENSO

El Cabildo de Superior, Winsconsin, aprobó una noción por la que se urgía a su tocaya de Ohio par que descendiera. Las Superiors de Nebraska, Wyoming, Arizona y Virginia del Oeste, encantadas por tener aquella publicidad gratis, añadieron sus voces al alegato.

La Compañía de Ferrocarriles de Pensilvania rellenó un impreso solicitando que el Estado de Ohio devolviese inmediatamente un tren y ocho kilómetros de raíles.

El precio del Chicle Burbujeante subió de un centavo a tres o cuatro.

En el Parlamento inglés un miembro laborista tomó la palabra para pedir seguridades al Secretario del Interior acerca de si todas las ciudades británicas estaban o no firmemente afianzadas.

Una empresa hidráulica de Ohio presentó una oferta para quedarse con el enorme excavón que había dejado Superior al marcharse, alegando que era un hueco estupendo para construir allí un hermosísimo pantano.

Una compañía encargada de los anuncios luminosos en Times Square ofreció a Superior un cuarto de millón de dólares por los derechos exclusivos de anuncios espaciales en el fondo, en la cara que miraba a la Tierra. Envió la oferta por correo aéreo, dejando caer la saca en la Administración correspondiente.

En Washington el senador Bobby Thebold se enteró de que su pelirroja secretaria, Jen Jervis, se hallaba a bordo del tren levitado con Superior y planeó una serie de quejas por teléfono, empezando por la Comisión de Comercio Interestatal y terminando con los Sindicatos Ferroviarios. Solicitó de la F. B. I. que investigase la posibilidad de que se tratara de un rapto y masculló que aquello le olía a manejo comunista.

Un congresista poco conocido, de Ohio, inició el rumor de que la subida de Superior era un experimento relacionado con el Programa estadounidense de satélites artificiales.

La Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio contestó con un mentís rotundo.

Dos hombres hablaban con gran seriedad en una habitación de aspecto

eficiente situada al extremo de uno de los laberintos más intrincados en el edificio del Pentágono. Ninguno de los dos llevaba uniforme, pero el joven llamaba al otro señor, o jefe, o general.

—Se ha comprobado decididamente que el sargento Cort estaba en el tren, ¿no es así? —preguntó el general.

—Sí, señor, no cabe duda alguna.

—¿Y tiene consigo el objeto?

—Debe tenerlo. Las únicas llaves están aquí y en el otro extremo. No puede abrir ni la esposa ni la cartera.

—Las únicas llaves conocidas, querrá usted decir.

—No le comprendo, mi general.

—El sargento puede abrir la cartera y usar el objeto si nosotros le decimos cómo.

—¿Cree usted que ha llegado el momento de ponerlo ya en uso? Yo pensaba que íbamos a reservarlo todo lo posible.

—Eso era antes de que Superior se marchase. Ahora podemos utilizarlo más ventajosamente que en ninguna coyuntura teórica que pudiera presentarse en un futuro previsible.

—Podemos evacuar a Cort. Recogerlo en un helicóptero o lanzarle un paracaídas y decirle que salte.

—No. El hecho de que esté allí constituye un golpe de suerte. Nadie sabe quien es. Le asignaremos y tendrá que informar regularmente. Vayamos al Centro de Mensajes.

El senador Bobby Thebold era un hombre imponente de uno ochenta de altura, noventa de peso y cuarenta y tres de edad con juvenil aspecto. El cabello gris acero lo llevaba peinado en forma de cepillo y todo el año tenía la piel curtida. Había sido piloto de caza en la Segunda Guerra Mundial y su conversación estaba esmaltada con expresiones de la jerga aviatoria, muchas de ellas pasadas de moda. Thebold era una buena figura y elemento aprovechable para la prensa, que, admirando su estilo de luchador, le había puesto el mote de Bobby el Audaz. Al senador eso le importaba un comino.

De momento el senador Thebold estaba midiendo a grandes zancadas la alfombra colocada en el amplio despacho que tanto había luchado por conseguir en la Oficina Senatorial de Construcciones. Pasajeramente se encontraba en un apuro. Sus pesquisas acerca de Jen Jervis no habían obtenido éxito alguno en la ICC, la FBI o la CIA. Se hallaba en un estado de ánimo propenso a las meditaciones alfabéticas y se puso a reflexionar acerca de la CAA, la CAB y la PCA. Castañeteó los dedos al pensar en la PCA. Aquélla era.

La Patrulla Civil Aérea era a sus ojos una agrupación de caballeros aviadores deslizándose plácidamente en aviones ligeros haciendo tal vez algo

práctico, pero no tanto como para excitar a un antiguo piloto de B-38 que había ganado un montón de cintas por acciones en el suroeste del Pacífico.

¡Ah!, pero estaba también la PP. ¡Esa sí que era una organización! Bobby Thebold había sido uno de los fundadores de los Pilotos Particulares, una unidad bien avezada que zumbaba en el azul frenético los fines de semana y las vacaciones, haciendo rugir motores, girar hélices y flamear blancas bufandas de seda. Los miembros de la PP eran industriales acaudalados, aviadores bruscos, deportistas, la crema y nata del aire.

La PP era una organización paramilitar cuyos oficiales estaban distribuidos según el modelo de la Royal Air Force. De esta forma Bobby Thebold, en virtud de su hoja de servicios, su ejecutoria de socio fundador y su preeminencia nacional, era el Comandante de Ala Thebold. El Comandante de Ala Thebold entró en acción. Rugió en el intercomunicador.

—¡Señorita Riley! Hable con el aeropuerto. Dígales que me tengan preparado el Corcel. Adviértales que estaré ahí a las nueve cincuenta y ocho para despegar. Que pongan gasolina. Y que venga mi coche.

Corcel era lo que quedaba del que en la guerra fue Relámpago P-38, un esbelto caza de dos motores paralelos, restaurado en reluciente aluminio sin pintar. En realidad era una versión desarmada, reconocible fotográficamente, del famoso Caballo de Guerra del Pacífico, un hecho que el Comandante de Ala prefería ignorar. En compensación, se colgaba a la cintura un 45 cada vez que entraba en la carlinga.

Thebold se puso en comunicación con la Sección de Operaciones del Cuartel General del Centro Este de la PP en Chicago. Aulló por el interurbano:

—¿Jack Perley? Grupo del capitán Perley, ¿no es eso? Bobby, eso es. Ahora el Comandante de Ala Thebold. Tenemos una misión, Jack. Reúne a la Escuadrilla Azul. ¿Cómo? Claro que puedes; este es un caso urgente. Nos reuniremos al norte de Columbus; ya te daré la situación exacta dentro de media hora, cuando esté en el aire. ¿Que si puedo hacerlo? ¡Claro que sí! ¿ETA? Once veinte EST. Bueno, puede que sea un tanto optimista, pero me horripila ver que el día se escapa. Pongámoslo a las once y cuarenta y cinco. ¿Cómo? ¿Objetivo? ¡Objetivo Superior! ¿Lo has comprendido? ¡Perfectamente, muchacho!

El Comandante de Ala Bobby Thebold recogió su casco estilo Lindbergh y sus gafas de aviador de un cajón de su mesa, acariciando solícitamente el cuero reluciente, y los metió en un maletín. Dirigió un dulce saludo a la puerta tras de la cual Jen Jervis trabajaba habitualmente, más como lugarteniente suya que como secretaria, y dijo a media voz.

—Perfectamente, Jen, vamos a buscarte.

No sabía exactamente cómo, pero Bobby el Audaz y el Corcel estarían pronto en camino.


Don Cort se separó lastimeramente de Alis Garet.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

—He sido yo, Alis, la hambrienta de amor. Podrías mostrarte un poco más galante.

Incluso un "¿cómo ha ido la cosa?", aunque rudo, habría sido preferible.

—No, si lo que yo quería decir es que me pareció haber oído una voz. ¿Tú no has oído nada?

—Para ser del todo sincera, y conste que lo confieso un poco picada, te diré que estaba completamente absorta. Por lo visto, tú no lo estabas.

—Fue muy agradable.

El campo, desde el filo hasta el terreno de golf, estaba desierto.

—Bueno, gracias. Un montón de gracias. Un entusiasmo así es más de lo que puedo soportar Tengo que irme ahora. A las once hay una conferencia sobre Flujo Magnético que tengo ansias de escuchar.

Le dio un manotazo a su melena rubia que le llegaba hasta el hombro y se volvió de espalda Don vaciló, miró suspicaz la cartera que colgaba de su muñeca, meneó la cabeza y se puso en seguimiento de la muchacha. La voz, de dondequiera que hubiese llegado, no había vuelto a hablar.

—No te enfades. Alis —se puso a la izquierda de ella y la cogió del brazo con la mano que le quedaba libre—. Lo que pasa es que todo esto resulta una locura y nadie parece tomarla en serio. Una ciudad pega un salto y se pone a volar, y aquí a nadie parece importarle un comino.

Alis, apaciguada, apretó la mano que sostenía su brazo.

—Tienes colorete en las mejillas.

—Bueno. Ya nunca me afeitaré.

—Vaya, galante al fin —rió ella—. Te diré lo vamos a hacer. Iremos a ver a Ed Clark, el director de El Centinela. Quizá él pueda ofrecerte una conversación inteligente.

Las oficinas del periódico estaban en un edificio destartalado de un solo piso en la Avenida Lírica a una manzana de Broadway, la calle principal de Superior. Se trataba de un establecimiento vulgar cuyos escaparates desplegaban varios carteles pasados de moda llamando la atención sobre alguna ceremonia episcopaliana, alguna feria del Estado, una carrera de autos y una película protagonizada por H. B. Warner. Un pasquín cubierto de polvo invitaba a elegir como presidente a Alfred E. Smith.

No había nadie en la parte delantera del establecimiento. Alis condujo a Don hasta la parte trasera donde un hombre alto y pellejudo, de grises cabellos desordenados, estaba manejando una linotipia.

—Buenos días, señor Clark —dijo ella—. ¿Qué está usted

preparando: un folleto anti- Hoover?

—Hola, Al. ¿Qué tal te encuentras en este hermoso y alto día?

—Superior. ¿O debiera decir Supra? Quiero presentarle a Don Cort. Don, el señor Clark.

Los hombres se estrecharon las manos y Clark miró con curiosidad la esposa de Don.

—Por mi parte —dijo Alis—, estoy convencida de que es un malversador y que por eso se ha escapado con toda la ciudad.

—A decir verdad —explicó Don— el Banco Riggs se sentirá muy preocupado si no me pongo pronto en contacto con ellos. Sospecho que usted estará enterado, señor Clark, ¿hay posibilidad de comunicar desde la ciudad?

Por un arreglo previo, todo mensaje de Don a Riggs sería enviado al Servicio de Información Militar.

—No conozco otro procedimiento que el método Civek: una botella lanzada sobre el filo. Naturalmente las líneas telegráficas y telefónicas han quedado cortadas. En la ciudad hay una emisora que. la manejan en el Instituto, pero está silenciosa desde que tuvo lugar la gran secesión. Por lo menos ninguna noticia local he podido recoger en mi viejo cacharro.

—¿Pero es que nadie va a hacer nada? —preguntó Don.

—Desde luego que sí —contestó Clark—. Yo voy a sacar mi periódico; ya esta mañana publiqué un extraordinario, y voy a hacer otros trabajillos de imprenta. Se trata de un trabajo para una joyería de Ladenburg. No sé cómo voy a entregarlo, pero nadie me ha dicho que pare; por eso estoy haciéndolo. Creo que todo el mundo sigue trabajando como siempre.

—A eso es a lo que me refiero. A que las cosas sigan como de costumbre. Pero, ¿qué pasa con la gente que tiene sus ocupaciones fuera de la ciudad? ¿Qué le pasa por ejemplo a la Western Unión? ¿Y a las compañías de transporte? ¿Y a las fábricas? Según mis noticias, tienen ustedes dos fábricas, y muy pronto habrá una superproducción espantosa de cacharros de cocina y de chicle.

—Les dejo a los dos arreglando nuestros destinos —dijo Alis—. Tengo que volver a la escuela. Ven a verme más tarde, Don.

Hizo un saludo con el brazo y se marchó.

—Buena muchacha esta Alis —comentó Clark— Soporta el roce con su viejo sin volverse loca. Para contestarle a usted le diré que la Western Unión sigue con las oficinas abiertas, aceptando mensajes para el exterior para cuando se restaure el servicio. La fábrica de cacharros de cocina realizó un embarque hace dos días y no tendrá listo otro hasta la semana que viene, así es que pueden ir tirando. Tienen materia prima para más de un mes. Yo pensaba hacer una visita esta tarde a la gente del chicle para ver cómo les van las cosas. Quizá querría usted acompañarme.

—Sí, me gustaría. Todavía de vez en cuando mastico una pastilla, un poco a escondidas.

Clark sonrió.

—No se lo diré a nadie. ¿Le gustaría a usted lavarse un poco, Don? Ahí detrás hay un cuarto de baño con una navaja de afeitar y una misteriosa agua corriente. Ahora bien, eso es un fenómeno y me gustaría desentrañarlo.

—Gracias. Por ahora me afeitaré con ese fenómeno y más tarde nos ocuparemos de su origen. ¿Cree usted que el profesor Garet y sus estudios de Magnología tienen algo que ver con todo esto?

—A él le gustaría que pensáramos eso, estoy seguro —Clark se encogió de hombros— . Llevamos menos de doce horas volando por los aires. Opino que las respuestas llegarán a su debido tiempo. Usted lávese y yo volveré a mi tarea.

Don se sintió bastante mejor cuando se hubo afeitado. Le había costado trabajo, porque no pudo quitarse ni la chaqueta ni la camisa, pero se las arregló de todas maneras. Estaba secándose la cara cuando la voz llegó de nuevo. Esta vez no cabía duda de que provenía de la cartera encadenada a la esposa.

—¿Está usted solo ahora? —preguntó la cartera.

Sobresaltado. Don respondió:

—Sí.

—Bueno. Hable pegando la boca a la cartera, para que no puedan oírle. Aquí el capitán Simmons, sargento.

—Sí, señor.

—Coja usted su tarjeta de identidad Separe las dos chapas de plástico. En medio encontrará una llave de plástico plana. Abra la cartera con ella.

La voz permaneció silenciosa mientras Don, con ayuda de una hoja de afeitar, obraba de acuerdo con las instrucciones.

—Perfectamente, señor—, ya lo he hecho.

—Abra la cartera, saque el paquete, deslíelo y guarde la envoltura en la cartera:

Una vez más la voz se detuvo. Don deslió algo que parecía una pitillera con dos apéndices, uno un disco de caucho perforado del tamaño de medio dólar y el otro una cinta de media pulgada de ancho de plástico opaco.

—Ya lo tengo, señor.

—Bueno. Lo que usted ve es un modelo avanzadísimo de emisora y receptora de radio. Puede usted imaginarse su enorme utilidad en campaña. El que usted tiene es un modelo para piloto que le fue entregado por el constructor para hacer las pruebas aquí. Pero ésta de ahora parece ser una forma tan útil de probarlo como otra cualquiera.

—Su alcance es fantástico, capitán, si es que está usted en Washington.

—Lo estoy. Bueno, escúcheme. La llave sirve también par abrir la esposa. Abrasa.

Quítese el chaleco. Pásese la cinta de plástico por encima del hombro, el derecho o el izquierdo, el que usted quiera. Colóquese el disco perforado de forma que se le quede en la parte baja del pescuezo, bajo el cuello de su camisa Lo que parece una pitillera es el transistor.

Don siguió las instrucciones, frotándose la muñeca aliviado cuando se desprendió la esposa. La radio estaba bien planeada y sus componentes encajaron como si estuvieran hechos a medida de su cuerpo. Le picaban un poquito en la piel desnuda, pero eso era todo. El transistor era de una ligereza sorprendente.

—Ya lo he hecho todo, señor —dijo Don.

La respuesta llegó suavemente.

—Lo he oído. Casi me deja sordo. De ahora en adelante, cuando me hable a mí o a quien se encuentre en este extremo, bastará con un murmullo apenas perceptible. Pruebe.

—Sí, capitán —susurró Don—. Ahora estoy probando.

—No murmure. Puedo oírle perfectamente. pero también podría oír en ese extremo gente que no debe hacerlo. Un murmullo tiene más alcance de lo que usted cree. Hable en voz baja.

Don estuvo practicando mientras se volvía a poner sucesivamente camisa, corbata y chaqueta.

—Bueno —aprobó el capitán Simmons—. Ejercítese en hablar sin mover los labios, para las ocasiones en que tenga que transmitirnos algo mientras alguien le está mirando. Ahora vuelva a ponerse la esposa y ciérrela.

—¡Maldito sea! —masculló Don sin llegar a pronunciar.

—He oído eso.

—Lo siento, señor, pero es un fastidio.

—Lo sé, pero tiene usted que desprenderse del fastidio de una manera lógica A la primera oportunidad vaya al Banco local. Es el Banco Estatal de Superior, que está en la calle McEntee. Muestre allí sus credenciales del Banco Riggs y dígales que guarden la cartera en la cámara acorazada. Y que le den un recibo. Luego, en la primera oportunidad que tenga, queme la llave de plástico y la tarjeta de identidad.

—Sí, señor.

—Siga haciéndose pasar por mensajero de un Banco y trate de descubrir, como si no fuera más que un simple curioso, todo lo que pueda respecto al Instituto Cavalier. Ha empezado usted con buen pie con la joven Garet. Ahora tiene que entrar en relación con su padre, el profesor.

—Sí, señor —Don se sintió embarazado al caer en la cuenta de que su pequeño interludio romántico con Alis tenía que haber sido escuchado por terceros—. ¿Tengo que informar a horas determinadas?

—Estará usted informado constantemente. Esa es una de las ventajas maravillosas de esta radio.

—¿Quiere usted decir que no puedo apagarla? ¿Que no voy a poder estar nunca a solas? ¿Que siempre habrá alguien escuchando?

—Exactamente. Pero no debe sentirse cortado por eso. Su vida particular es cosa suya y nadie se permitirá criticarle. Su actuación no oficial sencillamente no será tenida en cuenta.

—¡Tiene gracia la cosa!

—Debe usted confiar en nuestra discreción, sargento. Estoy seguro de que llegará a acostumbrarse. Por hoy basta. No debemos despertar las sospechas de Clark. Vuelva ahora a su lado y siga adelante. Ya recibirá más instrucciones cuando sea preciso. Y recuerde que no debe sentirse cortado.

—Sí, señor —respondió Don lastimeramente.

Volvió a la imprenta sintiéndose como un pez de colores dentro de una pecera.

IV

Ed Clark llevó a Don al Banco Estatal de Superior y le presentó al presidente, quien se mostró encantado por entrar en relaciones de negocios con un representante del Banco Riggs, de Washington. Don no le dijo nada acerca del contenido de la cartera pero el banquero parecía estar bajo la impresión de que se trataba de valores o tal vez de un millón de dólares en efectivo, y Don no dijo ida que pudiese estropearle aquella satisfacción. De nuevo en la calle, con el recibo en el bolsillo Don se detuvo con Clark en el cruce de la calle McEntee y Broadway.

—Este es el corazón de la ciudad, pudiéramos decir —explicó el periodista—. La fábrica de chicle está en esa dirección, siguiendo la vía del tren. Tal vez pueda usted distinguirla por el olor. Huele verdaderamente muy bien. Por lo menos a mí me lo parece.

Don se frotó la muñeca que durante tanto tiempo había llevado esposada. Estaba asintiendo cortésmente cuando de pronto un rugido de motores e abatió sobre la ciudad y una escuadrilla de aviones de caza pasó zumbando sobre Broadway.

Descendieron poco menos que al nivel de los tejados, para desaparecer rápidamente.

Estuvieron tan poco tiempo, que Don lo único que notó fue que eran P —38 por lo menos cuatro de los aparatos. —Están empezando a suceder cosas —dijo Don—. La Aviación ha venido a echar un vistazo.

Clark sacudió la cabeza.

—Esa no era la Aviación. Eran los muchachos de la PP. Son los únicos que vuelan hoy día en esos Relámpagos.

—¿PP?

—Pilotos Particulares. Los vigilantes aéreos de Bobby el Audaz. Me pregunto qué habrán venido a hacer por aquí.

—¿Cómo? ¿El senador Bobby Thebold, S. O. B.?

—Si quiere usted llamarlo de esa manera, el mismo.

—Es una broma entre amigos. Pero creo que sé a qué o por qué han venido. La secretaria del senador ha sido izada también hasta estas alturas, lo mismo que yo. Viajaba en el tren.

—¡No me diga! Es una noticia que se me ha escapado. ¿Quién es ella?

—La pelirroja. Geneva Jervis. Ahora que pienso en eso, no la veo desde ayer noche.

Los P-38s nuevamente pasaron rugiendo, esta vez de Oeste a Este. Don contó ahora seis aviones e identificó los distintivos de la PP. Las gentes habían salido de las tiendas y oficinas y también se habían asomado a los

balcones, mirando todas al cielo. Fueron recompensadas con una tercera pasada atronadora de los aviones de caza. Esta vez iban más alto, desparramándose lateralmente como si buscasen el máximo de visibilidad.

—Excelente maniobra —dijo Clark—. Esa exhibición hará que todo el mundo se asome, pero aun cuando consigan ver a la chica, ¿cómo van a arreglárselas para recogerla? En todo el término de la ciudad no hay un mal llano para que aterrice una avioneta, cuanto menos un caza.

—¿Qué me dice usted del campo de golf?

—¿Raleigh? Es el sitio más lleno de agujeros de todos los Estados Unidos. Un helicóptero quizá pudiera posarse, pero eso es todo. Lo que me pregunto es por qué se interesará tanto el viejo Bobby por esto. A menos que haya algo de cierto en los rumores que dicen que esta joven Jervis es su querida y está fanfarroneando delante de ella.

—Según mis noticias, fanfarronea delante de todo el mundo —dijo Don.

Luego se acordó de que el Servicio de Información Militar le estaría escuchando. Si entre sus oyentes había partidarios de Thebold, tenía la esperanza de que respetarían su derecho particular a ser anti-Thebold.

En aquel momento él y Clark se sintieron arrojados contra el costado del edificio del Banco. Se agarraron mutuamente y Don observó que el sol se había movido unos cuantos grados en el cielo.

—¡Caracoles! —gruñó Clark—. Superior está poniéndose a la defensiva. Cree que va a ser atacada. —Mientras recobraba su estabilidad preguntó—: ¿Siente usted pesadez en las piernas?

—Sí. Como si fuéramos subiendo en un ascensor rápido.

—Exactamente. Alguien está elevándonos fuera del alcance de estos fastidiosos aviones. Por lo menos esa es la impresión que me da.

Los P-38s estaban otra vez arriba, pero ahora parecía como si abatieran sobre la ciudad. Con mayor probabilidad, si la teoría de Clark era justa y no se trataba de una ilusión, los aviones seguían volando al mismo nivel, siendo la ciudad la que se elevaba rápidamente.

—Tendrán que saltar —dijo Don— o van a estrellarse.

Inmediatamente se oyó el ruido de un choque en el extremo sur de la ciudad Don y Clark corrieron hacia allá, luchando con la pesadez que sentían en las piernas.

Otra docena de personas iba delante de ellos, corriendo torpemente a lo largo del puente del arroyo Sur. Más allá, poco antes del filo, se veían los restos de un avión de caza y a corta distancia el boquete causado por un aterrizaje violento. No había habido explosión.

El piloto salió a duras penas de la carlinga. Se cayó al suelo y se palpó para ver si tenía algún hueso roto. Luego vio que la multitud venía corriendo

hacia él.

El piloto vaciló unos momentos, pero después se echó a correr hacia el filo. Le llegaron gritos de la muchedumbre. Con una última mirada por encima del hombro, el piloto dio un salto y franqueó el borde.

La multitud de la que formaban parte Don y Clark, se acercó con mayores precauciones. Descubrieron un puntito que caía a lo lejos y un segundo después vieron desplegarse el hongo de un paracaídas. Aparecieron los demás aviones y volaron formando un ancho círculo protector en torno al paracaidista.

—¿Cree usted que sería Bobby Thebold? —preguntó Don.

—Probablemente no. El que ha chocado ha sido el último aparato de la formación. Thebold iría en cabeza.

Volvieron atrás, pasando junto al avión despanzurrado al que rodeaba una multitud en aumento, procedente de la ciudad, y cruzaron el puente de nuevo.

—Mire el agua —dijo el periodista—. Está helándose.

—Y nosotros todavía estamos subiendo —afirmó Don—, a juzgar por mis piernas. ¿Cree usted que habrá una relación entre ambas cosas?

Clark se encogió de hombros. Se subió las solapas de la chaqueta y se frotó las manos.

—Todo lo que sé es que cuanto más alto vayamos, tanto más frío tendremos. Volvamos a la tienda y calentémonos un poco.

Volvieron la cabeza al oír el ruido de motores. Dos de los cinco restantes P—38s se habían destacado de la cobertura del paracaidista y volaban en torno al anillo de Superior, como si no quisieran arriesgarse a volar otra vez por encima de la superficie de aquella ciudad que parecía decidida a convertirse en un satélite de la Tierra.

Cuando Don Cort llegó a los terrenos del Instituto iba tiritando a pesar del suéter y del abrigo de entretiempo que Ed Clark le había prestado.

Preguntó a un estudiante dónde estaba el edificio de la Administración y en el mostrador inquirió acerca del profesor Garet.

Una mujer de cabellos grises y mirada perruna le dijo con impaciencia que el profesor Garet estaba en su laboratorio y que no podía molestársele. No quiso indicarle por qué parte caía el laboratorio.

—¿Ha visto usted a la señorita Jervis?

Don sentía curiosidad por saber si la pelirroja había apreciado la demostración que su jefe, el senador piloto, había realizado por ella.

La mujer que estaba detrás de la mesa sacudió la cabeza.

—Ustedes dos son de la gente que venía en el tren, ¿no es así? Bueno, pues están todos convocados para acudir al comedor a las dos en punto.

—¿Para qué?

—Ya lo descubrirá usted a las dos.

Era evidente que no podría obtener más información de aquella dama.

Don abandonó el edificio. Era la una y media. Cruzó el recinto casi desierto. Todavía seguía sintiendo pesadez en las piernas y sospechaba que Superior continuaba subiendo.

Ciertamente parecía que el frío se iba haciendo cada vez más intenso.

Se preguntó a qué altura estarían y si empezaría a nevar. Esperaba que no. ¿A qué altura hay que estar antes de llegar adonde ya no nieva? No tenía la menor idea. Recordó que el monte Everest tenía 8.889 metros de altura y que estaba nevado. ¿Ttendría en vez de altura, profundidad, hablando de una manera relativa? ¿Cómo era que podían estar tan altos y nadie se preocupaba?

La frígida encargada de las visitas parecía ser un ejemplo típico de aquella actitud general de persona preocupada únicamente por sus asuntos y sin importársele un ardite ninguna otra cosa. Ni siquiera Ed Clark parecía estar lo afectado que debiera por la ascensión de Superior a la estratosfera. Clark estaba interesado, esa era la verdad. pero a Don le había dado la impresión de que no sentía por aquello una curiosidad superior a la que pudiese sentir por algún otro fenómeno sobre el que se viera obligado a escribir en el periódico de la semana siguiente, por ejemplo, acerca de una ternera con dos cabezas.

Don recordó entonces que los conquistadores del Everest habían necesitado oxígeno en la atmósfera enrarecida cerca de la cumbre, y, para probar, hizo un par de inhalaciones profundas. No sintió la menor dificultad. Por tanto no estaban a 8.889 metros, por lo menos de momento. Flaco consuelo, pensó mientras tiritaba nuevamente.

Escogió al azar un edificio cualquiera de los del Colegio. Se estaban dando las clases en las aulas bien cerradas, pero con puertas de cristales. En la tercera puerta vio a Alis Garet sentada en uno de los últimos pupitres. La atención de la muchacha se había desviado del conferenciante y cuando vio a Don le sonrió y le hizo una señal para que entrara. Don vaciló, luego abrió la puerta y entró lo más silenciosamente que pudo. El catedrático hizo una pausa momentánea, inclinó la cabeza y reanudó su conferencia latosísima. Parecía tratarse de una clase de Literatura Inglesa.

Alis apartó los libros que tenía colocados en una silla próxima a ella y Don se sentó.

—¿Quién te ha liberado? —preguntó la muchacha.

Don se dio cuenta de que se refería a su muñeca desmanillada y sonrió indicando que se lo contaría más tarde.

—Veo que te has equipado para nuestro nuevo clima —continuó ella.

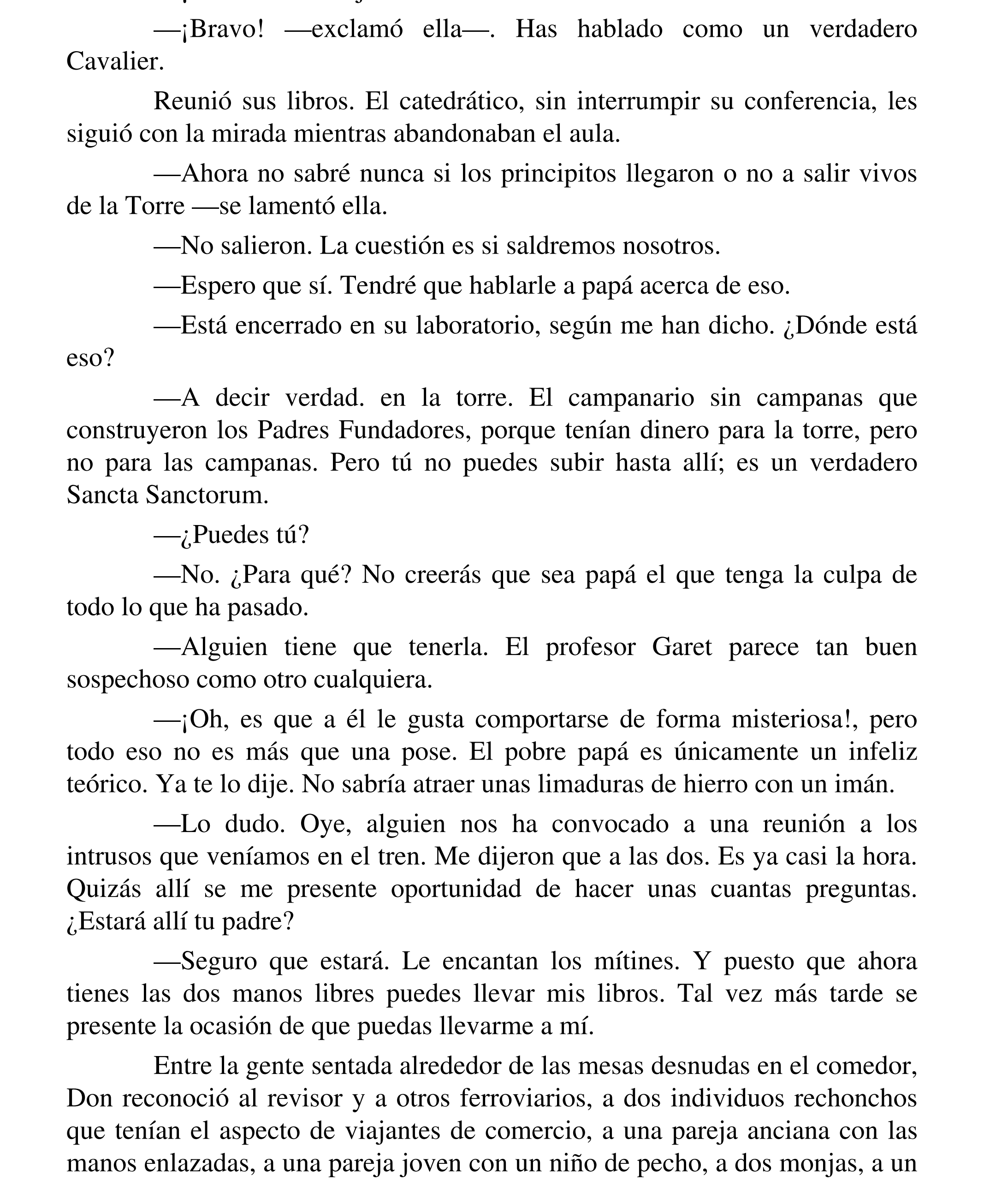
Un estudiante de la fila delantera se volvió frunciendo el ceño. El

profesor seguía hablando sin darse cuenta de nada.

Don asintió con, la cabeza y siseó:

—¡Chist!

—No te dejes intimidar. ¿Viste los aviones?



Ahora fueron varios los estudiantes que se volvieron con ojos llameantes y el embarazo de Don aumentó.

—¡Vámonos! —dijo—. Fumémosnos esta clase.

—¡Bravo! —exclamó ella—. Has hablado como un verdadero Cavalier.

Reunió sus libros. El catedrático, sin interrumpir su conferencia, les siguió con la mirada mientras abandonaban el aula.

—Ahora no sabré nunca si los principitos llegaron o no a salir vivos de la Torre —se lamentó ella.

—No salieron. La cuestión es si saldremos nosotros.

—Espero que sí. Tendré que hablarle a papá acerca de eso.

—Está encerrado en su laboratorio, según me han dicho. ¿Dónde está eso?

—A decir verdad. en la torre. El campanario sin campanas que construyeron los Padres Fundadores, porque tenían dinero para la torre, pero no para las campanas. Pero tú no puedes subir hasta allí; es un verdadero Sancta Sanctorum.

—¿Puedes tú?

—No. ¿Para qué? No creerás que sea papá el que tenga la culpa de todo lo que ha pasado.

—Alguien tiene que tenerla. El profesor Garet parece tan buen sospechoso como otro cualquiera.

—¡Oh, es que a él le gusta comportarse de forma misteriosa!, pero todo eso no es más que una pose. El pobre papá es únicamente un infeliz teórico. Ya te lo dije. No sabría atraer unas limaduras de hierro con un imán.

—Lo dudo. Oye, alguien nos ha convocado a una reunión a los intrusos que veníamos en el tren. Me dijeron que a las dos. Es ya casi la hora. Quizás allí se me presente oportunidad de hacer unas cuantas preguntas. ¿Estará allí tu padre?

—Seguro que estará. Le encantan los mítines. Y puesto que ahora tienes las dos manos libres puedes llevar mis libros. Tal vez más tarde se presente la ocasión de que puedas llevarme a mí.

Entre la gente sentada alrededor de las mesas desnudas en el comedor, Don reconoció al revisor y a otros ferroviarios, a dos individuos rechonchos que tenían el aspecto de viajantes de comercio, a una pareja anciana con las manos enlazadas, a una pareja joven con un niño de pecho, a dos monjas, a un

soldado que, al parecer, iba o volvía de permiso, y a un hombre alto, con nariz de halcón, y a quien Don, sin prueba alguna que lo confirmara, clasificó como actor especializado en Shakespeare. Todos habían estado en el tren. No vio a Geneva Jervis por ninguna parte.

Habían improvisado una tarima de orador en uno de los extremos del comedor, cerca de la puerta que daba a la cocina. Un caballero voluminoso estaba sentado tras la mesa correspondiente hablando con la señora Garet, la esposa del profesor.

—Aquel señor gordo que está al lado de mamá es el presidente de Cavalier —explicó Alis—. Maynard Rubach. Cuando tengas que hablar con él no se te olvide llamarle doctor Rubach. No es que sea doctor en Filosofía, y bien que lo lamenta, pero solía trabajar como veterinario.

Se sentaron cerca de la mesa central, y la señora Garet les sonrió y les hizo una señal con el brazo. El alcalde Civek entró por la puerta de la cocina, chupándose un dedo como si por el camino hubiera probado algo, y se sentó junto a la señora Garet.

En aquel momento el estómago de Don dio un brinco, y el joven sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Otros concurrentes tenían también expresiones doloridas o de náuseas.

—¡Uf! —exclamó sorprendido Alis—. ¿Qué es esto ahora?

—Sospecho —contestó Don cuando su estómago volvió a encajar en su sitio— que hemos terminado de subir.

—¿Quieres decir que hemos subido todo lo que debíamos?

—Así lo espero. Nos habríamos salido de la atmósfera si hubiésemos seguido subiendo.

Cuando terminó de decir aquello, entró el profesor Garet, con aspecto de estar muy complacido consigo mismo. Saludó con una inclinación de cabeza a su esposa y a los señores que la rodeaban y carraspeó mientras paseaba la mirada por la estancia.

—Altitud, 7.050 metros —anunció sin más preámbulo—. Temperatura, nueve bajo cero. De ahora en adelante —marcó una pausa, repitió "en adelante" y cloqueó— vamos a pasar un poco de frío. Si entre ustedes hay algunos que no disponen de ropas suficientes, mi esposa les suministrará prendas de abrigo. Creo que estarán confortablemente alojados y alimentados. Naturalmente no se cobrará nada por estos servicios mientras sean ustedes huéspedes del Instituto Cavalier de Ciencias Aplicadas. Gracias. Les presento ahora al señor —Héctor Civek, el alcalde de Superior, que contestará cualesquiera preguntas que deseen hacerle.

Don miró a Alis que se encogió de hombros. El revisor se puso en pie y abrió un cuadernillo de notas, que consultó antes de hablar.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, señor alcalde. Estos señores

me han pedido que hable en su nombre, y hay una cuestión que sobrepasa en importancia a todas las demás. Es esta ¿va usted a devolvernos a la Tierra? Si es así, ¿cuándo? ¿Y cómo?

Civek carraspeó. Bebió un trago de agua.

—En cuanto a la primera pregunta, desde luego esperamos poder llegar, tanto ustedes como nosotros, de vuelta a la Tierra. No puedo contestar las demás preguntas.

—¿De verdad lo espera usted?

—Con toda seriedad. Yo mismo me mareo fácilmente, y estoy tan ansioso como ustedes por regresar. Pero la fecha en que pueda lograrse eso depende enteramente de las circunstancias. Circunstancias que escapan a mi control.

—¿Quién las controla entonces? ¿Su amigo el de las barbas?

El profesor Garet sonrió bondadosamente y se acarició la perilla. El voluminoso Maynard Rubach se levantó y Civek tomó asiento.

—Soy el doctor Maynard Rubach, presidente de Cavalier. Debo insistir en que, siguiendo las normas de la decencia, nos abstengamos de alusiones personales. El señor Civek ha hecho todo lo que ha podido por darles a ustedes una explicación, pero naturalmente es un profano en estas cuestiones y, aunque tiene muchas y excelentes cualidades, no podemos esperar de él que se exprese conforme a los principios de la ciencia. Por eso yo voy a intentar explicarles lo que sucede.

"Como ustedes saben, hace ya cientos de años que la ciencia ha venido sospechando que la Tierra no es más que una gigantesca magneto...

En aquel momento Don vio a Geneva Jervis. Estaba en la puerta de la cocina, detrás de la tribuna del orador.

—...las isogénicas y las isoclínicas...

La pelirroja señorita Jervis vio entonces a Don y se llevó un dedo a los labios.

—...un ultimoto, que es simultáneamente una parte integral de...

Ahora la pelirroja le estaba haciendo señas urgentemente, indicándole que acudiera a su lado. Se excusó con Alis, quien frunció el ceño cuando vio a la otra muchacha. Luego Don dio un rodeo a la mesa del orador (—...1.250 telescopios por centímetro cuadrado...—) y llegó a la cocina. Jen Jervis había avanzado mientras tanto hasta el otro extremo de la pieza y le hacía señas para que se diera prisa.

—He descubierto algo —dijo ella.

Llevaba puesta una informe chaqueta de piel, prestada al parecer.

—Venga —urgió—. Tiene que verlo.

—Todo eso me parece muy bien, pero, ¿por qué he de ser yo

precisamente?

—Aparte de yo misma, parece ser usted la única persona de todo el tren con un poco de sentido común. Sé que se ha dedicado a investigar y a hacer preguntas mientras que los demás no han hecho otra cosa que sentarse y esperar que vengan a librarnos. Aunque no puedo decir que admire la elección que ha hecho de pareja. Esa joven rubianca...

—¡Bueno, realmente, señorita Jervis..!

—Rubia, quise decir, rubia; es que algunas veces trabuco las palabras.

—No hace falta que lo jure.

Ella le hizo salir por la puerta trasera, atravesar el patio y dejar a la espalda unas cuantas edificaciones. Llegaron a lo que en tiempos debía de haber sido una pista de atletismo.

—En aquella punta —dijo ella—. Venga.

—¿Dónde estaba usted cuando su amiguito y su cortejo de ases pasaron por aquí volando?

—Les vi.

—¿La vieron ellos?

—Eso a usted no le importa.

El se encogió de hombros. Estaban en una sección de las gradas al final del campo.

Jen Jervis indicó una puerta y Don la abrió. Conducía a una gran habitación bajo la gradería.

—¿Qué le recuerda a usted esto? —preguntó la muchacha.

Don se quedó sin saber qué decir. A la luz turbia no podía ver más que algunos cojines, un balón de fútbol desinflado, cáscaras de cacahuete y una botella vacía de cerveza.

—No sé. ¿Qué?

—¿No se acuerda del campo Stagg? ¿El de la Universidad de Chicago? ¿Allí donde hicieron debajo de las gradas un taller atómico?

Le miraba con el aire de un investigador que ventea el rastro.

El alzó los hombros.

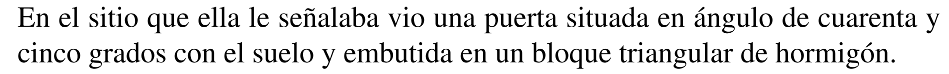
—Nunca he estado allí. ¿Por qué me dice eso?

—Es un detalle muy revelador. Aquí es donde han ocultado su secreto.

—Parece más bien el sitio que podrían elegir una alumna y su amiguito para entrenarse un poco. Con un tiempo más caluroso, naturalmente.

—¡Oh! —exclamó ella— ¡Es usted repulsivo! Mire allí.

Miró, preguntándose qué sería lo que tornaba a esta mujer joven y atractiva de una hipersensibilidad tan exagerada en todo lo referente al amor.


En el sitio que ella le señalaba vio una puerta situada en ángulo de cuarenta y cinco grados con el suelo y embutida en un bloque triangular de hormigón.

—¿Adónde va eso? —preguntó él.

—Abajo —informó la muchacha mientras se dirigían hacia la puerta —. Y abajo hay una máquina o algo por el estilo. La oí. O puede que sólo sintiera las vibraciones. El caso es que palpita.

—Probablemente será el generador para el sistema de alumbrado de la escuela. ¿Bajó usted quizá?

—No.

—Entonces está bien —abrió la puerta—. Bajaremos ahora.

Al fondo de unas escaleras había un corredor alumbrado por débiles bombillas eléctricas empotradas en una las paredes. El corredor se iba convirtiendo en un túnel que descendía gradualmente. Don calculó que marchaban en dirección norte, pero luego el túnel hizo un recodo en ángulo recto y pasaron a tomar rumbo Este.

—No oigo palpitación ninguna —dijo él.

—Bueno, pues yo la oí, y lejos de aquí. Deben de haber apagado el motor.

—¿Cuánto tiempo hará de eso?

—Una hora quizá.

—Mientras estábamos todavía subiendo. Eso tendría cierto sentido. Como usted sabe, hemos vuelto a pararnos. El profesor Garet nos ha leído un boletín sobre el asunto.

Hasta ahora la había precedido por el estrecho túnel. Pero éste se ensanchó de pronto y pudieron seguir caminando los dos juntos. Parecía que el túnel no acababa nunca. Pero de improviso tropezaron con una puerta de recio aspecto cerrada con llave.

—Se acabó —dijo Don.

—Eso no es nada —protestó ella—. Derríbela.

El se echó a reír.

—Me adula usted. Ande, volvámonos.

—¿No cree usted que todo esto es muy raro? túnel que empieza bajo unas gradas abandonadas, que hace tantos recovecos y que acaba en una puerta cerrada con llave.

—Quizás esta era una estación del Metro. Parece lo bastante vieja.

—Tenemos que atravesar esa puerta.

Abrió su bolso y sacó un llavero. Colgaba de él una extensa colección de llaves. Por fin encontró una que se ajustaba a la cerradura.

—¡Caramba! —exclamó Don—. ¿Quién le enseñó esa habilidad?

—¡Abra la puerta!

El corredor que se extendía detrás de la puerta estaba revestido, paredes, techo y suelo, con un metal plateado. Continuaba hacia el Este unos noventa metros, doblaba luego al Norte y a continuación volvía hacia el Este ensanchándose paulatinamente.

Acababa en una gran sala cuya pared más distanciada era de cristal o de alguna otra sustancia también transparente. La habitación era un enorme observatorio situado en el extremo más opuesto de Superior, pero por debajo de su filo. Desde allí pudieron mirar hacia abajo, no sin un amago de náuseas; hacia la Tierra, suspendida a unos siete kilómetros.

Don, acordándose de la superficie de arriba de Superior, pensó que era como si estuviesen mirando desde la góndola o barquilla colgada de un dirigible.

O desde las lumbreras inferiores de un gigantesco platillo volante.

V

Por un momento una masa de nubes les ocultó la Tierra de la vista. Luego siguieron admirando el espléndido espectáculo y permanecieron silenciosos un minuto más.

—Esto no se hizo en un día —comentó Jen Jervis por fin.

—Desde luego que no —concedió Don—. Se necesitaron millones de años.

Ella le miró secamente.

—No estaba hablando sobre la edad de la Tierra. Me refiero a esta habitación mirador, observatorio o lo que quiera que sea.

El le sonrió.

—También estoy de acuerdo con usted en eso. Realmente soy un chico muy acomodaticio, señorita Jervis. Evidentemente quienesquiera que hayan construido esto sabían con anticipación que Superior iba a emprender el vuelo. También sabían la cantidad de tierra que iba a despegar y dónde había de ser edificado esto para que quedase en el mismo borde.

—Bajo el borde, querrá usted decir, con vistas hacia abajo.

—Exactamente. Desde cierta distancia yo diría que Superior debe de tener el aspecto de un casquete de naranja. La parte llana, o sea donde se hizo el corte, en la naranja me refiero, es la superficie, y nosotros estarnos mirando desde un trozo de la piel convexa.

—Expone usted las cosas con tanta sencillez, señor Cort, que incluso un niño podría comprenderle —dijo ella con acritud.

—Gracias —dijo él complacido.

Había caído en la cuenta de que quienquiera que estuviese escuchando para la Información Militar mediante la diminuta radio colocada bajo su camisa, sólo podría tener una vaga idea de lo que estaba sucediendo Toda descripción que pudiera suministrar con palabras serviría por tanto para darse a comprender mejor. Eso le obligaba a correr el riesgo de que su acompañante le juzgase un tanto idiota.

Naturalmente con esta Geneva Jervis era fácil exponerse al comentario acerbo y a la réplica retorcida. Se la imaginaba como persona sumamente útil en su papel de Chica de los Fines de Semana del senador Bobby Thebold.

—No creo que esto sea obra de los chiflados del piso de arriba —dijo ella.

—¿A quién se refiere usted?

—Al Instituto Cavalier de Estupidez Aplicada o como se llame. No

serían capaces de encargarse de una empresa así.

—Estoy de acuerdo con usted. Por eso consentí que me sacara de la reunión. Aquello no era sino un montón de mamarrachadas seudocientíficas. El viejo doctor Rubach, veterinario o albéitar, estaba a punto de relacionar el ultimoto con el fémur para explicar la expansión de los gases. Dígame, ¿qué cree usted que hay detrás de todo esto?

Ella seguía dando vueltas por la enorme habitación como si estuviese realizando un inventario mental. No había mucho que catalogar: seis sillas de altos respaldos, pesadas y de aire moderno, una ancha mesa de madera, una pantalla de cristal oscuro que podía ser de un aparato de televisión, y un caja de acero gris del tamaño y la forma de un fichero y que tenía tres botones negros sobre su tapa lisa. A Don le picaba el deseo de apretar los botones para ver qué pasaba. Jen Jervis parecía sentir la misma necesidad.

Bastante nerviosa. tamborileaba en la caja con sus largas uñas.

—¿Yo? —preguntó evasiva—. ¿Detrás de todo esto?

—Sí. ¿Qué teoría tiene usted? ¿Se trata de algo que tenga que investigar la Comisión de Actividades Antiterráqueas?

—No sea impertinente. Si el senador opina que es deber suyo investigar esto, lo hará Sin duda ya lo está haciendo. Mientras tanto no puedo menos sino reunir toda la información que se ponga a mi alcance mientras me hallo en el lugar de los hechos.

—Muy patriótico por su parte. ¿Qué deduce de las informaciones que ha recogido hasta ahora?

—Indudablemente existe una especie de conspiración —empezó ella a decir, pero se detuvo, como si sospechara que iba a caer en una trampa.

—Ya comprendo —comentó Don con una mueca—. Por lo que veo, sus intenciones son las de dar pasto a Bobby el Audaz, haciendo que hasta el último mono de aquí tenga que comparecer ante su Comisión. No se atreverán a negarse.

—No encuentro que esto sea nada divertido, señor Cort, aunque no dudo de que su humor estudiantil podrá hacerle mucha gracia a su rubita tobillera. Será mejor que volvamos. Ya veo qué ha sido un error mío esperar cooperación de su parte.

—Como usted quiera, señora investigadora, respondió Don haciendo una burlona reverencia y volviéndose luego para lanzar una última ojeada al vasto segmento de la Tierra que se divisaba en lo hondo.

Geneva Jervis lanzó un grito.

Don giró rápidamente sobre su eje y la vio erguida, con los ojos desorbitados y la boca abierta de par en par, frente al cristal oscuro y enmarcado que él había tomado por una pantalla de televisión. La muchacha tenía el rostro convulso por el terror, y cuando Don fijó los ojos en la pantalla

tuvo la ligera vislumbre de un par de ojos que se desvanecían en una imagen borrosa. Luego la pantalla se quedó limpia y Don no tuvo seguridad de si con los ojos se había ido un rostro, un rostro inhumano, extraterrestre, o si era su imaginación quien lo había dibujado.

La joven se desplomó al suelo, desmayada.

COLUMBUS, OHIO, Nov, 1 (AP). — El Sen. Robert (Bobby) Thebold desembarcó aquí hoy después de guiar su escuadrilla de P—38s de Pilotos Particulares (PP) en un vuelo de reconocimiento que tuvo como resultado la pérdida de uno de los seis cazas de la Segunda Guerra Mundial en un aterrizaje forzoso sobre la ciudad, misteriosamente subida a los aires, de Superior. Ohío. El piloto del avión estrellado llegó sano y salvo a la Tierra en paracaídas. Sen. Thebold dijo muy irritado a los periodistas: "No tengo duda alguna de que fuerzas misteriosas están actuando cuando una población de tres mil habitantes puede alzarse en un cuerpo compacto desde la faz de la Tierra. Mi vuelo de reconocimiento ha demostrado en forma concluyente que la ciudad está intacta y que sus habitantes están vivos. En uno de mis pases vi a mi secretaria, la señorita Geneva Jervis.". Sen Thebold dijo que confiaba que la señorita Jervis se pondría en contacto con él en cuanto que tuviera que informarle de algo, indicando que ella misma realizaría una investigación sobre el terreno. El Senador dijo, contestando a una pregunta que estaba "asombrado por la completa inactividad" oficial de Washington en el asunto, y declaró que solicitaría una encuesta por la Subcomisión de Investigaciones del Senado, de la que es miembro. Indicó que los testigos podrían ser oficiales del Departamento de Defensa, de la Agencia de Información Central y "posiblemente otros".

LADENBURGH, Ohío, Nov. 1 (UPI) — Ladenburgh de Abajo, antigua limítrofe de "la Ciudad de los Cielos", se quejó ayer de una lluvia de cascos vacíos de cerveza y otros desperdicios, arrojados al parecer desde sus bordes por habitantes de Superior Aérea. "No están tan altos ni son tan poderosos", dijo aquí un oficial de Sanidad, "como para que puedan hacer de Ladenburgh su cajón de la basura".

WASHINGTON, Nov. 1 (Reuters). — Funcionarios americanos se vieron hoy en un aprieto al tratar de explicar la extraña conducta de Superior, Ohío, "la ciudad que despegó".

Fuentes bien autorizadas le aseguraron a Reuters que no se estaba realizando ningún experimento militar o científico que pudiera ser la causa del fenómeno registrado al elevarse intacta una ciudad varios miles de metros en el aire. Los rumores circulados al efecto sobre una "conspiración comunista" en marcha fueron acogidos con gran escepticismo en los círculos oficiales.

ULTIMA HORA COLUMBUS, Ohío, Nov. 1 (UPI). — La ciudad aérea de Superior empezó a derivar hacia el este de Ohío en las últimas horas de hoy.

VI

El problema inmediato estaba constituido por Geneva Jervis, inconsciente, tendida sobre la chaqueta de pieles que le estaba larga. Don Cort la colocó de forma que descansara sobre la espalda, le quitó los zapatos y puso sus tobillos sobre el filo del asiento de una silla. Descubrió que usaba cinturón, y se lo aflojó. Era evidente que usaba también corpiño, pero no era necesario llegar a tanto. Se dedicó a frotarle una de sus muñecas y al cabo de un rato los ojos de la joven centellearon.

Sonrió medio inconsciente.

—Temo haberme portado como una pavita.

—De ninguna manera. Yo lo vi también. Un par de ojos.

—¡Y una cara! Una cara horrible, horrible.

—No estoy muy seguro sobre la cara. ¿Podría usted describirla?

Ella se atrevió a lanzar una mirada asustada a la pantalla, pero comprobó que afortunadamente allí no se veía nada.

—No era una cara humana. Y me estaba mirando muy fija. ¡Era espantosa!

—¿Tenía nariz, orejas, boca?

—No..., no estoy segura. Salgamos de aquí. Ahora me encuentro perfectamente. Gracias por ser tan bueno conmigo..., Don.

—No hay de qué..., Jen. Anda, ponte los zapatos.

Cuando hubo cerrado tras ellos la recia puerta de madera, Don giró de nuevo la llave en la cerradura. Prefería dejar las cosas tal como las habían encontrado, aunque la visita realizada al observatorio no fuera un secreto para los ojos de la pantalla.

Se sintió aliviado cuando subieron por la escalera que conducía hasta las gradas. No experimentó la menor sensación de que nadie les hubiera estado siguiendo o espiando durante el largo paseo que dieron por el túnel.

Guardaban silencio, absortos en sus respectivos pensamientos, mientras cruzaban la pista cubierta de escarcha y Jen se agarraba del brazo de Don, buscando más bien compañía que apoyo. Al llegar al patio del Colegio la muchacha se excusó diciendo que sentía jaqueca y que iba a descansar en su habitación. Don volvió al comedor.

La reunión ya había terminado, pero Alis Garet estaba allí, tomándose una taza de té y leyendo un libro.

—Bueno, caballero —preguntó ella lanzándole una honda mirada—, ¿qué tal le fue en la cita?

—Estupendamente.—Se sintió aliviado al comprobar que no estaba

enfadada—. ¿Dijo alguien alguna cosa que valiera la pena mientras estuve fuera?

—Ni una sola palabra coherente. No te lo mereces, pero he tomado apuntes para ti. Puedes escaparte con la pelirroja mientras tienes una rubia que se ocupa de tus cosas. ¿La besaste?

—De ninguna manera. Era un asunto puramente profesional. Déjame que vea las rotas, cariño.

—Aquí las tienes.

Le alargó una tira de papel. Don leyó:

"Magnología lata, lata, lata, etc., etc., etc. Nada.

"P. (Revisor Jas Brown). Lo que queremos saber es por qué el alcalde ha lanzado esa proclama separando a Superior de la Tierra.

"R. (Civet). Repite la lata sobre discriminación contra Superior y Cavalier y los precios del chicle.

"P. ¿Cuándo bajaremos de nuevo?

"R. Cuando se ponga fin a la discriminación.

"P. ¿Qué hay de la soberanía?

"R. ¿Qué quiere decir?

"P. Desde el momento en que Superior es una ciudad separada, ¿de quién se ha hecho independiente: de los Estados Unidos o de la Tierra? (Este revisor Brown me está resultando más vivo de lo que yo creía, había garrapateado Alis.)

"R. Que si patatín, que si patatán.

"P. Una cosa clara.

"R. (Papá, acudiendo en ayuda de Civek): La cuestión de la soberanía debe por ahora quedar en el aire. (Risas.) En cuanto a las leyes federales seguirán rigiendo adaptándose a las condiciones existentes.

"El resto del mitin fue dedicado a discusiones tediosas sobre comidas, pasatiempos, ropas, etc."

Don plegó las notas y se las guardó en el bolsillo.

—Gracias. Veo que no me he perdido gran cosa. Lo único que parece deducirse de aquí es que el alcalde Civek no es más que un figurón, y que si la gente de Cavalier está enterada de algo no lo dice más que en camelo.

—Creo lo mismo —dijo Alis—. Vamos ahora a echarle un vistazo a Pittsburgh.

—¿A Pittsburgh?

—Ahí es donde estamos ahora. Uno de los estudiantes de por aquí echó una mirada hace un rato por el filo. Yo estaba esperando que volvieras antes de ir a dar un vistazo.

—¿Pittsburg? —repitió Don—. ¿Quieres decir que Superior está navegando por encima de los Estados Unidos?

—O va a la deriva o la empujan. Vamos a ver.

No había mucho que ver y el frío era demasiado crudo para estarse allí mucho tiempo Las luces de Pittsburgh empezaban a encenderse en el crepúsculo y la ciudad tenía un aspecto bonito y lejano. Un avión de la Guardia Nacional Aérea de Pensilvania se acercó a investigar, pero desde una distancia respetuosa. Luego se alejó.

Don dejó a Alis tiritando, ante la casa de la muchacha, y pensó que le convendría tomarse un trago. Recordó haber visto un cartel. Club Lírico, en la calle que salía frente a la oficina de El Centinela y se encaminó hacia allá.

—Sargento Cort —dijo una voz amortiguada bajo el cuello de su camisa.

Don pegó un salto. De momento se había olvidado de que él mismo no era sino una estación ambulante de radio.

—¿Qué? —reaccionó.

—La recepción ha sido excelente —dijo la voz. Ya no era la voz del capitán Simmons.

—No hace falta que nos resuma usted nada. Hemos oído todas sus conversaciones y creemos saber tanto como usted. Debe admitir que no es mucho.

—Efectivamente, me temo que no. ¿Qué quieren que haga ahora? ¿Debo volver a investigar de nuevo en la habitación subterránea? Parece que allí es únicamente donde podría averiguarse algo.

—No. Usted no es más que el mensajero de un Banco cuya preocupación máxima consistía en poner a salvo el contenido de la cartera. Ahora que se supone que los valores están custodiados en la cámara acorazada del Banco, usted no debe tener ninguna preocupación profesional, y aunque siente curiosidad por saber la causa de que Superior esté comportándose como lo hace, desea que sean otras personas las que se ocupen del asunto.

—Pero es que a mí me vieron en aquella habitación subterránea. Aquellos ojos, de quienquiera que fuesen. Tengo la sensación... bueno, me parecen que no eran humanos.

—¡Tonterías! —contestó la voz del Pentágono—. Un cortocircuito vulgar en la televisión. No deje que su imaginación le arrastre, y sobre todo no juegue hacer el espía. Si sospechan de alguien, será de Geneva Jervis, a causa de sus relaciones con el senador Thebold. ¿Adónde va usted ahora?

—Pues yo, la verdad, señor, pensaba, si no ordena usted otra cosa, que podría tomar una copa. Para ver qué es lo que dice la gente.

—Buena idea. Hágalo.

—¿Qué se dice en Washington? ¿Ha hablado alguien de todo este lío

de la Magnología del profesor Garet?

—Están recogiéndose datos Todavía no se ha hecho una evaluación de los mismos. Ya volverá usted a saber de nosotros cuando tengamos algo que decirle. Por ahora, Cort, siga. Está usted realizando un trabajo espléndido.

Las calles se mostraban frías, oscuras, y desiertas. Las pocas farolas encendidas tenían un débil resplandor y las luces de las vivendas y de otros edificios parecían más débiles que de costumbre. Había saltado un viento mordiente y Don se alegró al ver ante sus ojos las palabras de neón Club Lírico. El encargado del mostrador le saludó jovialmente.

—No es una nochecita muy agradable que digamos. ¿Qué va á ser?

Don se decidió por un ponche caliente pare empezar.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó—. ¿Hacia adónde se encamina la vieja ciudad?

El barman se encogió de hombros.

—Civek se preocupará de eso. Para eso le pagamos, ¿no es así?

—Eso supongo. ¿Cómo están ustedes de licores? ¿Tienen buen surtido?

—Por lo menos hay para un par de semanas, a no ser que a la gente le dé por beber más que de costumbre. La cerveza será lo primero que se acabe.

—Entonces todo va bien, supongo. ¿Pero no le preocupa esto de ir volando por el aire de esta manera?

El encargado volvió a encogerse de hombros.

—Y ¿qué quiere usted que yo haga? ¿Le pongo otro ponche?

—Sírvame ahora un combinado. Con un poco de soda. ¿Es esa la opinión general? ¿Los negocios siguen funcionando como de costumbre?

—He oído decir que algunos comercios están haciendo su agosto. Hay un montón de gente comprando ropa de invierno, ya que el tiempo se ha puesto tan frío. Y los Hermanos Tabney, que son los que llevan la compañía de carbón y gasoil, han recibido pedidos suficientes para tener que trabajar día y noche durante una semana.

—Eso está bien. Pero, cuando por fin se queden sin existencias, lo mismo que le pasará a usted, ¿qué va a suceder entonces? ¿Va a morirse todo el mundo de frío?

El barman se quedó pensativo.

—No deja usted de tener razón. ¡Hola. Ed!! Bonita noche, ¿verdad?

Era Ed Clark, el periodista. Le hizo una señal al barman, que empezó a mezclarle un martini bastante cargado de ginebra.

—Se le hielan las orejas a un mono de bronce —protestó Clark, juntándose a Don—. Tengo un par de pasamontañas de sobra, si le hacen falta.

—Gracias —contestó Don—, pero creo que mañana me decidiré a comprar alguna ropa de invierno y le devolveré la suya.

—Como usted quiera ¿Piensa establecerse aquí?

—No parece que me quede mucho que elegir. ¿Algo nuevo por su barrio?

Clark levantó su vaso lleno hasta el borde y se bebió un trago.

—Así el invierno se hace más suave. ¿Noticias? Supongo que ya estará usted enterado de que ahora nos hallamos en Pensilvania y no en Ohío. Bueno, sobre Pensilvania, debería decir. No me pregunte por qué, a menos que Héctor Civek piense que Superior recibirá aquí un trato más favorecido en la cuestión de los impuestos.

—¿Cree usted que el alcalde tiene algo que ver con lo que está pasando?

—Tiene sus manías de grandeza, como mucha gente de por aquí. Pero creo que Héctor sabe bastante más de lo que nos dice. Algunos de los comerciantes, principalmente los que tienen tiendas que no se han visto favorecidas por la ola de frío, han convocado un mitin para mañana. Quieren apretarle las clavijas.

—Esta tarde no se mostró muy explícito en Cavalier cuando la gente del tren se puso a hacerle preguntas.

—¡Así es que allí era donde estaba! ¡Por eso no pudieron encontrarle en el Ayuntamiento!

—¿Dónde va a acabar todo esto? Si seguimos derivando cruzaremos el Atlántico y terminaremos por llegar a Europa. Entonces Superior empezará a cruzar fronteras nacionales en lugar de líneas de estados, y algún país puede llegar a la conclusión de que estamos violando su espacio aéreo y decidir cañonearnos desde tierra.

—Veo que mira usted las cosas con mucha anticipación —objetó Clark.

—¿Es que se las puede mirar de otra manera? —preguntó Don—. La otra alternativa que queda es engañarnos a nosotros mismos diciendo que todo está perfectamente y confiar en la Providencia y en Héctor Civek. ¿Qué les pasa a ustedes? No parecen haberse dado cuenta de que muchos metros cúbicos de tierra y tres mil personas han alzado el vuelo y están dando vueltas por el aire. Esto no es una cosa que haya pasado porque sí. Algo o alguien tiene la culpa. La cuestión es saber quién es ese alguien y qué van a hacer ustedes respecto a eso.

El del bar dijo:

—El muchacho tiene razón, Ed. ¿Cómo sabemos que no nos llevarán más alto, a un sitio donde no haya ya aire? Entonces sí que íbamos a estar fritos.

Clark se echó a reír.

—Fritos no parece la palabra más adecuada. Pero estoy de acuerdo en que las cosas se nos están escapando de la mano. —Soltó su vaso con un tintineo—. Conozco al hombre que necesitamos. El viejo Doc Bendy. Sabe remover las cosas Acuérdate de aquella vez que quisieron pasar el oleoducto por la ciudad y Doc formó una Comisión de Ciudadanos y logró detenerlos.

—Desde luego que los paró en seco. —recordó el barman.

Luego carraspeó y añadió en voz baja.

—Hablando de Roma... —levantó la voz y saludó al hombre que acababa de entrar—. ¡Hola, Doc!! Dichosos los ojos que te ven. Es una alegría echarte la vista encima.

Doc Bendy era un imponente anciano de estatura muy superior a la normal y cintura proficiente. Ostentaba su panza con autoridad. Sus manos, al extremo de cortos brazuelos, parecían reposar sobre ella con naturalidad, y mientras hablaba se daba palmaditas en el vientre con aire de satisfacción. Iba vestido contra el frío con una vieja casaca fruncida, de un negro verdeante, con una doble línea de amplísimos botones en el frente y unas enormes solapas del siglo xviii, Lucía un abollado sombrero de terciopelo negro al que la edad había arrebatado toda pretensión de mantener una forma determinada.

—¡Mis saludos, caballeros! —tronó Doc Bendy avanzando majestuosamente hacia el mostrador—. Me dicen que nuestro peripatético villorrio está pasando por Pittsburgh. Pero yo creería más bien que estamos cruzando el Círculo Polar Ártico. Ron. apreciado barman, es la única bebida adecuada a las circunstancias.

Clark le presentó a Don, que vio de cerca el rostro de Doc Bendy, que era lleno y firme en lugar de blanduzco y fofo. La nariz había empezado a desarrollar una nervadura de vasos sanguíneos muy visibles que indicaban una propensión hacia las botellas. Pobladas cejas blancas hacían juego con el filo de nevados cabellos que brotaban bajo los lados y la parte trasera del sombrero de terciopelo. Los ojos se mostraban alertas y chispeantes.

La boca ascendía sutilmente en las comisuras y, aunque Bendy nunca parecía sonreír abiertamente, mostraba la misma expresión de buen humor que los ojos. En realidad sólo aquellos dos rasgos salvaban al anciano de parecer pomposo.

Don notó que el ron que el encargado del mostrador sacaba para Bendy era de la cosecha del 51 y la porción que le servía bastante generosa.

Bendy levantó su vaso.

—A su salud, señores —bebió un trago y soltó la copa—. También podría beber por un viaje feliz con rumbo desconocido.

—Aquí Don cree que corremos el peligro de derivar hacia Europa.

—Una posibilidad bastante verosímil —replicó Bendy—. Supongo

que tendrán ustedes sus pasaportes en regla. Recuerdo la primera vez que fui al Continente. Iba con Jack Pershing y la AEF (Fuerza Expedicionaria Americana).

—¿Iba usted en Sanidad, señor? —preguntó Don.

Doc Bendy soltó una risotada aguantándose la panza.

—Dios bendiga su inocencia, muchacho; no soy médico. Pertenecí a la Junta Directiva del primer Hospital de Superior; de ahí el título. Una simple cortesía que me ha sido conferida por ciudadanos agradecidos.

—Ciudadanos que otra vez podrán reclamar su ayuda, Doc —dijo Clark—, en vista de que los representantes por ellos elegidos les dejan hundirse ignominiosamente.

—Hundirse, pero no bajar, ¿eh? Supongamos que usted me cuenta todo lo que sabe, señor editor. Supongo que estará informado sobre la situación mejor que nadie y que les habrá seguido la pista a los conspiradores que nos han puesto por las nubes.

—¿Cree usted que se trata de una conspiración?

—Desde luego no es un acto de Dios.

Clark empezó a llenar una vieja pipa, la que fue cargando tanto, que el lápiz con que prensaba el tabaco apenas lograba introducirse en la cazoleta. Cuando tuvo lista la pipa para acercarle una cerilla ya había agotado el relato de los hechos concretos. Luego Don tomó la palabra y describió el pasaje subterráneo que había visto aquella tarde. Se disponía a continuar cuando el viejo levantó una mano.

—Solamente los hechos, señor Cort, haga usted el favor. Lo que ha visto en la cámara subterránea concuerda admirablemente con algo con que tropecé esta tarde mientras estaba patinando.

—¿Patinando? —preguntó Clark sorprendido.

—Patinando sobre el hielo. En el lago Norte. Está completamente helado y no soy tan decrépito como para no poder deslizarme sobre un par de cuchillas. Bueno, pues iba patinando, mientras tarareaba el Vals de los Patinadores, cuando tropecé con una piedra. Cuando digo que tropecé quiero decir que me caí cuán largo soy. Mientras estaba allí tendido, jadeando un poco, tenía la cara sólo a una pulgada del hielo y me di cuenta de que estaba cambiando la mirada con algo. Lo mismo que le pasó a usted, señor Cort.

—¿Quiere usted decir que había algo bajo el hielo?

—Exactamente. Mirándome con fijeza. De una manera ominosa, supongo que podría decirse, en cuanto que se dio cuenta de mi presencia.

—¿Vio usted toda la cara?

—Mentiría si dijese que sí. Parecía... pero debo atenerme a los hechos. Vi solamente los ojos, dos ojos perfectamente circulares, que se me quedaron mirando por un momento y luego desaparecieron.

—Podría haber sido un pez —dijo Clark.

—No. Un pez es de las cosas más inexpresivas que puedan existir en este mundo, mientras que detrás de aquellos ojos se percibía la inteligencia. Nada de esas miradas vacías de besugos.

Clark golpeó su pipa contra el filo del mostrador de forma que las cenizas cayeran en las proximidades de un viejo escupidor de bronce.

—Así pues, como lo que han visto tanto usted como Don estaba bajo la superficie, podemos extraer las deducciones apropiadas y presumir que cierta especie de seres extraños ha fijado su residencia en las partes bajas de Superior.

—El campo de las deducciones es infinito —sentenció Doc Bendy—. Pero, como quiera que sea, lo cierto es que existen muchas más cosas que las que Civek conoce o que las que quiere admitir la pandilla Garet-Rubach de Cavalier. Me parece, señores, que es hora de que yo organice ya una Comisión.

VII

La señorita Leora Frisbie, solterona, fue hallada muerta en la bodega de setas de su casa de la Avenida Ryder situada en la parte nordeste de la ciudad. Estaba sentada en una silla de campaña, envuelta en pesados abrigos, cuando murió. Padecía del corazón y aquel hecho, relacionado con las notas que había estado tomando en una tira de papel que le fue encontrada en su regazo, indujo al coroner a extraer la conclusión de que había recibido un susto mayúsculo.

La primera anotación en la tira de papel decía: Alguien me está robando las setas; tengo que vigilar. Las anotaciones continuaban.

Sentada en una silla cerca de la escalera. Me faltan ya más de 60 bulbos, la cosa empieza a ponerse grave. ¿Es que Superior está subiendo otra vez? Movimiento en el rincón, como si el suelo fuese empujado desde abajo Mano. ¿Mano? ¡Garra!

La garra se retira.

Cabeza. ¿Rata? No. Más grande.

¿Humana? No. Pero los ojos ojos ojos...

Eso era todo.

Fotocopias de las notas de la difunta señorita Frisbie y del informe del coronel se convirtieron en los documentos Uno y dos del "dossier" de Doc Bendy. El documento número Tres era una copia en papel carbón de un informe dado por el jefe de almacén de la fábrica de chicle burbujeante.

El chicle burbujeante se guardaba en el depósito situado cerca del ferrocarril, detrás de la calle Reilly. El jefe de almacén, Armand Specht, estaba haciendo inventario cuando observó ciertos movimientos en el extremo del local. Su informe continuaba.

Investigo y hallo que una caja ha sido sacada de lo alto de la pila y que la han roto.

Falta una gruesa de la variedad Cheeky. Veo a alguien sentado de espaldas a mí abriendo cajas, metiéndose en la boca el chicle, con el papel de cera y todo, por docenas.

Parece un chimpancé de gran tamaño. Se vuelve y me mira y continúa masticando. No logro distinguirlo bien ates de que desaparezca, pero noto dos cosas: una, que tiene los carrillos hinchados por meterse tantas pastillas de una vez; y la otra que tiene los ojos redondos y brillantes, incluso en el rincón sin luz. El animal se vuelve y desaparece tras la pila de Cheeky. No es chimpancé. No le sigo inmediatamente, pero cuando lo hago se ha ido.

Documento Cuatro Querido Diario Esta noche no hubo televisión y le pregunté a abuelito Bendy qué iba a hacer yo entonces y me dijo: "Marie

cuando yo era joven los niños y las niñas se divertían por su cuenta" y entonces fui y saqué el rompecabezas de letras y les dije a papá y a mamá que jugasen conmigo pero dijeron que no porque tenía que ir a casa de los Warners a jugar al bridge. Y se fueron y yo me puse a jugar, jugando por los dos bandos cuando la puerta se abrió y yo dije: Hola, abuelito, pero no era él, era como un canguro y tenía unos ojos grandes que eran cariñosos.

Después de un rato me levanté y le rasqué en las orejas y eso le gustó y después se acercó a la mesa y miró el rompecabezas. Yo creí que sería gracioso si él supiera jugar pero no sabía. Pero sabía deletrear. Tenía manos como garras con largas uñas negras y piel encima de los dedos y empujó las letras hasta que formó la palabra Nombre y yo formé Marie.

Luego yo formé quién eres tú y él formó Gizl.

Luego yo formé qué edad tienes y él juntó todos los tarugos sin letras.

Yo dije dónde vives y él deletreó Aquí. Luego yo cambié aquello por De dónde vienes y él señaló otra vez los tarugos en blanco.

El gizl se marchó antes de que mamá y papá volviesen a casa y yo no les conté nada pero se lo diré a abuelito Bendy porque él entiende mejor las cosas desde aquella vez que yo tuve una amiga invisible.

Don Cort fue a acostarse al dormitorio de Cavalier con la seguridad sorprendente de que sólo habían transcurrido veinticuatro horas desde que Superior despegó. Parecía hacer más de una semana. Cuando se despertó, la ciudad flotante estaba encima de Nueva York.

Algunos empingorotados escritores de rascacielos estaban en plena faena. Bienvenida, Superior; Bebed Pepsi-Cola, decía su mensaje.

Don se vistió rápidamente y se apresuró a marchar hacia el filo. Alis Garet estaba ya allí en medio de una pequeña multitud apretujada en un parquecillo.

—¿Ese es el río Hudson? —le preguntó ella—. ¿Dónde está el Empire State Building?

—Sí —contestó él—; es el río Hudson. ¿Es que no has estado nunca en Nueva York? No puedo localizarlo de momento Está un poco al sur de aquella mancha verde. Aquella mancha es el Central Park.

—No, nunca he salido de Ohio. Creía que Nueva York era una gran ciudad.

—Es bastante grande. No te olvides de que estamos a siete kilómetros de altura. ¿Has visto algunos aviones junto a los escritores de rascacielos?

—Nada más que algunos aparatos de línea, que descendían —repuso ella—. ¿Es que esperabas a alguien?

—Mujer, sabiendo que esta es nuestra última escala, pensaba que habría algunos muchachos Federales volando alrededor. No creí que dejaran tan fácilmente que un pedazo de su tierra se les marchase a Europa.

—¿Es que vamos a ir a Europa?

—Si no cambiamos de rumbo, será obligado.

—¿Por qué?

—Er. lo sucesivo te contestaré diciendo: "No me preguntes por qué". Soy yo quien tengo que preguntarte. Estás más cerca de la boca de la fuente que yo.

—Si te refieres a papá —replicó Alis—, te diré que no comparto sus secretos.

—¿Es que ni siquiera tienes alguna idea de lo que se trae entre manos?

—Estoy segura de que él no es la Mente Rectora, si es a eso a lo que te refieres.

—Entonces, ¿quién lo es? ¿Rubach? ¿Civek? ¿El Comisario de Policía? ¿O el rey de la goma burbujeante. quienquiera que sea?

—¿Cheeky McFerson? —Se echó a reír. Fui a la escuela primaria con él y si el pobrecito tiene cerebro es una cosa que no se le notó nunca.

—¿McFerson? No es más que un crío, ¿verdad?

—Su padre murió hace un par de años y Cheeky es el presidente nominal, aunque el Consejo de Administración es el que lleva las cosas adelante. Le llamamos Cheeky (Mofletudo) porque siempre estaba mascando una pastilla. Se suponía que actuaba como anuncio viviente. Pero nunca me regaló ninguna y yo siempre mascaba Wrigley.

—¡Ah! —Don masticó el interior de su propia mejilla y se quedó mirando la línea costera—. Aquello es Connecticut —indicó—. Veo que no descendemos para la revisión de Aduanas.

Una manchita, dejando una estela de vapor a través del frío aire de las alturas, se encaminaba hacia ellos desde la dirección un tanto imprecisa de Nueva Inglaterra. A medida que fue acercándose Don reconoció que se trataba de un bombardeo Hustler B-58. Lo identificó por la misteriosa vaina que llevaba bajo su vientre y que era casi tan larga como el fuselaje.

—¿No irá a bombardearnos, verdad? —preguntó Alis.

—Lo dudo. La verdad es que me causa alegría verlo. Ya era hora de que alguien se tomase cierto interés por nosotros además de Bobby Thebold y sus anticuados Relámpagos.

El B-58 cubrió rápidamente los pocos kilómetros que le quedaban, planeó y se puso a dar vueltas en torno a Superior.

—¡Atención, pueblo de Superior! —dijo una voz desde el aparato.

Las palabras amplificadas les llegaban claramente a través del aire frío.

—Desde el momento que abandonan ustedes los Estados Unidos

Continentales, este avión queda asignado para acompañarles. Desde este momento se hallan bajo la protección de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

—La cosa está ya mejor —comentó Don—. No es que sea mucho, pero por lo menos alguien hace algo.

El B-58 remontó el vuelo y maniobró describiendo amplios círculos en torno a la ciudad.

—No estoy tan segura de que me guste tenerlo por aquí rondando —dijo Alis—. Me asusta pensar que descubran que Superior está gobernada por, no sé, digamos una potencia extraña, o una raza extranjera. Una vez que estemos sobre el Atlántico, cuando nadie pueda escandalizarse, ¿no pensarán que es un pequeño sacrificio alquilar a Superior con tal de desprenderse así de los... los extraños?

Don se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué es eso de los extraños? ¿Qué es lo que sabes?

—No es que yo sepa nada Es sólo una sensación que tengo: la de que hay alguien que puede más que papá y que el alcalde Civek y que todas las fuerzas vivas de Superior. — Le pellizcó el brazo como para buscar allí un alivio—. Quizá sea por ver el Océano y por darme cuenta de lo grande que es, pero por primera vez estoy empezando a sentirme un poco asustada.

—No es que yo diga que no hay por qué asustarse —concedió Don.

Pasó la mano sobre el brazo de la muchacha.

—No se puede decir que esta sea una situación que tenga precedentes. Pero, ocurra lo que ocurra, recuerda que siempre habrá gente buena a nuestro lado.

—Lo sé —dijo ella—. Y sé que tú eres una de esas personas.

Se quedó extrañado, preguntándose qué habría querido decir ella con eso. Probablemente nada, sino algo así como "gracias por darme ánimos". Decidió que tenía que ser eso; el fisgón mecánico que llevaba debajo del cuello lo estaba convirtiendo en un observador demasiado puntilloso. Trató de pensar en algo más apropiado que decirle y que a él no le importase que fuera escuchado en el Pentágono.

Como no se le ocurrió nada, atrajo a la muchacha y le dio un beso rápido y tranquilo.

El grupo de gente que estaba mirando desde el filo había ido creciendo. A juzgar por la concurrencia, pocas personas debía de haber en la Escuela o en sus respectivos trabajos.

Ayer parecían estar débilmente interesados en lo que pasaba en la ciudad, pero hoy, a punto de dejar a las espaldas el continente americano, estaban prestando más atención.

No obstante, Don no podía observar ninguna expresión de alarma en

sus rostros. Todo lo más un aire de asombro, pero algo menos exagerado que el que se observa en un grupo de europeos que ven por primera vez el puerto de Nueva York desde la cubierta de un trasatlántico. Una comunidad apática, pensó, dispuesta a resignarse con su situación mientras el molde usual de sus vidas no se viese obstaculizado en forma exagerada. Lo que les hacía falta, naturalmente, era un caudillaje.

—Grandioso, ¿verdad? —preguntó Alis.

Estaba mirando el Atlántico, que virtualmente era la única cosa que se dejaba ver, excepto el brillante cielo azul, una faja de la costa de Nueva Inglaterra y el bombardero describiendo círculos.

—Se hará más grandioso todavía —repuso Don—. ¿Te parece que atravesemos la ciudad y echemos una última miradita a los Estados?

Por su parte quería ver también si pasaba algo en el interior de la ciudad.

—Espero que no sea la última —replicó ella—. Preferiría dar una vuelta a la redonda.

Un taxista emprendedor les abrió la portezuela.

—Tarifa especial de excursiones al extremo oeste —anunció—. Un machacante.

—Veo que entiende usted el asunto —aprobó Don—. ¿Cómo va el negocio?

—No puede decirse que vaya muy boyante. No hay trenes que esperar. No hay autobuses Hola, Alis. Esta habrá sido una de las ocurrencias de tu papaíto, ¿verdad?

—Hola, Chuck —contestó ella—. Lo dudo mucho, aunque estoy segura de que él nunca confesaría que no. ¿Cómo están tu mujer y el chiquillo?

—Estupendamente. El niño es el que me ha salido más fantasioso de la cuenta. Está escarbando un agujero en el corral. La semana pasada nos dijo que ya estaba cerca de China. Esta semana le ha tocado la cosa a Australia. Cuando estábamos cenando se le ocurrió decir que en Australia deben de haberse enterado de sus trabajos y que han empezado a escarbar desde los antípodas. Según él ya han establecido la comunicación y hasta ha hablado con un canguro.

—¿Un canguro? —preguntó Don dando un brinco.

—Sí. Ya sabe usted como son los chiquillos. Creo que en clase de Geografía ha estado estudiando Australia.

—¿Qué le dijo el canguro a su hijo?

El taxista se echó a reír a la defensiva.

—No es que el chiquillo tenga nada raro. Lo que pasa es que le sobra imaginación.

—Naturalmente. Cuando yo era un niño solía hablar con los osos. Pero, ¿qué cuenta él de lo que le hablan los canguros?

A última hora de aquella mañana, aproximadamente en el mismo momento en que Don Cort, calculaba que Superior había pasado del límite de las doce millas (al este de la costa, no de altura), el Banco Nacional de Superior fue asaltado.

Un hombre al que se identificó como un tal Joe Negus, tahúr de cuando en cuando, y otro hombre más habían llegado al Banco en el Buick convertible de Negus, Se dirigieron al cajero principal, le amenazaron con pistolas y le exigieron todo el dinero que tenía a mano. Metieron los billetes en un saco, volvieron al coche y se marcharon. No tomaron nada de los clientes ni realizaron intento alguno por sacar nada de la cámara acorazada.

El hecho de que no se preocuparan de la cámara hizo que Don acogiera la noticia con calma. Cuando oyó por primera vez hablar del robo pensó que los hombres habrían podido ir tras su cartera, lo cual habría significado que le seguían la pista. Pero aparentemente la faena era un asalto auténtico, no un golpe que disimulara otras intenciones.

El comisario de Policía, Vincent Grande, llegó al lugar de la escena una hora después de que se hubieran marchado los criminales. Su coche se había quedado con el aceite congelado y no había querido ponerse en marcha. Llegó en taxi con la cara arrebolada y palpando la culata de su pistola de servicio.

Negus y su compañero, al que se identificó como un jugador de billar llamado Hank Stacy, se habían escapado con unos cien mil dólares.

—No sabía que hubiese tanto dinero en la ciudad —fue el comentario que hizo Grande sobre aquello.

Mientras que estaba haciendo otras preguntas, el teléfono sonó y alguien le dijo al presidente del Banco que había visto a Negus y a Stacy entrar en los billares. En efecto, el convertible de los ladrones estaba aparcado ostentosamente delante del local.

Grande, con el aspecto de un cazador de fieras, se metió dentro del taxi.

Joe Negus y Hank Stacy estaban sentados frente a frente ante una mesa de billar, y cuando el jefe de policía entró allí estaban separando el dinero en tres montoncitos. Se hallaba presente también un tercer individuo que vigilaba atentamente la operación. Era Jerry Lynch, un abogado. Saludó a Grande.

—Buenos días, Vince —dijo con desenvoltura—. ¿Vienes a echar una partidita?

—Vengo a liarme a tiros con unos asaltantes de Banco si no devuelven inmediatamente todo ese dinero —dijo Grande.

Había sacado su pistola y parecía decidido a todo.

Negus y Stacy no mostraron intenciones de recurrir a sus armas. Stacy parecía hallarse algo nervioso, pero Negus siguió contando el dinero sin alzar la mirada.

—¿Es dinero tuyo el que han robado, Vince? —preguntó Jerry Lynch.

—Tú sabes muy bien de qué dinero se trata. Así es que a dármelo en seguida.

—Me temo que no pueda ser eso —dijo el abogado—. En primer lugar, no me conviene lo más mínimo, ya que un treinta y tres con tres por ciento es mío, y en segundo lugar, que tú no tienes autoridad ninguna.

—Soy el comisario de Policía —dijo Grande desaforadamente—. No quiero derramar sangre...

—Déjate de bravatas conmigo, Vince —interrumpió Lynch.

Negus había acabado de contar el dinero y el abogado cogió una de las pilas y se la distribuyó por distintos bolsillos.

—Te he dicho que no tienes autoridad ninguna. El asalto de los Bancos es un delito Federal. No es que yo admita que haya habido tal asalto. Pero si sospechas que se ha cometido un crimen, tu obligación es dirigirte a las autoridades pertinentes. Lo indicado sería la F. B. L, si supieses dónde localizarla.

—Sí —corroboró Joe Negus—. Tendrá que dar un saltito, comisario.

—Oye, chulo barato...

—Nada de barato, Vince —dijo Lynch—. Y ni siquiera delincuente, según mi opinión profesional. El señor Negus alega el privilegio de extraterritorialidad.

Aquel fue el comienzo de la ola de crímenes de Superior.

Alguien rompió los cristales del escaparate del almacén de tejidos de George Tochel y se escapó con varias mantas, media docena de abrigos y unos cuantos juegos de ropa interior de lana.

Un camión de gas-oil desapareció del patio de los hermanos Tabney y fue hallado abandonado a la mañana siguiente. Habían robado cerca de nueve mil litros, como si alguien se hubiese dedicado a abastecerse de combustible y a abastecer a los vecinos.

La puerta trasera del Supermercado fue violentada y alguien se apoderó de un gran surtido de comestibles. Los artículos que faltaban habrían sido suficientes para llenar una carreta.

Cada uno de aquellos crímenes resultaba comprensible, ya que la escasez creciente de comida y de carbón, así como las temperaturas glaciales de Superior habían llevado a los habitantes más humildes de Superior al borde de la desesperación.

Pero hubo otros incidentes.. Alguien rompió el escaparate de la joyería Kimbrough y se escapó llevándose un muestrario de relojes de precios variados.

Media docena de jóvenes gamberros se introdujo en una iglesia y empezaron a hacer barbaridades— Cuando fueron sorprendidos por el padre Brian, huyeron bombardeándolo con devocionarios. Uno de los libros rompió una vidriera que representaba un pasaje de la Biblia.

Alguien causó un incendio en el proscenio del cinematógrafo, produciendo el pánico correspondiente.

Vincent Grande se trasladaba de un sitio a otro para realizar las investigaciones adecuadas, pero raras veces conseguía detener a nadie. La situación se iba haciendo más y más desagradable por momentos. Superior había sido siempre un lugar donde se vivía muy tranquilo, donde todo el mundo se conocía por lo menos lo suficiente para decirse hola, pero ahora había sospechas y miedo, por no mencionar el hambre creciente y el frío en aumento.

Estaban desanimados cuando el alcalde, Héctor Civek, anunció un mitin de masas en la Plaza Mayor de la ciudad. Se encendieron hogueras, hubo fuegos artificiales y se desplegó todo el aparato de festejos usual en el desfile del Día de los Padres Fundadores, preparándose las tribunas al efecto Civek llegó tarde. La multitud, apretujándose muy junta contra el frío, pateaba para calentarse— y empezó a gritar cuando el alcalde llegó.

Hubo unos cuantos aplausos de los incondicionales en el momento en que subió a la plataforma.

—Conciudadanos —empezó a decir, y se paró a buscar en los bolsillos de su abrigo.

—Bueno —continuó—, creo que me he guardado el discurso en un bolsillo interior y ahora hace demasiado frío para buscarlo. De todas maneras sé lo que dice.

Aquello produjo algunas risas. Don Cort estaba en primera fila y miró a la gente que tenía alrededor. No tenían caras de buenos amigos ni parecían dispuestos a contentarse con meros recursos oratorios.

Civek continuó:

—No voy a teneros al aire libre pasando frío para deciros lo que ya sabéis: que los víveres están escaseando, que nuestras existencias de carbón y de combustible disminuyen, sin esperanza por ahora de reposición; todo eso lo sabéis.

—Claro que lo sabemos, Héctor —exclamó alguien.

—Sí, es lo que yo digo. No voy a hablar sobre el problema en sí. No necesitamos palabras, necesitamos acción.

—Vamos, Héctor —gritó una anciana señora. —Nos estamos

quedando helados.

—Lo siento, señora Potts —dijo Cive—. Debería usted estar en casa, abrigadita.

—Ya hemos consumido el carbón para la estufa y ahora se nos está acabando la leña. ¿Vas a hacer algo sobre eso?

—Le diré, señora Potts, lo que voy a hacer por usted y por toda la gente maravillosa que está reunida aquí esta noche. Vamos a poner fin a esta ola de criminalidad que nunca hemos tenido. Vamos a hacer de Superior una ciudad de la que podamos sentirnos orgullosos. Superior ha cambiado, se ha encumbrado, podríamos decir, a un nuevo estado de legalidad. Ahora somos algo más que una ciudad. Estamos libres e independientes no sólo de Ohio, sino de los Estados Unidos.

"Constituimos una plaza soberana, una soberanía auténtica, y necesitamos disponer de nuevos métodos para afrontar condiciones nuevas, para restaurar la ley y el orden, para procurar que todos nuestros súbditos, nuestros súbditos-ciudadanos, no carezcan de nada.

La muchedumbre se sintió emocionada al tocar Civek ese punto.

—A ese noble fin —prosiguió Civek— voy a dedicarme yo mismo y por eso doy este paso trascendental y proclamo aquí la existencia del Reino de Superior —marcó una pausa para hacer una profunda inspiración— y me proclamo a mí mismo su primer rey.

Se detuvo. Su oratoria le había arrastrado a un punto culminante y no sabía en absoluto cómo salir de allí. Tal vez esperaba aplausos que le ayudaran, pero no hubo ninguno. Se produjo un silencio completo, interrumpido tan sólo por los coletazos de los fuegos artificiales.

Pero al cabo de un momento se oyó un arrastrar de pies y un susurro que fue convirtiéndose en murmullo. Luego fueron sobresaliendo entre los murmullos gritos de irrisión y maullidos de gatos.

—¡El rey Héctor Primero! —cloqueó alguien— ¡Viva el rey!

Aquellas palabras podrían ser consoladoras, pero el tono con que fueron pronunciadas resultaba deprimente.

—¿Dónde está la corona de Héctor? —gritó otra voz—. Oye, Jack, ¿te olvidaste de traer la corona?

—Sí —gritó el llamado Jack—, me olvidé. Pero tengo una cuerda en la maleta.

Podríamos subirle al trono con ella.

Era obvio que Jack estaba bromeando, pero un grupo de hombres de otro rincón de la plaza avanzó hacia la plataforma.

—Sí —gritó uno de ellos—, vamos a amarrarle.

Una mujer que estaba en las filas traseras dio un grito estridente.

Dos figuras peludas, de metro y medio de altura, surgieron entre las tinieblas. Tenían aspecto de canguro, con largas colas. Nadie trató de detenerlas, y las criaturas llegaron a la plataforma y bajaron a Héctor. Lo colocaron entre ellas y, despejado ahora el camino, empezaron a brincar.

Sus brincos fueron haciéndose más largos cuando alcanzaron el borde de la plaza. Sus saltos eran ya sencillamente prodigiosos cuando desaparecían en dirección a North Lake, habiendo cobrado Civek el mismo aspecto que sus acompañantes por el despliegue de la larga cola de su levita.

Don Cort no habría podido decir si las criaturas estaban rescatando a Civek o raptándolo.

VIII

Héctor Civek aún no había sido encontrado en el momento en que el juez Helms declaró abierta la Audiencia Pública a las 10 de la mañana.

Se hallaba allí Joe Negus, luciendo un terno impecable y con aire de profunda confianza en sí mismo. Su compinche, Hank Stacy, trataba evidentemente de adoptar la misma pose, pero sin conseguirlo. Jerry Lynch, el abogado de ambos, estaba hablando con Ed Clark.

Don Cort ocupó el asiento que el periodista había reservado para él en primera fila.

Entró Alis Garet y se sentó a su lado.

—Me he fumado la clase de Sociología ——le dijo—. ¿Han encontrado ya a Su Majestad?

—No —respondió Don—. ¿Quién le metió en la cabeza esa idea descabellada?

—Siempre ha tenido ideas de grandeza desde que se presentó como candidato para la Cámara de Representantes del Estado. Entonces le dieron para el pelo, pero esta ha sido la primera vez que lo han raptado. ¿O deberíamos decir mejor acangurado? Pobre Héctor. No debería burlarme de él.

El juez Helms, que en realidad era un juez de paz, entró por un puertecita lateral y el ujier dio los golpes correspondientes con la vara. Pero la audiencia no empezó inmediatamente. Alguien entró corriendo de la calle y gritó:

—¡Ha vuelto! ¡Civek ha vuelto!

La gente que estaba en la parte trasera de la sala salió a toda prisa para curiosear. Un momento después se apiñaba presenciando la entrada solemne de Héctor Civek.

—¡Ohio! —exclamó Alis—. ¡No me digan que lo ha hecho esta vez!

Civek ostentaba los indumentos de la realeza. Atravesó con dignidad el pasillo, con una capa de armiño sobre sus hombros, una, corona en la cabeza y un cetro en su mano derecha.

Inclinó la cabeza benignamente hacia los que le rodeaban.

—Buenos días, juez —dijo.

Se dirigió al ujier.

—Frank, échale un ojo a nuestros caballos, ¿quieres?

—¿Caballos? —preguntó el ujier parpadeando.

—Nuestra carroza real está afuera, y los caballos necesitan que se les atienda — explicó Civek andando. No pensarás que un rey pueda ¿verdad?

El ujier salió desconcertado. El juez Helms se quitó los lentes y contempló el espectáculo de Héctor Civek envuelto en armiño.

—¿Qué significa esto, Héctor? —preguntó—. No hablarías en serio sobre aquello de la realeza, ¿verdad? A propósito, me alegro de verte de vuelta.

—Preferiríamos que se nos dirigiera la palabra con el tratamiento correspondiente de Vuestra Majestad, juez. Al menos la primera vez —concedió Civek—. Después puede seguirnos llamando señor.

—¿Seguiros? —preguntó el juez—. ¿Es que está alguien contigo?

—Es el plural mayestático —explicó Civek—. Tendré que ocuparme de que se publique un bando indicando las formas correctas de dirigirse a la Majestad. Quiero decir que tendremos que ocuparnos de eso. Cuesta trabajo acostumbrarse; ¿verdad?

—Muchísimo —admitió el juez—. Pero precisamente ahora, si no le importa. este Tribunal se halla reunido en sesión. Y tiene que juzgar un caso. Supongamos que su Real Persona decide ponerse cómodo y seguiremos las actuaciones, tan pronto como mi subordinado vuelva de atender a las caballerías reales.

El subordinado volvió y cuchicheó algo al oído del juez. Helms miró a Civek y meneó la cabeza.

—Conque seis de ellos, ¿eh? Ya les echaré más tarde una ojeada. Ahora hemos de ocuparnos del asalto al Banco.

Vincent Grande tomó la palabra y Jerry Lynch tomó la palabra y el juez Helms escuchaba y hojeaba códigos y fruncía los labios pensativamente. Joe Negus se limpiaba las uñas. Hank Stacy se las mordía.

Finalmente el juez dijo:

—Me repugna tener que admitirlo, pero estoy de acuerdo con usted, abogado El crimen imputado no está previsto en ninguna ordenanza local, y en ausencia de un representante del Gobierno Federal, siento no poder admitir la acusación.

Joe Negus se puso inmediatamente en pie y comenzó a dirigirse hacia la salida.

—¡Un momento, lacayo!

Era Héctor Civek ejerciendo sus prerrogativas reales.

Negus, a quien probablemente lo habrían llamado en su vida con cualesquiera otros apelativos, se detuvo y miró por encima del hombro.

—¡Aproxímate! —tronó Civek.

—Que se cree usted eso, rey —dijo Negus—. A mí no me detiene nadie.

Pero antes de que llegara a la puerta, algo le detuvo a mitad de

camino. Civek había enfilado en aquel momento su cetro contra Negus. Negus, rígido como una fotografía al magnesio, se derrumbó en el suelo.

—Ahora —dijo Civek, haciéndole una señal al juez Helms para que le dejase libre el estrado dispensaremos un poco de justicia real.

Se sentó, se arregló los pliegues y se empinó la pesada corona.

—Señor abogado Lynch, suponemos que usted representa a los acusados.

—Sí, Majestad —contestó el abogado, un hombre adaptable—. ¿Qué le ha sucedido a Negus, Señor? ¿Está muerto?

—Lo estaría si le hubiésemos dado otra pasada. No, está sólo aletargado. Que sirva de ejemplo para cualquiera que osase incurrir en nuestra cólera regia. Ahora bien, abogado, estamos bastante familiarizados con el caso para dictar un veredicto imparcial. Encontramos a los acusados culpables de asalto a un Banco.

—Pero, Majestad —objetó Lynch—, el asalto a los Bancos no es un crimen que esté previsto en las leyes de Superior. Estimo que no existe tal crimen, desde el momento en que el incidente ocurrió después de que Superior se separase de la Tierra, y por tanto, de las leyes de la misma.

—Existe la Ley del Rey —dijo Civek—. Decretamos que el asalto a los Bancos es un crimen, juntamente con todas las demás ofensas contra el Condado, el Estado y el país que no estén específicamente previstas en los Estatutos de Superior.

—¿Retroactivamente? —preguntó Lynch.

—Ni que decir tiene. Ahora dictaremos sentencia. Primero, restitución del dinero, excepto el diez por ciento, que pasará al Tesoro Real. Segundo, parálisis indefinida para Negus. Le devolveremos el uso de sus brazos y piernas tan sólo durante el tiempo que necesite para trasladarse a su domicilio. Tercero, libertad vigilada para Hank Stacy, amonestándole en el sentido de que debe alejarse de las malas compañías. Se levanta la sesión.

Civek no quiso decir donde le habían entregado la indumentaria ni la carroza de seis caballos ni el cetro paralizador. Se negó a declarar adónde le habían llevado las dos criaturas canguriformes. Permitió que le tocaran el armiño, manteniendo el cetro fuera del alcance de manos curiosas, habló vagamente acerca de que tiempos mejores llegarían para todo el mundo ahora que Superior se había convertido en una monarquía; luego ordenó que le prepararan la carroza.

Por Real Decreto, Hank Stacy, que se había levantado a abrirle la puerta, se convirtió en palafrenero mayor, con la misión de pasar el período de libertad vigilada al servicio del Rey. Fue Stacy quien llevó a Civek a su casa. Nadie pareció acordarse de quiénes llevaban las riendas cuando la carroza hizo su aparición por primera vez.

IX

Ed Clark estaba haciendo la composición para un número extraordinario cuando Don y Alis entraron en el taller.

EL REY SE OCUPA DE NEGOCIOS, decían los titulares.

—No parece ser usted un súbdito muy leal —dijo Don.

—No puedo decir que lo sea —admitió Clark. —Me temo que no seré nombrado Impresor Real.

—¿De qué trata el reportaje? —preguntó Alis. —¿Del espléndido triunfo de la Justicia en la vista de esta mañana?

—No, de eso está enterado ya todo el mundo. Me he adentrado un poco más, me ocupo de lo que sucederá a continuación. Lo mismo que hace The New York Times.

—¿Dónde se ha informado? —preguntó Don.

Clark le hizo un guiño.

—Lo mismo que Scotty Reston, no estoy autorizado para divulgar la fuente de mis conocimientos. Digamos tan sólo que lo sé de buena tinta.

—Bueno —intervino Alis—, ¿qué va a suceder ahora?

—Su Anticonstitucional Majestad, el Rey Héctor I, intentará apuntalar su escuálida monarquía procurándose un embajador de los Estados Unidos, según ha sabido hoy El Centinela. Semejante reconocimiento, si se consiguiera, sería seguido inmediatamente por una demanda de "ayuda extranjera".

"La teoría del auto-proclamado rey, conocido hasta hace veinticuatro horas con el nombre corriente y moliente de Héctor, de que el estado de satélite de Superior, la ciudad viajera, la hace potencialmente un arma de gran efectividad, influirá mucho en la diplomacia de los Estados Unidos. El rey Héctor insinuará al Departamento de Estado los beneficios que se derivarían de reforzar la economía de Superior, especialmente durante su esperado vagabundaje sobre Europa, apuntando también a la desgracia que significaría ser abatida en ruta en los dominios del Soviet.

"El rey no sugerirá con tantas palabras que Superior podría erigirse en una buena plataforma de espionaje, pero la implicación queda abierta. También se implicará que, a menos que llegue de los Estados Unidos ayuda económica, lo que en claro romance significa comida y combustible para impedir que Superior se muera de hambre y de frío. Superior podría elegir el camino de la neutralidad...

"Y eso es todo lo que he logrado saber —concluyó Clark.

—¿Supongo que el "camino de la neutralidad" significa que Superior podría considerar la conveniencia de alquilarse al mejor postor, no es así? —

preguntó Don.

—Eso sería una manera de expresarlo —repuso Clark—. Muy poco diplomática, pero exacta.

—¿Cómo intenta Civek hacer llegar su mensaje?

—Venid conmigo —gritó—. Somos MIPs. (Muy Importantes Personas.) Papá debe de haber prestado juramento de fidelidad.

El comisario de policía estaba sentado detrás de una gran mesa en el amplio vestíbulo principal, pero ahora ostentaba una guerrera militar con un sinnúmero de condecoraciones (incluyendo la medalla de la Buena Conducta, según notó el sargento Cort) y la visera de su gorra estaba sobrecargada de trencillas de oro.

—Bueno, Vince —dijo Bendy—, veo que te has situado bien.

—Excelentísimo General Sir Vincent Grande, Ministro de Defensa —corrigió Grande con una ligera inclinación envarada—. A disposición de ustedes.

—Encantado —respondió Bendy, devolviendo la inclinación—. Dime. Vince, ¿cómo te las arreglas para estar tan serio?

—Paso por alto tus bromas, Bendy, e incluso te concederé un puesto importante. El país está ahora organizado sobre una base firme y estamos dispuestos a mantenerlo en esta tesitura contra viento y marea. Todos los enemigos serán aplastados; el obstruccionismo será raído; imperará la paz.

—¿Conque el país, eh? Bueno, entremos y veamos cómo anda la cosa.

Un estrépito infernal llegaba de la gran sala de la derecha. A Don le parecía aquello el comedor de una universidad. La gente entraba a empellones y se servía de bandejas de lata y fuentes de plata extendidas sobre largas mesas, moviéndose luego lentamente junto a una hilera de grandes orzas de las que hombres y mujeres de blancas pecheras sacaban cucharones de comidas. Al extremo de aquella línea de servidores se erguía Mofletudo McPerson, espléndido en su ropaje de terciopelo rojo. En cada bandejita colocaba una pastilla de chicle.

Al otro extremo de la sala, enfrente de los servidores, el rey Héctor estaba sentado en un trono sencillo, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano, concediendo benévolas inclinaciones a cualquiera que le miraba. A uno y otro lado del rey, sentados en sillas más bajas, estaban los que podrían ser miembros de su Corte. El profesor Osbert Garet era uno de ellos, y Maynard Rubach, presidente del Instituto Cavalier de Ciencias Aplicadas, era otro.

—¡Oh, querido, allí está papá! —dijo Alis turbada—. ¿Qué sombrero tan estrambótico es el que lleva puesto? Le da cierto aire de Merlin.

—Pues Civek no se parece lo más mínimo al rey Arturo —replicó Bendy—. Vayamos a presentarle nuestros respetos. Poneos serios ahora.

—¡Oh, querida! —dijo el rey cuando vio a Alis—. Y también ustedes,

caballeros. Bienvenidos a nuestra Corte. ¿Puedo presentarles a dos de nuestros colaboradores? El barón Osbert Garet, Astronauta Real, y lord Rubach, miembro de Educación.

—¡Papá! —dijo Alis secamente, encarándose con el astronauta Real —. ¿Cómo puedes ser tan idiota?

—Vamos, vamos, pequeña! —intervino el rey con tono de desaprobación—. No debes incurrir en nuestro enojo. Por ahora nuestro Gobierno ha de ser absoluto, hasta que quede afirmada la seguridad.

—Muy bien —dijo Bendy levantándose—. Iré a dar una vueltecita por la cocina para felicitar al jefe. ¿Queréis venir?

—No, gracias. Eso sería indisponerme otra vez con papá.

Ella y Don vieron cómo Doc Bendy se dirigía al trono improvisado y hablaba con Civek.

El rey se echó a reír y se levantó y luego él y Bendy cruzaron la sala. Atravesaron una puertecita detrás de la fila de sirvientes.

Don apartó su plato.

—Lo cierto es que me has quitado el apetito.

—Lo siento —dijo Alis—. Tengo la cabeza de chorlito. Quizás es hereditario. Mira el aspecto que tiene papá con ese sombrero idiota. ¡El barón Osbert! Francamente, Don, si alguna vez volvemos a la Tierra me marcharé de Superior lo antes posible. ¿Qué tal es Washington?

—Aburrida —contestó él—. Húmeda en el verano.. Y cuando has agotado sus monumentos nacionales ya no hay nada que hacer.

—¿Nada? No me digas que no tienes allí una amiguita. No, no me digas nada; no quiero saberlo. ¡Oh, Don! Qué sitio más aburrido debe de resultarte éste.

—¿Aburrido? —exclamó él—. No he tenido una aventura más absurda en toda mi vida. Además —añadió—, no hay nadie en Washington que pueda compararsete.

—Te besaría aquí mismo si no fuera porque ya Doc Bendy viene de regreso Bueno, te besaré de todas maneras; un día es un día.

Le besó.

—¡Ejem! ——carraspeó Bendy—. Tengo una tos terrible. Si tienen un momento libre, habría algo que me gustaría enseñarles.

—Por ahora hemos terminado —dijo Alis—. ¿De qué se trata?

—De uno de nuestros huéspedes. El poder oculto tras el escuálido trono de Héctor I. Pienso que os va a gustar. Tiene una cola espléndida.

—Héctor se ha mostrado muy cooperativo iba explicando Doc Bendy —. Me imagino que ya él se figuraba que no puede mantenerlo secreto por mucho tiempo y que por eso ha decidido hablar con franqueza. Después de

todo, media ciudad vio cómo se lo llevaban.

—¿Quiere usted decir que Civek reconoce que no es más que un figurón? —preguntó Don?

—¡Oh, no es que admita eso! Su explicación es que se trata de un arreglo, de una especie de tratado. El es monarca absoluto en cuanto se refiere a los habitantes humanos, pero los canguros controlan a Superior como tal entidad geográfica.

—Ya sabía yo que papá no podía haberlo hecho —murmuró Alis.

Bajaron por una escalera desde el vestíbulo principal a una sala del sótano. Estaba lujosamente amueblada, como debería estarlo cualquier cuarto de la mansión. Una alfombra de terciopelo corría sobre linóleo embutido, y una espléndida chimenea crepitaba alegremente. Una enorme mesa redonda de caoba estaba en el centro de la habitación.

Héctor Civek estaba sentado en uno de los seis sillones de cuero colocados junto a la mesa. En otro estaba sentado un peludo canguro gris azulado de aspecto jovial.

Sólo que no era realmente un canguro, observó Don. Era más humano que los animales en muchas cosas. Su postura, por ejemplo, tenía dignidad, y sus ojos redondos tenían inteligencia. Una gruesa cola de una longitud aproximada de noventa centímetros salía por la abertura practicada tras el respaldo del sillón de cuero. Como Doc Bendy había dicho, era una cola magnífica.

Civek les recibió con una inclinación de cabeza y sonrió, deseando por lo visto olvidar su choque con Alis.

—Voy a presentaron —dijo—. Quiero decir que vamos a presentaros. Bueno, que se vaya al cuerno el plural mayestático cuando estoy entre amigos. Este es Gizl, y lo que yo trataba de deciros es que no habla inglés. No lo habla en absoluto, según mis noticias. Pero lo entiende todo y sabe leerlo y escribirlo. Por eso todos estos cacharros.

Indicó los cuadraditos de letras y números que había encima de la mesa. Estaban entresacados de varias clases de juegos rompecabezas, anagramas, dados de póquer, fichas de lotería y pastas de sopas.

—Recordará usted que fue mi nieta la que conoció por primera vez a Gizl —dijo Doc Bendy—. A este o a uno parecido. Todavía no sabemos si Gizl es un nombre personal o un nombre genérico.

—Vamos a averiguarlo —propuso Don.

Se sentó a la mesa y empezó a disponer los cuadraditos para hacer una pregunta.

—Espere un minuto —dijo Doc Bendy interrumpiendo la frase de Don—. Los formulismos: primero. Deletree "tanto gusto" o algo parecido. Hay que tener maneras, muchacho.

—Lo siento —dijo Don turbado.

Empezó otra vez. Deletreó "encantados", luego "Alis Garet", luego "Don Cort", y fue apuntando desde los cuadraditos hacia Alis y hacia él mismo.

—Supongo que usted se habrá presentado ya personalmente, ¿no? —le preguntó a Bendy.

Bendy asintió y la criatura canguriforme inclinó su peluda cabeza como signo de reconocimiento a Alis y Don. Luego, muy educado (definitivamente Don le atribuía el género masculino), formó dos palabras con sus dedos ahusados de negras uñas.

—ENCANTADOR —comunicó—. GIZL.

Y se dio un golpecito en el pecho. Don se volvió hacia Bendy.

—¿Puedo preguntarle ahora?

—Con permiso de Su Majestad —dijo Bendy solemnemente.

Héctor asintió. Don dejó intactos los tres nombres, desparramó los demás cuadraditos y después juntó seis de ellos para formar la palabra HOMBRE. Señaló a la palabra y luego sucesivamente a Civek, Bendy, Alis y a sí mismo, excluyendo a la criatura.

—¡Caramba, eso sí que tiene gracia! —exclamó Alis—. ¿Es que yo parezco un hombre?

—Es para simplificar, mujer ——dijo Don.

La criatura hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y señaló de nuevo al término Gizl y luego a sí mismo.

—No entiende —dijo Don.

—Es muy posible que su gente no tenga nombres individuales —apuntó Bendy—. Llamémosle por ahora Gizl y continuemos.

—Muy bien.

Don se quedó pensando un momento y luego formó una pregunta.

—Recurriremos al lenguaje básico —indicó.

P. ¿USTED SER DE LA TIERRA?

R. NO.

Aun a riesgo de fastidiar a los otros, Don repetía en voz alta las preguntas y las respuestas, en beneficio de sus oyentes del Pentágono.

P. ¿USTED SER DEL SISTEMA SOLAR?

R. NO DEL DE USTEDES.

P. ¿CUANDO USTED ALCANZAR LA TIERRA?

R. 1948 DE VUESTRO CALENDARIO.

P. ¿PARA QUE?

R. POR AMISTAD.

P. ¿POR QUE NO SE OS HA VISTO ANTES?

R. POR MIEDO.

P. ¿QUIERES DECIR QUE ASUSTAR A NUESTRA GENTE?

R. YO QUERER DECIR TENER MIEDO DE SU GENTE.

P. ¿POR QUE?

R. GIZL PARECERSE ANIMALES DE LA TIERRA.

P. ¿FUE SUPERIOR EL SITIO DONDE USTEDES DESEMBARCAR PRIMERO?

R. NO.

P. ¿DONDE FUE?

R. AUSTRALIA.

—El hogar de los canguros —comentó Doc Bendy—. No es extraño que lo hayan pasado mal. Me imagino a algún granjero sosteniendo que se trata de una variedad de canguro. Déjeme hablar un poco a mí, Don.

P. ¿CUANTOS SER USTEDES?

R. MUCHOS.

P. CUANTO ES MUCHO?

R. SIN COMENTARIOS

P. ¿USTEDES SER RESPONSABLES DE ELEVAR A SUPERIOR?

R. ENTERAMENTE.

P. ¿COMO?

R. IMPOSIBLE EXPLICAR AHORA.

P. ¿ADONDE IR SUPERIOR?

R. POR AHORA AL ESTE.

P. ¿Y MAS TARDE?

R. SIN COMENTARIOS.

P. TIENEN USTEDES TRES MIL VIDAS EN SUS MANOS.

R. GIZL NO TENER MALAS INTENCIONES.

P. GRACIAS. USTED DECIR TRAERNOS AMISTAD. ¿QUE MAS?

R. COMERCIO. INTERCAMBIO CULTURAL.

P. ¿EN QUE COMERCIAR USTEDES?

R. DISCUTIR ESO MAS TARDE CON AUTORIDAD LEGÍTIMAMENTE CONSTITUIDA.

P. ¿QUIEN, EL REY HECTOR?

R. TERMINAR ENTREVISTA CON BUENOS AUSPICIOS.

—Espere —dijo Alis—. Todavía no he hablado yo con él. —Agrupó

las letras para formar palabras—. No creo que esté siendo muy franco con nosotros, pero hay unas cuantas preguntas que me preocupan.

P. ¿CUANTOS SEXOS TENER GIZL?

R. TRES.

P. MACHO, HEMBRA Y...

R. NEUTRO.

P. ¿HAY BEBES ENTRE USTEDES?

R. LOS BEBES SER NEUTRO Y DESARROLLARSE SEGUN NECESIDADES.

P. CONFIDENCIALMENTE, ¿QUE OPINA USTED DE LA CIENCIA DE NUESTROS PADRES?

R. INABARCABLE POR NUESTROS ESCASOS CONOCIMIENTOS.

P. ADULADOR.

R. TERMINADA ENTREVISTA C O N MAGNÍFICOS DESEOS.

P. MUY PROBABLE.

Gizl se echó atrás en su silla y se puso en pie. El rey Héctor se levantó y se inclinó lo mismo que Gizl, que cortésmente le hacía una reverencia a cada uno y luego se retiró, andando como un hombre, sin brincar, hasta un ángulo de la habitación por donde se hundió desapareciendo.

—Es un tipo estupendo este Gizl —dijo Héctor quitándose la corona y poniéndola encima de la mesa—. Me hace sudar —explicó secándose la frente.

—¿Eres tú la autoridad legítimamente constituida? —le preguntó Bendy.

—¿Quién, si no? Alguien tiene que estar al frente del Gobierno hasta que consigamos que Superior vuelva a la Tierra.

—Desde luego —replicó Bendy—, pero no veo por qué has tenido que vestirte de armiño. También tengo la viva sospecha de que no estás precisamente muy ansioso por conseguir que Superior baje cuanto antes.

—Pasaré por alto esa observación acordándome de los viejos tiempos. Pero he de defender la Realeza. Se hacía preciso un despliegue de fuerza para impedir que el crimen continuara su marea ascendente.

—Es posible —dijo Bendy—. De todos modos aprecio tu franqueza al presentarnos a Gizl y lo que él describe modestamente como conocimientos exiguos. Puesto que has admitido ya que es uno de los que suministran la comida principal, ¿quieres tranquilizar a Alis y asegurarle que lo que estuvo comiendo no era ningún solomillo de Negus?

—¿Solomillo de Negus? —El rey se echó a reír—. ¿Eso era lo que pensabas, Alis?

—No eso realmente —contestó ella—. Pero no podía dejar de preguntarme de dónde procedería de pronto tanta abundancia de comida.

—Venid por aquí.

El rey les condujo al rincón por donde Gizl había desaparecido. El techo del ascensor, al mismo nivel ahora que el suelo, hacía juego exactamente con el embutido de linóleo.

—No sé cómo funciona la cosa, pero Gizl y su gente tienen sus Cuarteles Generales en algún sitio de aquí abajo. Todo lo que hay que hacer es colocar el pedido y en seguida sube la comida o lo que se necesite. ¿Os gustaría hacer una prueba?

—Me encantaría —repuso Bendy—. ¿Qué debo pedir?

—Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Lo que quieras.

—Bueno. —Bendy parecía impresionado—. Esto requiere un momento de meditación. ¿Qué tal resultaría un cigarrillo, no, ya que estoy pidiendo, lo mismo puedo pedir un barril de ron cosecha del 51?

Al poco rato el tonel subía con la espita y la cánula puesta.

—¡Fabuloso! —exclamó Bendy.

Despejó el ascensor y éste volvió a bajar.

—¡Dejadme probar a mí! —pidió Alis—. Si a Doc le han traído un barril, a mí muy bien podían traerme una garrafa de, bueno, digamos de Chanel núm. 5. ¿Resultaría demasiado extravagante?

—Creo que bastaría con una pequeña variación en la fórmula —opinó el rey.

Lo que subió para Alis no tenía el menor parecido con un caro perfume parisiense.

Semejaba más bien una damajuana vulgar con el líquido rezumando por la cubierta de paja. Pero el aroma desmentía las apariencias.

—¡Cielos!—exclamó Alis— ¡Huelan ustedes¡ Quitó el tapón, mojó un dedo y frotó la parte de atrás de las orejas de todos.

—Me parece un poco fuerte —opinó Bendy.

Se había servido una medida de ron y parecía estar en paz con el mundo.

—Si vas a llevarte todo ese perfume, necesitarás que te acompañe una carabina, Alis.

—Admito que no son muy finos que digamos en el Departamento de Empaquetado, pero eso es una pequeñez. ¿Podría pedir... cuántos litros habrá en una arroba... diecisiete botellas talladas y un embudito?

—Eso es lo más sencillo del mundo —aseguró el rey—. ¿Y a usted, Don? ¿Se le ocurre algo? Así podrían ahorrarse un viaje.

—Se me ha ocurrido una idea. Majestad, pero no sé si usted la aprobará. Aunque trabajo en un Banco no he visto nunca un billete de diez mil dólares. ¿Cree usted que podrán mandarme uno?

—Realmente no lo sé —contestó Héctor—. Podría perturbarse la economía si dejamos que el dinero circule así por las buenas. Pero siempre podremos devolverlo. Veamos qué pasa.

El ascensor subió con las botellas, el embudo y un billete amarillo y verde.

Por el anverso se veía que era un billete de diez mil dólares. Pero el retrato era el de Héctor Civek. coronado y cubierto de armiño. Y la leyenda decía así:

El Banco Nacional de Superior pagará a su presentación al portador, la suma de Diez Mil dólares. Este billete es de curso legal para el pago de todas las deudas públicas y privadas y es redimible en moneda efectiva en la Tesorería del Reino de Superior.

(Firmado) Gizl, Secretario del Tesoro.

X

Don no sabía de qué iba a enterarse mientras rondaba por los campos helados del palacio de Héctor a la pálida luz de la luna. Esperaba tener un vislumbre del Gizl-canguro para observar si era tan sinceramente amistoso como se había mostrado durante la entrevista.

Pero sus miradas por las ventanas de los sótanos no le habían revelado nada, y estaba a punto de regresar al Instituto para echarse a dormir cuando alguien le llamó por su nombre.

Era una voz de muchacha, que venía del piso de arriba. Levantó la mirada. La pelirroja Geneva Jervis estaba asomada a una de las ventanas del segundo piso.

—¡Caramba! —dijo él—. ¿Qué está usted haciendo ahí arriba?

—He prestado juramento de fidelidad —dijo ella—. Suba.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Cómo?

Ella desapareció por unos momentos y regresó con algo en las manos.

—Por aquí —indicó tendiendo una escalera de gato.

Don trepó, sintiéndose un poco como Romeo.

—¿Cómo ha conseguido usted esto?

—Las tienen en todas las habitaciones. Para casos de incendio. El viejo McFerson debía de ser por lo visto un hombre precavido.

Dicho lo cual recogió la escala. Jen Jervis estaba alojada en una alcoba espaciosa.

Tenía puesto un salto de cama.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que ha prestado juramento de fidelidad? —preguntó Don—. ¿A Héctor?

—Naturalmente. ¿Qué mejor manera de descubrir sus pretensiones? Además ya estaba harta del dormitorio de Cavalier. No había posibilidad de estar nunca a solas. A cada momento las señoras chismorreando. ¿Quiere una copa?

Don vio que tenía un vaso medio lleno en la mesilla de noche. Junto al vaso estaba una botella de coñac a la que le faltaban unos cuantos dedos.

—¿Por qué no? —admitió—. Bebamos y alegrémonos, porque mañana podemos estar muertos de frío.

—O fusilados por los rojos. —Le escanció un buen trago—. Porque todo termine bien.

El se bebió un sorbo y ella vació la mitad de su vaso.

—No me la imaginaba a usted aficionada a la bebida, Jen.

—Pues imagíneme. Venga, siéntese aquí.

Se recostó en la cama y se apoyó en un codo.

Don se sentó junto a ella, pero sin recostarse.

—Cuénteme qué es eso del juramento de fidelidad. ¿Qué ha tenido que hacer?

—¡Oh!, renunciar a la ciudadanía americana y jurar que protegeré a Superior contra todos los enemigos interiores y exteriores. La fórmula de costumbre.

—¿Le han concedido ya algún título? ¿Es usted ya Dama de Honor?

—Todavía no —sonrió—. Creo que me tienen puesta a prueba. Saben que soy amiga de Bobby y les gustaría tenerlo a su lado para sus propósitos de independencia No están muy convencidos de que Superior pueda subsistir. Están faroleando bastante, me parece.

—Creo que Bobby Thebold no va a mostrarse muy comprensivo. Es de esos hombres que a su manera también exigen fidelidad absoluta, con o sin juramento.

—Que se vaya al cuerno Bobby Thebold —Jen se tomó otro trago—. No está aquí. Ha tenido ya tiempo de sobra para venir y no lo ha hecho. Que se vaya al diablo. Déjame servirte otra copa y suprime de una vez el usted ceremonioso.

—Como quieras, pero no puedo beber más.

Apuró su vaso y, ya vacío, lo depositó en el suelo. Jen se bebió el suyo y lo soltó también.

—Ponte cómodo —le dijo—. No voy a morderte.

Por su parte adoptó una postura lánguida mientras le dirigía una sonrisa seductora.

Don no se dejaba convencer.

Jen se echó a reír.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Te han dado un susto?

Alargó el brazo y cogió la botella.

—¿De verdad que no quieres otra copa?

—¿No crees que ya has bebido bastante?

Ella sacudió violentamente su pelirroja cabeza.

—Cuando hay que beber, hay que beber. Por lo menos así se hace algo. La lata es que nadie hace nada.

—Exactamente. Todo el mundo sigue comportándose como si Superior fuera un balneario de recreo. Civek ha subido al trono y todo está ya arreglado. Incluso tú misma te has unido a la mascarada. ¿Por qué? No me lo explico si no es por algo de espionaje.

Ella estaba examinando en el espejo la raíz de sus cabellos, frunciendo las cejas alarmada.

—Tendré que arreglarme el pelo o de lo contrario dejaré de ser pelirroja. —Admiró su imagen. —No te soy simpática, ¿verdad?

—Nunca he dicho semejante cosa.

—No hace falta que lo digas. Pero no te lo censuro. Ni yo misma me soporto a veces Soy más aburrida que una ostra. Por lo menos lo era. Ahora he decidido cambiar.

—Ya se ve.

—¿Verdad que sí? —Dio media vuelta y se apoyó en el tocador empuñando el vaso—. ¿Cómo me ves ahora?

—Pues como una mujer atractiva que tiene un vaso en la mano. Me pregunto si eres tú la que hablas.

—No me hagas preguntas retóricas a estas horas de la noche, niño. Creo que soy yo la que estoy hablando y no el coñac Cuando llegue el amanecer verás cómo nos entendemos mejor, ¿no te parece?

—Si eso es una invitación —empezó a decir Don—, me temo que...

Le miró furiosa.

—Creo que eres el hombre más grosero que haya conocido en mi vida. Y el más pelmazo.

Apuró de un trago el resto del vaso y luego se echó a llorar.

—Vamos, Jen...

Se dirigió hacia ella y le dio unas palmaditas en el hombro torpemente.

—¡Oh, Don!

Puso su cabeza en el hombro del muchacho y sollozó. El trataba de consolarla.

Cayó entonces en la cuenta de que los ahogados sollozos de Jen estarían resonando en el Pentágono como los mugidos de una vaca. Aquel equipo electrónico le obligaba a extremar las normas de su moralidad.

Apartó de su pecho la barbilla de la joven para ahorrarle martirio al funcionario del Pentágono. Vio que Jen tenía el rostro cubierto de lágrimas y que le miraba con aire enajenado. Resignadamente consintió que ella le imprimiera un beso lacrimoso.

De pronto la joven se apartó asustada.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

Don abrió los ojos y su mirada se dirigió automáticamente hacia la puerta. No le habría sorprendido lo más mínimo ver entrar al rey Héctor ataviado con regia camisa de dormir.

Pero Jen a donde estaba mirando era a la ventana. Don se volvió.

El cielo brillaba como en pleno día en dirección al campo de golf. Don descubrió un puntito de luz más brillante.

—Parece una bengala —dijo él.

Se acercaron a la ventana y se asomaron para mirar más allá del ángulo de la fábrica de chicle.

—¿Para qué será? —preguntó Jen.

Don señaló un punto del terreno.

—Allí. Para eso es.

—¡Un dirigible! —exclamó ella—. ¡Y está aterrizando!

—¿Pertenece a las Fuerzas Aéreas? Desde aquí no puedo descubrir las iniciales.

—Creo que yo puedo —dijo Jen—. Son PP.

—¡Pilotos Particulares! ¡El senador Bobby el Audaz!

Jen Jervis se le colgó del brazo.

—¡S. O. B.! —silbó furiosa.

Don Cort había bajado ya por la escala de gato para caso de incendio y se había alejado de la mansión antes de que ésta se despertara al sentirse invadida. Cuando cruzó la línea férrea le pareció vislumbrar que Jen Jervis izaba la escala y que diversas luces se encendían en otras partes del edificio. Se formó un gran jaleo de toques de silbatos y voces de mando y se oyó un disparo aislado que no parecía estarle dirigido.

Don esperó en el empalme, detrás de un vagón de ganado vacío, para ver cómo reaccionaban los hectorianos contra el desembarco efectuado desde el pequeño dirigible.

Unos cuantos hombres se reunieron en la puerta principal y miraron nerviosamente al cielo y al campo de golf. Se les juntaron otros armados con escopetas, pistolas y algún que otro rifle, pero sin el cetro paralizante de Héctor.

Era evidente que Héctor no tenía la menor intención de presentar batalla. Al parecer sus hombres habían recibido órdenes de defender tan sólo la mansión y la fábrica de chicle burbujeante. Ni siquiera uno se acercó para ver qué querían los del dirigible.

A medida que Don fue aproximándose al campo de golf pudo ir observando que los del dirigible tampoco tenían por lo visto ningún plan de ataque inmediato. Encontró un sendero de arena donde pudo tenderse. Desde allí le era fácil vigilar sin ser visto. La luz de la bengala se había extinguido, pero él podía ver la silueta del dirigible recortada contra el cielo. Hombres con uniforme de campaña estaban montando un cerco en torno al Casino de Golf. Cada uno empuñaba un arma de una u otra clase. Todo estaba muy turbio.

Don se acordó de su aparato.

—Aquí Cort —dijo suavemente—. ¿Me oye usted?

—Afirmativamente —dijo una voz.

Don no la reconoció. Describió el desembarco y preguntó.

—¿Es este un desembarco autorizado o se trata de una iniciativa particular del senador Thebold?

—Negativa —contestó la voz del Pentágono, fastidiosamente ordenancista.

—¿Negativa qué? ¿Quiere usted decir que es Thebold el que corre a cargo de esto?

—Afirmativa —respondió la voz.

—¿Cuáles son sus propósitos? —preguntó Don.

—Negativa —dijo la voz.

Don estalló.

—Si quiere usted decir que no lo sabe, ¿por qué diablos no lo dice como la gente? A propósito, ¿quién está hablando ahí?

—Da la casualidad de que quien está hablando es el comandante Johns, el jefe del Departamento de Censura, sargento, y si sabe usted lo que le conviene...

Don dejó de escuchar porque un hombre con uniforme de campaña, atraído al parecer por su voz, estaba en pie en mitad del césped, apuntando con su carabina al sitio donde Don estaba echado.

—Ahora tengo que colgar, comandante —dijo Don con calma—. Acaba de sucederme algo negativo. Me están cogiendo prisionero.

El individuo de la carabina berreó:

—Bueno, andando y con las manos en la cabeza.

Don hizo como se le ordenaba. Esperaba haberlo hecho lo bastante afirmativamente.

No tenía ningún deseo de ser acribillado a balazos por uno de los hombres del senador, estuviera o no autorizado el desembarco.

El senador Thebold estaba sentado detrás de una mesa en el despacho del gerente del Club de Golf Raleigh. Llevaba una trinchera de cuero y un sombrero de pieles. La insignia de Comandante de Ala resplandecía en sus hombreras y un cinto de cartuchos le rodeaba la cintura. Colgaba de éste una pistolera, pero Thebold tenía el pesado 45 encima de la mesa y bien al alcance de la mano. Intimó a Don para que se sentara. Dos centinelas hacían guardia a la puerta.

—¿Nombre? —disparó Thebold.

Don decidió usar su nombre verdadero, pero fingiendo ser un vecino

de la localidad.

—Donald Cort.

—¿Qué estaba usted haciendo por ahí fuera?

—Vi las luces.

—¿A quién le estaba usted hablando en el montón de arena?

—A nadie. Algunas veces me da por hablar solo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y no le ha sucedido nunca tener que hablar acerca de un individuo llamada Osbert Garet o de otro que se llama Héctor Civek?

Thebold lanzó una mirada al gran mapa de Superior que había sido fijado con chinches en la pared y concedió de esa forma a Don la oportunidad de poder admirar su enérgico perfil.

—Héctor ahora es el rey —dijo Don—. Antes las cosas iban mal, pero ahora tenemos comida suficiente.

—¿De dónde viene la comida?

Don se encogió de hombros, reconociendo tácitamente su ignorancia. Thebold se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—No es usted una fuente de información que digamos. ¿Cómo se gana la vida?

—Trabajaba en la fábrica de chicle, pero me despidieron.

—¿Conoce usted a Geneva Jervis?

—No sé quién es ese señor —dijo Don con toda inocencia.

Thebold se levantó irritadísimo.

—Lleven este hombre a la O. I. —ordenó a uno de los centinelas—. Tenemos que empezar alguna vez. ¿Hay más?

—Cuatro o cinco —dijo el centinela.

—Mandadme aquí al que parezca más inteligente. A éste y a los demás dadles una comida y una conferencia y soltadlos. No parece que Civek vaya a darnos mucho que hacer ahora, y tampoco nosotros podremos hacer nada antes de que amanezca.

El guardia sacó a Don de la habitación y le pinchó un botón en la solapa. El botón decía:

Bobby el Audaz en paz y en guerra.

—¿Qué es eso de la O. I.? —le preguntó Don.

—Orientación e Integración. Nadie va a hacerle daño. Estamos aquí para acabar con la partición, eso es todo.

—¿Acabar con la partición?

—Sí, lo mismo que en Irlanda. Mantener a Superior dentro de los Estados Unidos. Ya le explicarán a usted todo lo necesario en la O. I. Después usted se lo explica a sus amigos. ¿Quiere más botones?

Don fue alimentado, conferenciado y soltado, tal como se le prometió. En las primeras horas de la mañana siguiente, después de tomar una taza de café con Alis Garet en el bar de Cavalier, regresó al campo de golf. Alis, con ganas de hacer novillos, se fue con él.

Lo que Don había podido vislumbrar sobre el plan Thebold durante su estancia en la O. I. estaba siendo llevado a la práctica. Reilly Street, que proporcionaba una línea fronteriza entre el club de golf Raleigh y la finca de la fábrica de chicle, había sido transformada en terreno de nadie.

Las fuerzas de Thebold se habían situado en la parte sur de la calle. Los hombres de Héctor, al parecer muy aliviados al descubrir que la batalla iba a ser más bien sicológica que física, se disponían a preparar por su parte atracciones competidoras. Una multitud en aumento iba apiñándose en el centro de la calle Reilly. Algunos llevaban botones Thebold. Algunos ostentaban otros botones, dos veces mayores, con un retrato sonriente de Héctor I pintado en los mismos. Algunos llevaban botones de ambas clases.

El sol brillaba, pero el aire era de un frío mordiente. Como resultado de eso una de las posiciones más populares estaba en la parte de la calle del bando de Héctor, donde Mofletudo McFerson repartía cantidades al parecer inagotables de calentadores de mano.

Mofletudo instaba a todo el mundo para que recogieran dos, uno para cada bolsillo, y arrojaba puñados de pastillas de chicle.

Dos de los hombres de Héctor trajeron unas escaleras y colgaron una pancarta entre dos balcones. Decía con letras de medio metro: REINO DE SUPERIOR, TIERRA DE LA ABUNDANCIA.

Un grupo de los agitadores de Thebold, que estaban al acecho, se lanzaron al asalto e hicieron su aparición con brochas y latas de pintura. Transformaron un cartel de anuncios en una pancarta en la que se leía, con letras de a metro: SUPERIOR, ESTADOS UNIDOS, PATRIA DE LOS LIBRES.

Propagandistas de los bandos opuestos circulaban por la tierra de nadie repartiendo "perros calientes", café hirviendo, chicharrones, chocolate, barritas de arropía y palomitas de maíz.

—Aquello sí que es bueno —dijo Alis señalando a un poste que se veía en el territorio de Thebold.

La Casa de la Gripe, se leía encima de la puerta de una tienda vacía. Los hombres del senador habían amontonado mesas y sillas sacadas del interior y constituido así líneas sólidas.

Aparentemente se produjo la primera protesta porque un hombre de Thebold se sintió impulsado a la acción. Salió corriendo del almacén y en el espacio de pocos minutos los pintores de brocha gorda entraron nuevamente en faena. Su nuevo estandarte, izado para secarse al sol, proclamaba:

CORREO DEL DIRIGIBLE.

Debajo, en letras más pequeñas, decía: ¿Cuánto tiempo hace que no tiene usted noticias de sus personas queridas de la Tierra? El dirigible Thebold le llevará sus cartas y pequeños paquetes. Enlace directo con el Correo de los Estados Unidos.

—No hay más remedio que admirarles —dijo Alis—. Están realmente bien organizados.

—Tan malos son los unos como los otros. —opinó Don.

Imparcialmente estaba comiéndose una salchicha de Héctor y bebiendo café de Thebold.

—¿Has notado las armas de fuego que están en las ventanas del piso de arriba?

—No. ¿Te refieres al bando del senador? —preguntó Alis.

—A ambos bandos. Mira con disimulo.

—Ahora los veo. ¿Distingues algún bastón Gizl? Aquello que usó Héctor contra Negus.

—No. Nada más que viejos rifles y escopetas convencionales. Esperemos que nadie empiece ninguna tontería.

—Mira —exclamó Alis agarrando a Don por el brazo—. ¿No es aquel Ed Clark, entrando en la Casa de la Gripe?

—Desde luego que sí. Estará reuniendo datos para escribir otro editorial extremista. Por lo menos eso es lo que supongo.

Pero a los diez minutos de la visita de Clark se produjo otro estallido de actividad. Dos de los hombres de Thebold se precipitaron fuera del renovado almacén y se dirigieron hacia el club de golf. Volvieron con el senador en persona, que de esa forma hizo su primera aparición pública.

Thebold caminó hasta el centro de la calzada, llevando su casco ligero de aviador con las gafas puestas en la frente y su bufanda de seda ondeando al viento. Un grupo de chiquillos le seguía imitando su paso confiado y recogiendo de cuando en cuando los botones Thebold que él les iba arrojando. El senador entró en la Casa de la Gripe.

—Parece como si Ed hubiese preparado una entrevista con el gran hombre —dijo Alis.

—¿Le contaste algo a Clark acerca de nuestra charla con el Gizl?

—Sí, se lo he contado —contestó Alis—. ¿He hecho mal?

—Hace media hora te habría dicho que no. Ahora no estoy tan seguro.

Una tribuna de orador fue erigida en el sector de Thebold en la calle Reilly, y en aquellos momentos un altavoz comenzó a exhalar una música atronadora, pero excitante.

El senador salió de la Casa de la Gripe y subió a la plataforma. Una nutrida multitud estaba aguardando para oírle.

Thebold alzó los brazos como si estuviera aquietando un tumulto. La música se extinguió y Thebold empezó a hablar.

—Mis queridos amigos y conciudadanos de América —comenzó el senador.

En aquel momento un altavoz hectoriano empezó a vociferar desde el otro lado de la calle. Se le unió el sonido de un intenso martilleo producido por los trabajadores que montaban una plataforma rival. Luego la música de la parte norte de la calle Reilly se convirtió en una marcha triunfal y Héctor I hizo su entrada.

Thebold seguía hablando tercamente. De vez en cuando Don escuchaba alguna que otra frase en medio del tumulto. "reunión con los Estados Unidos... acabar esta partición literalmente antiamericana..."

Pero mucha gente de la multitud se había vuelto para admirar a Héctor, que estaba impresionante y fastuoso con su ropaje de armiño.

—Súbditos leales de Superior, os exhortamos para que no escuchéis a ese intruso que ha venido a meterse en nuestras cosas —decía Héctor—. ¿Qué puede él ofreceros que no os haya ofrecido vuestro Rey? ¡Tenéis seguridad, surtido inagotable de víveres y, sobre todo, independencia!

Thebold aumentó el volumen de su voz y tronó:

—¡Ah!, ¿pero es que tenéis independencia, amigos míos? Preguntad al pelele que es vuestro rey quien suministra esa comida, y a qué precio. ¿Y qué seguridad podéis tener mientras vais lanzados por la atmósfera como un proyectil sin guía? Estáis ahora sobre el Atlántico. ¿Quién sabe en qué momento podrán aflojarse los mandos y precipitarnos a todos en el agua helada?

Héctor se encasquetó la corona como si se tratase de una visera para contemplar el fútbol.

—¿Quién le ha pedido al senador que venga aquí? Dejadnos recordaros que él ni siquiera representa a nuestro antiguo, y recalco la palabra antiguo, Estado de Ohio. Todos nosotros le conocemos como aventurero político, pero nunca había intentado antes inmiscuirse en los asuntos de otro país.

—Y todos vosotros sabéis lo que está después de la Europa Occidental —rugía por su parte Thebold—. La Europa Oriental y Rusia. La Rusia roja, comunista y atea. ¿Es allí donde queréis descender? Porque allí es adonde os lleva el caudillaje de ese Héctor Civek. Rey Héctor, se denomina a sí mismo. Dejadme recordaros, amigos, que si hay algo que los rusos soviéticos odien más que a una democracia, ¡es una monarquía! No me gustaría pensar la suerte que podéis correr si descendéis en el país del Kremlin. ¡Recordad lo que le! hicieron a los Zares!

Luego el senador Bobby Thebold jugó su baza más alta.

—Pero existe aún una posibilidad peor, mis pobres amigos descarriados. Y es la de que las criaturas que están detrás de Héctor Civek decidan. en el momento menos pensado volverse a casa y llevaros por el espacio interestelar. ¿Es que os ha hablado Héctor de esas criaturas? No lo ha hecho. ¿Os ha dicho que son seres extraños de otro planeta? No os lo ha dicho. Algunos de vosotros las habéis visto: esas criaturas canguriformes que, con nefastos propósitos, han hecho de Héctor lo que es hoy día.

"Pero estos, amigos míos, estos no son los ingeniosos e inofensivos canguros que abundan en las tierras de nuestra amistosa aliada, Australia. No. Estos son seres inteligentes y extraños que no nos sirven para nada, y que descaradamente han robado un trozo del territorio americano y se disponen ahora a acabar con él.

Un murmullo salió de la multitud y todo el mundo miró por encima de sus hombros a Héctor, cuya oratoria había sufrido un rudo quebranto y que al parecer no sabía cómo contestar.

—Sí, amigos míos —proseguía Thebold—, bien podéis preguntaros cuál va a ser vuestra suerte en manos de ese loco furioso que es vuestro exalcalde. Unos cuantos miles de metros más de altura y Superior saldrá de la atmósfera. Entonces sí que estaréis realmente libres de los buenos, viejos, Estados Unidos, porque entonces habréis muerto asfixiados. Esa es, amigos míos...

En aquel momento alguien disparó contra el senador Bobby Thebold. El disparo falló, rompiendo una ventana de un segundo piso.

Inmediatamente un hombre de Thebold que estaba detrás de aquella ventana, rompió el resto del cristal y devolvió el disparo contra la otra parte de la calle Reilly, sobre las cabezas de la multitud.

La gente gritó y se echó a correr. Don agarró a Alis y la empujó fuera de la inmediata zona de fuego. Se refugiaron detrás de un camión que hasta aquel momento había estado repartiendo patatas fritas.

—Las hostilidades parecen haber comenzad —dijo Alis.

Soltó una risita nerviosa.

—Me temo que ha sido culpa mía por habérselo contado todo a Ed Clark.

—Tenía que suceder tarde o temprano —la consoló Don—. Espero que nadie habrá resultado herido.

Evidentemente ni Thebold ni Héctor tenían por su parte intenciones belicosas Los dos habían descendido de sus plataformas y desaparecido. La mayor parte de la gente había huido también, dirigiéndose, con rumbo este, hacia el centro de la ciudad, pero unos cuantos, como Alis y Don, se habían limitado a ponerse a cubierto y esperaban ver qué sucedería ahora.

Continuaban los disparos esporádicos. Luego hubo una concentración

de fuego por el bando del senador, y una docena o más de hombres de Thebold hicieron una irrupción rápida al otro lado de la calle y entraron en los almacenes y edificios de la parte norte.

Volvieron a los pocos minutos, bajo otra cortina protectora, trayendo unos cuantos prisioneros.

—Malo —dijo Don—. Héctor está siendo desbordado.

—¿Me pregunto por qué no le estarán ayudando los Gizls?

El altavoz de Thebold recobró la vida.

—¡Atención! —tronó con voz del senador—. A todo el que deponga las armas se le dará salvoconducto hasta la parte libre de la calle Reilly. No arriesguéis la vida por un dictador. Pasaos al bando del americanismo y del sentido común. —Hubo una pausa, y la voz añadió—: No habrá represalias.

Cesaron los disparos.

El altavoz de Thebold empezó a tocar Al lado de la calle donde da el sol.

Pero nadie cruzó la línea. Ni hubo más disparos desde el bando de Héctor.

El altavoz interpretó Deponed las armas con acompañamiento de platillos.

Cuando se hizo evidente que las fuerzas de Héctor se habían retirado por completo del saliente de la calle Reilly, los hombres de Thebold la cruzaron con bravura.

Se fueron abriendo camino manzana a manzana hasta llegar a los campos de la fábrica de chicle burbujeante a la que pusieron asedio.

Con Héctor Civek inmovilizado, el senador Bobby Thebold siguió buscando a Geneva Jervis, acompañado por dos guardias armados.

Iba seguido por la cola usual de muchachillos, vestidos algunos de ellos, imitando a su héroe, con cascos, bufandas de seda y pistolera de juguete al cinto.

Alis, al no poder llegar al Palacio sitiado para ver si su padre estaba sano y salvo, le pidió a Don que volviese con ella a Cavalier después de la batalla de Reilly Street. Su madre le dijo a Alis que el profesor no sólo había regresado indemne al Instituto, sino que además había dimitido de su puesto de Astronauta Real en la Corte de Héctor.

—¿Que papá ha roto con Héctor? —preguntó Alis—. ¡Bendita sea su alma! Pero, ¿por qué?

—El y el doctor Rubach acaban de llegar y se han ido en seguida —explicó la señora Garet—. Eso es todo lo que sé. Tu padre nunca me habla de sus cosas. Pero si es verdad lo que sospecho, el profesor tiene preparado uno de sus trucos. Se ha llevado encerrado en el laboratorio todo el día.

El Instituto parecía estar lleno de expectación. Estudiantes y profesores iban de edificio en edificio cambiando miradas significativas o sosteniendo conversaciones en susurros.

Estaba celebrándose una reunión informal delante del edificio de la Administración cuando llegó el senador Thebold. Don y Alis se juntaron al grupo de oyentes para disimularse entre ellos, fingiendo prestar atención a lo que el orador, un joven apasionado subido en la baca de un camión, estaba diciendo.

—Ha llegado la hora —proclamaba— de que los hombres y las mujeres perspicaces se alejen de los extremos y empiecen a andar por el camino medio. Para evitar así los excesos representados de una parte por el régimen de dictadura paternal de los hectorianos, y de la otra por la seudodemocracia del senador Thebold que recurre a la fuerza siempre que le conviene. Proclamo por tanto el camino de la razón, la ruta de la ciencia y de la verdad de la que nos dan ejemplo Garet y Rubach al...

El senador Thebold había estado escuchando al borde del pequeño grupo. Levantó la voz:

—¿El eje Garet-Rubach quizá? —sugirió.

El orador le concedió una fría mirada.

—¿Y quién es usted?

—El senador Robert Thebold, el que representa a la seudodemocracia, como usted dice. Siga hablando, amiguito. Como Voltaire, me defenderé hasta la muerte; pero ya sabe usted lo que dijo Voltaire.

—Sí, señor —contestó el orador humillado—. No pretendía ofenderle, senador.

—Sí que lo pretendía —respondió Thebold—. Pero tenga redaños, joven. La libre discusión académica no debe tener nunca las alas cortadas. Pero de momento estoy más interesado por ver a vuestro profesor Garet. ¿Dónde está?

—En el campanario, señor. Todo derecho —explicó señalando—. Pero no puede usted entrar. Nadie puede.

Miró a Alis como buscando confirmación. Ella sacudió la cabeza.

—Ya lo veremos —dijo el senador—. Siga usted su discusión abierta y democrática. Y recuerde que debe tener redaños. Siento no poder quedarme.

Se encaminó hacia el campanario, seguido por sus guardaespaldas.

Alis esperó hasta que se hubo ido, luego le tiró a Don de la manga.

—Anda. Vamos a ver el jaleo.

—Alis —le preguntó el orador—. ¿Era ese realmente el senador Thebold?

—Claro que lo era. Pero ¿qué es eso del eje Garet-Rubach? ¿Os

habéis vuelto locos todos?

—Nada de eje. Eso ha sido un invento propagandístico de Thebold. Se trata nada más que de un movimiento de... bueno, no importa. La verdad es que tú no estimas a tu padre lo que se merece.

—Puedes decirlo una vez más. Vámonos, Don.

Cuando Alis cerraba la puerta del campanario después de haber entrado allí con Don, oyeron la voz del profesor Garet desde lo alto.

—¡Atención, intrusos! —decía aquella voz—. Habéis venido sin que nadie os llame y ahora os encontráis paralizados, sin poder mover un músculo, excepto para respirar.

—Estate aquí —susurró Alis—. Hay una especie de vestíbulo un tramo más arriba. Allí es adonde debe de haber llegado Thebold. Papá se pasa todo el tiempo libre guardando su sancta sanctorum. Nadie consigue ir más allá del vestíbulo. —Frunció el ceño— Pero no sabía que también él tuviese uno de esos chismes paralizantes.

—Probablemente se lo habrá escamoteado a Héctor antes de romper con él —dijo Don.

Se oyó de nuevo la voz del profesor.

—Pasaré ahora entre vosotros y os quitaré vuestras armas. ¡Cómo, si es el senador Thebold y su guardia personal! Me siento muy honrado, senador. He aquí que disponemos de tres arcaicos revólveres del 45. Muy pronto tendrán ustedes la satisfacción de poder ver un arma científica operando en forma impecable.

Don, que estaba con Alis en el pórtico del edificio de la Administración, no sabía si sentirse impresionado o divertido por la máquina gigantesca preparada por el profesor Garet. Estaba montada en la plataforma de un viejo camión Reo, y varias partes de la misma apuntaban al cielo en una docena de direcciones. Garet la había sacado al campo del Instituto desde un gran cobertizo que estaba detrás del campanario.

La culminación espectacular de la máquina era una cosa en forma de cimborrio y que no llegaba a parecer del todo una antena de radar. Estaba situada al extremo de una articulación de bola que le permitía apuntar en cualquier dirección.

—¿Qué se supone que sea eso? —preguntó Don, intrigado.

—Por lo que colijo —contestó Alis—, se trata del chisme paralizante de Héctor, adaptado para funcionar a distancia. Desde luego nadie reconoce que papá lo haya robado. Se supone que es un chisme dotado de facultades antigravitatorias, parecidas a las que intervinieron para sacar a Superior de donde estaba. Naturalmente no me creo una palabra de todo eso.

—Pero, ¿adónde quiere ir con eso?

—Está dispuesto a ir a todas partes. No trates de ver en esto nada de

lógica. Así son todas las cosas de papá.

El joven que había estado hablando a la reunión estudiantil ocupó el asiento del chofer y el profesor Garet trepó a un sillín colocado en la parte trasera del camión y cerca de un cuadro de mandos que, al parecer, servía para gobernar la máquina. Maynard Rubach tomó asiento al lado del chofer. El pequeño ejército de estudiantes fieles, los mismos que habían formado parte de la reunión, subieron a la parte de atrás del vehículo. No llevaban más armas que su fe.

El senador Thebold y sus dos guardias, convenientemente paralizados, iban remolcados en un carrito a la zaga del camión, y parecían hallarse muy fastidiados.

—¿Estamos listos? —gritó el profesor Garet.

Se alzó un clamoreo.

—¡Entonces, contra el enemigo, en nombre de la Ciencia!

Don sacudió la cabeza.

—Pero, incluso si esa máquina absurda pudiera derribar a los hombres de Thebold y de Héctor y prevalecer así el eje Garet-Rubach ¿qué se iba a conseguir con eso? ¿Pretende quizá que él puede conseguir que Superior vuelva a la Tierra?

Alis se limitó a decir:

—Por favor, Don...

Las fuerzas de la Ciencia estaban listas para el avance. Hubo un momento embarazoso cuando el motor del viejo Reo se caló, pero un estudiante manejó con fervor la manivela y el motor volvió a zumbar ruidosamente.

La máquina Garet, el remolque y los soldados de infantería atravesaron el campo del Instituto y, por la carretera Shaws, se encaminaron hacia Broadway ya cerca del recodo del Club de Golf.

Tropezaron con una avanzadilla de las fuerzas de Thebold justamente al norte de la calle de McEntee. Eran unos treinta hombres armados con carabinas y fusiles ametralladores. Tan pronto como divisaron al extraño ejército de Cavalier se echaron cuerpo a tierra y apuntaron sus armas.

El senador Thebold, a quien se le había devuelto la movilidad antes de iniciarse el avance, se irguió en su asiento.

—¡No disparen! —gritó a sus hombres—. Nosotros no disparamos contra mujeres, niños o locos. —Le dijo al profesor Garet—: Está bien, mente maestra, desáteme.

XI

Un submarino iba por la superficie del Atlántico, muy por debajo de Superior.

Para el comandante del submarino, que llevaba los distintivos de la Unión Soviética, era evidente que la vagabunda ciudad de Superior, al estar poblada en su totalidad por capitalistas delirantes, constituía una amenaza para la Humanidad. El comandante del submarino tuvo un último minuto de cambio de impresiones en la sala de radio y luego dio la orden de lanzar los proyectiles teledirigidos que librarían al mundo de aquella amenaza.

El primer proyectil subió a toda prisa.

Inmediatamente Superior comenzó su acción evasiva.

Al principio, debido al terrible estallido de aceleración, todo el mundo se cayó al suelo.

A continuación Superior siguió subiendo unos cientos de metros y toda la gente quedó aplastada contra el suelo.

Al mismo tiempo el primer proyectil, que estaba ahora donde Superior podría haber estado si hubiese mantenido su rumbo primitivo, estalló. Se formó una diminuta nube fungiforme.

El submarino disparó de nuevo, y un segundo proyectil alzó el vuelo.

Superior volvió a esquivar. Pero esta vez la dirección que tomó fue hacia abajo. Todo el que estaba al aire libre. y unos cuantos que se hallaban bajo techos frágiles, se vieron de momento suspendidos en el espacio.

Don y Alis, entre los centenares que se sentían despegados del suelo, se abrazaron y empezaron a descender. A su alrededor se hallaban los diversos adversarios que habían estado a punto de llegar a las manos. El profesor Garet había quedado separado de su máquina y ella y él seguían distintas órbitas de caída. Muchos de los hombres de Thebold habían soltado sus escopetas, pero otros se aferraban a ellas como si fuera mejor ir agarrado a algo que caer sencillamente.

El brinco hacia abajo de Superior había conseguido apartarla del segundo proyectil, pero quienquiera que fuese el que hubiera desviado la ruta de la ciudad viajera había pasado por alto, al parecer, el detalle de la inercia de sus habitantes. El proyectil amenazaba hacer explosión en medio de los hombres precipitados hacia abajo.

Entonces sucedieron dos cosas. El proyectil estalló bastante lejos de la gente que caía.

Y docenas de Gizls canguriformes aparecieron por todas partes y empezaron a rescatar a la gente, depositándolas en tierra sanas y salvas.

Los Gizls subían en el aire con grandes saltos y recogían a dos o tres

seres humanos cada vez. Aquellos saltos parecían desafiar la gravedad, elevando a las criaturas a centenares de metros. También los Gizls parecían tener la facultad de cambiar de curso mientras iban por el aire, salvando a sus transportados del coscorrón con otros objetos descendentes, pero aquello podría ser una ilusión óptica simplemente.

Como quiera que fuese, Geneva Jervis, que había sido arrancada del tejado del Palacio de Héctor, adonde había trepado con la esperanza de poder echar. un vistazo a Bobby Thebold, quedó reunida con el senador al ser rescatados ambos por un mismo Gizl cuyo salto le había llevado en un gran arco virtualmente desde uno a otro extremo de Superior con una soltura admirable.

Don Cort, apretado muy junto con Alis y agarrado con firmeza contra el velludo pecho del salvador particular de ambos, experimentaba una mezcla de sensaciones. Una de ellas era, naturalmente, la de alivio al verse liberado de una muerte segura.

Otra, la deliciosa cercanía de Alis a la que se dio cuenta de no haber prestado toda la atención que merecía desde un punto de vista personal.

Otra sensación era la de sorpresa, al ver el gran número de Gizls que habían aparecido en el momento crítico.

Finalmente vio que no cabía duda alguna de que eran los Gizls quienes estaban manejando todo el cotarro: que tanto Héctor I, como Bobby el Audaz, y el eje seudocientífico Garet-Rubach no eran más que marionetas en el escenario.

Eran los Gizls quienes estaban gobernando Superior como si de un vehículo gigantesco se tratase. Eran los Gizls quienes estaban haciendo estallar los proyectiles en puntos donde no pudieran causar daños. Y eran también los extraños Gizls quienes, al revés que los beligerantes de la Tierra, estaban salvando escrupulosamente vidas humanas sin discriminación alguna.

—Gracias —le dijo Don a su Gizl salvador cuando éste les depositó suavemente a él y a Alis en el terreno sólido del campo de golf.

—No hay de qué —repuso el Gizl, dando luego un gran salto para salvar a otras personas.

—¡Ha hablado! —exclamó Alis.

Don vio como el Gizl describía una graciosa curva y agarraba a un hombre que, a no ser por eso, habría caído fuera del filo.

—Pues es verdad.

—Entonces todo lo del otro día no fue más que una mascarada—, aquel jaleo con los anagramas y los rompecabezas.

—Seguramente, a menos que hayan aprendido a hablar con una rapidez asombrosa.

El y Alis se agarraron cuando Superior se puso otra vez a temblar.

Pero en seguida se quedó firme, y pudieron ver el Océano cuya superficie se cubría de salpicones a medida que una lluvia de objetos heterogéneos iba cayendo en el agua. Don vislumbró cómo la máquina de Garet descendía también en medio de la mayor parte de los medios de transporte de Superior.

—¡Allí va un avión —gritó Alis—. ¡Va detrás de algo que se ve en la superficie!

—Es el Hustler —dijo Don—. Va detrás del submarino.

La larga proa del B-58 se separó, se convirtió en un proyectil dirigido y le dio al submarino en la misma torreta. Hubo una explosión atronadora, el B—58 planeó y desapareció del campo visual, debajo de Superior, y el submarino se hundió.

—Sargento Cort —dijo una voz, y como Alis estaba tendida con la cabeza sobre el pecho de Don, fue ella la que oyó primero.

—Está hablando alguien, Don. ¿Eres sargento?

—Me temo que sí —respondió él—. Te lo explicaré más tarde. El sargento Cort al habla —contestó al Pentágono.

—Las cosas se están saliendo de madre., sargento —dijo la voz del capitán Simmons.

—Capitán, eso parece ser una manera muy suave de decir lo que ha ocurrido durante la semana.

—Como quiera que sea, no podemos permitir que la gente de Superior siga corriendo más peligros.

—Sí, señor. ¿Hay más submarinos?

—No, que yo sepa. A lo que me refiero es al estado de anarquía que reina en el mismo Superior, con tres facciones luchando por el poder. Cuatro, contando a los canguros.

—No son canguros, señor. Son Gizls.

—Lo que quiera que sean. Usted y yo sabemos que son criaturas de otro mundo. y he conseguido persuadir al Jefe del Estado Mayor de que esa es la verdad. Ahora está hablando con el Secretario de la Guerra. Pero el Departamento de Estado no camela.

—¿Quiere usted decir que no cree en los Gizls?

—No creen que sean interplanetarios. En el Ministerio no ven más que la cuestión del conflicto internacional. Todo lo que sea interplanetario les tiene sin cuidado. Ni siquiera se puede hablar de la exploración de la Luna, y eso que está como quien dice a la vuelta de la esquina.

—¿Qué debemos hacer, señor?

—Aquí, entre nosotros, sargento... —la voz del capitán Simmons se interrumpió—. Dejemos esto ahora. Aquí llega el Secretario de la Guerra.

—¿Sireno Frank? —preguntó Don.

—¡Chist!

Frank Fogarty conquistó su apodo en los años de juventud cuando mandaba un remolcador en el puerto de Nueva York. Aquello fue antes de su rápido ascenso en la industria de construcciones navales, donde logró la reputación de hombre expedito en caso de guerra, que había de valerle más tarde su entrada en el Gabinete.

—¿Es éste el cacharro? —oyó Don que preguntaba Fogarty.

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Sargento Cort? —bramó Fogarty—. ¿Puede usted oírme?

No tenía nada de raro que le llamaran Sireno.

—Sí, señor —dijo Don sobresaltado.

—Magnífico. Está usted haciendo un trabajo de primera. No crea que yo no sé lo que se trae entre manos. Estoy enterado de todo. Bueno, hijo, ¿está usted preparado para un poquito de jaleo?

Vamos a tenérnoslas tiesa con los del Departamento del Estado.

—Sí, señor —dijo Don una vez más.

—Bueno. Entonces, en marcha. No, mejor es que se quede quieto si Superior está todavía dando vueltas. Levante la mano y lo ascenderé a Comandante en Campaña. Provisionalmente, claro está. Puedo hacer eso, ¿no es así, general?

Al parecer estaba presente el Jefe de Estado Mayor, y dio su aprobación.

—Está bien —dijo Fogarty—. Bueno, sargento, repita lo que yo diga.

Don, demasiado abrumado para decir nada más, repitió lo que le dijeron.

—Bueno, pues ahora, comandante Cort, vamos a presentarle al Departamento de Estado lo que ellos llaman un fait accompli. Usted es ahora el Gobernador Militar de Superior, hijo mío, con. toda la fuerza del Departamento de la Guerra de los Estados Unidos a sus espaldas. Se está cargando un avión transporte de tropas, un C—97. Le diré la hora de partida en cuanto que la sepa. Cien paracaidistas. Arrégleselas para reunirse con ellos en el Campo de Golf, cerca del dirigible. Y si el senador Thebold trata de interferir, bueno, usted lo maneja con tacto. Pero creo que no le dará mucho que hacer. Por ahora ya ha conseguido sus titulares en los periódicos y supongo que habrá encontrado a su amiguita. Ayúdele en ese asunto personal, si es que usted puede hacer algo En cuanto a Héctor Civek y Osbert Garet, actúe con firmeza, no creo que vayan a molestarle mucho.

—Pero, señor —objetó Don—, ¿no estará usted subestimando a los Gizls? Si ven tropas paracaidistas desembarcando en Superior, pueden mostrarse poco amistosos. ¿Me permite hacer una sugerencia?

—Venga, hijito.

—Pues mire, señor, yo creo que lo mejor sería tratar de conseguir una charla con ellos y ver si se puede llegar a un arreglo sin necesidad de hacer un despliegue de fuerzas. Si pudiera usted retener las tropas hasta que yo me ocupe de eso...

Sireno Frank, dijo:

—¿Conque quiere usted llegar a un acuerdo, eh? Si lo consigue, estupendo; pero como al Departamento de Estado no le da la gana de admitir que existan cosas que sean canguros inteligentes, de otro planeta o de donde sea. todos los tratos que usted haga con ellos tendrán que ser extraoficiales. Por lo menos por ahora. Está bien, daré contraorden a los paracaidistas. Lo importante es defender a la población civil y mantener la integridad de los Estados Unidos. Prácticamente, tiene usted autoridad ilimitada.

—Gracias, señor secretario. Haré todo lo que pueda.

—Buena suerte Estaré escuchando.

—Por lo que veo —dijo Alis, después que Don le hubo explicado sus relaciones con el Pentágono— el senador Thebold le dio una buena zurra a Héctor Civek. Papá, que desertó de Héctor, cogió prisionero al senador y viceversa. Pero ahora los Gizls se han hecho cargo de todo y tienes que luchar contra ellos tú solito.

—Luchar contra ellos no —corrigió Don—. Negociar con ellos simplemente.

—Pero los Gizls están de parte de Héctor. Esto parece un círculo vicioso. ¿Por dónde vas a empezar?

Superior había recobrado su estabilidad y su nivel normal y Don ayudó a la muchacha a ponerse en pie.

—Por lo pronto demos un paseo hasta la fábrica de chicle. Trataremos de ver al Gizl en jefe.

Al parecer no había nadie en los terrenos de los McFersons. El camión que había estado junto a la fábrica no se veía por ninguna parte. Probablemente se hallaba en el fondo del Atlántico junto con todo lo demás que no hubiese estado bien afianzado. Don se preguntó si los giros de Superior habrían sido lo bastante fuertes para desempotrar el tren que le había traído a esta ciudad. La Compañía de Ferrocarriles de Pensilvania no se iba a mostrar muy satisfecha con la faenita.

No vieron a nadie en la mansión, y se dirigieron a la habitación de los sótanos donde habían tenido la charla con el Gizl. Para eso hubieron de atravesar salas en las que los muebles aparecían machucados como si un gigante furioso hubiera estado aporreándolos. Fueron detenidos en su camino por Vincent Grande, excomisario de Policía y ahora ministro de Defensa.

—Perfectamente, jovencitos —dijo—. Manos arriba. Majestad —

llamó—, mire usted lo que he cogido.

Héctor Civek, sin corona, pero todavía con el armiño puesto, subió las escaleras.

—Aparta la pistola, Vincent. ¡Hola, Alis! ¡Hola, Don! Me alegra ver que habéis sobrevivido al terremoto. Creí que todos nosotros íbamos de cabeza para el reino que no es de este mundo.

Vincent protestó.

—Esta es la hija del traidor de Garet. Podríamos tenerla en rehenes para obligarla a su padre a que se portara decentemente.

—¡Pamplinas! —dijo el rey—. Me estoy cansando de tantas tonterías. Estoy seguro de que Osbert Garet está tan fastidiado como yo. Y el loco del senador ese lo mismo. Todo lo que quiero es que Superior vuelva adonde estaba lo antes posible.. Pero me temo que eso es ya cosa de Gizl.

—¿No le ha visto usted desde el jaleo? —preguntó Don.

—No. Bajó por ese ascensor suyo cuando el submarino salió a la superficie. Calculo que tiene allí abajo su sala de mando o lo que quiera que sea que hace andar a Superior. Vamos a echar un vistazo. Vincent, ¿quieres apartar esa escopeta? Ve a ayudarles a quitar tiestos a los de la cocina.

Vincent Grande se alejó gruñendo.

En la sala del sótano, Héctor se dirigió hacia la esquina y gritó:

—¡Hola! ¿No hay nadie ahí abajo?

Una voz profunda respondió:

—Ahora subo.

Apareció la criatura canguriforme de un gris azulado. Salió de la jaula del ascensor.

—Les saludo, amigos.

—¡Caramba! —exclamó Héctor—, no sabía que supiera usted hablar.

—Perdonen mi falta de franqueza —dijo Gizl—. ¿Alis? —saludó con una inclinación de cabeza—, ¿Majestad?

—Francamente —dijo Héctor—, estoy pensando en abdicar. No me gusta esto de ser un figurón. Sobre todo ahora que todo el mundo lo sabe.

—Comandante Cort —siguió saludando Gizl.

Don le miró sorprendido.

—¡Oiga! ¿Cómo sabe usted...?

—Tenemos excelentes comunicaciones. Les damos las gracias a sus fuerzas militares por la ayuda prestada contra el submarino.

—Ha sido un placer. También nosotros les damos las gracias a usted y a su pueblo por habernos salvado cuando íbamos por los aires.

—Ha sido una reciprocidad de esfuerzos —dijo Gizl—. Tengo que

admitir que nos vimos ante un dilema cuando el submarino atacó. Pero nuestra obligación de salvaguardar las vidas humanas superó la otra alternativa: la de escapar a la seguridad del espacio. Pues bien, ¿y si celebráramos ahora nuestra conferencia? Usted, comandante, representa a la Tierra. Yo, Rezar, represento a los supervivientes de Gorelzed. ¿De acuerdo?

—¿Rezar? —preguntó Don—. Creía que se llamaba usted Gizl. ¿Y qué es eso de Goreld-zed?

—La pequeña Marie Bendy me llamó Gizl —explicó Rezar—. Ella no sabía pronunciar Goreldzed. Me temo que no he jugado muy limpio con ustedes en un montón de cosas.

Pero creo que ahora les conozco mejor. Oí su conversación con Sireno Frank.

Don sonrió.

—¿Quiere usted decir que ha estado escuchando desde que me eché al cuello el transceptor?

—Desde luego —contestó Rezar—. Por tanto la recapitulación es innecesaria. Pero nosotros, los así llamados Gizls, seguimos constituyendo naturalmente un misterio para ustedes. Supongo que les gustará tener algunos antecedentes. De dónde, a dónde, cuándo, y todo lo demás.

—Ciertamente me gustaría —dijo Don—. Y también les gustaría a los demás, supongo, especialmente aquí al rey Héctor, y al señor Fogarty.

—Ascendamos por tanto al nivel más alto —dijo Rezar—. Primero de dónde, ¿no es así?

—Estupendamente. ¿Está usted escuchando, señor secretario?

—Claro que lo estoy —contestó Fogarty—. Y lo que es más, hijo mío, está usted conectado directamente con la Casa Blanca y otros cuantos sitios más.

—Bueno —aprobó Rezar—. Maravíllense ahora de nuestra saga.

XII

El final de una civilización es una cosa trágica. En el planeta desértico de Gorel-zed, el último en sobrevivir a la explosión lenta de su gran Sol, los Gizls, en tiempo la plaga de su mundo, pero ahora, mediante la cirugía cerebral, los poseedores, en sus cuerpos robustos. del conocimiento acumulado de frágiles seres humanos, se disponían a emigrar.

Sus naves interestelares estaban listas, capaces de cruzar el espacio hasta los límites mismos del Universo.

Pero su Universo estaba yermo. Ningún planeta podía recibirlos. Todos estaban condenados como el suyo mismo, Gorel-zed. Pusieron rumbo a una nueva galaxia, sabiendo que ellos no la alcanzarían, pero sus descendientes sí. Se convirtieron en los nómadas del espacio. bastándose a sí mismos en el interior de sus naves.

Durante generaciones caminaron, con la población disminuyendo paulatinamente. Sus científicos-filósofos desarrollaron la teoría que relacionaba el fastidio espacial con la vida, con la aceptación de su hado, con su aniquilación final. No tenían raíces, ninguna plaza que fuera de ellos propia. Tenían sólo el mundo mecanístico de sus barcos, que eran vehículos, pero no una tierra. Debían encontrar un hogar propio, o morir.

Durante su odisea varias veces habían llegado a un planeta que habría podido albergarles. Pero cada una de las veces el mandato que les había sido infundido en el cerebro en los tiempos de la operación quirúrgica primitiva les impedía permanecer en él.

Los seres humanos de Gorel-zed condenados a muerte habían injertado en las fibras mismas de los Gizls —que, después de todo, sólo eran animales— el mandato de que ningún ser humano podía recibir el menor daño para beneficiarles a ellos.

Aquello significó el no poder conquistar el mundo de Ladnora, cuyos lindos habitantes azafranados eran incapaces de ofrecer resistencia. Los ladnoranos, impulsados por su generosidad, habían brindado a los refugiados de Gorel-zed un hemisferio de su mundo.

Pero los Gizls necesitaban un mundo suyo, no un medio mundo. Aceptaron tan sólo un pequeño continente, lo hicieron aéreo y se lo llevaron. La próxima visita se la hicieron a los crevisianos. Gobernaban una faja de tierra fértil en torno al ecuador de su mundo; el resto era un desierto helado. Los Gizls tomaron una tajada de cada región polar, las juntaron y las hicieron aéreas.

A su debido tiempo llegaron al sistema del Sol.

Marte fue el que les atrajo primero a causa de sus arenas. Marte se parecía a Gorelzed en muchos aspectos. Pero aquel mismo parecido daba a

entender que no era apropiado para ellos. Marte era un mundo muerto, lo mismo que lo había sido Gorel-zed.

Pero el planeta siguiente a que llegaron resultó ser un planeta verde. Los Gizls anclaron en el cinturón de asteroides e hicieron una visita a la Tierra.

En su descenso, que se realizó en Australia, aquella les pareció la tierra perfecta.

Incluso sus habitantes, los grandes canguros y los pequeños malabis, les recordaban la patria perdida. Pero estaban también los seres humanos que se habían apoderado de aquellos territorios. Y aunque en los Gizls se había debilitado el recuerdo de su propio origen, el mandato seguía rigiendo con la fuerza de siempre.

Durante algún tiempo establecieron una especie de camping en el Gran Desierto Central y con delicia recobraron el uso de sus piernas. Salieron fuera de las abarrotadas naves a dar brincos consoladores y a respirar el aire fresco en la zona desértica. Pero ásperos seres humanos desnudos y negros vivían en el desierto y atacaron a los Gizls con sus armas primitivas. Y cuando los Girlzs huyeron, no deseando hacerles daño, toparon con hombres blancos, que les atacaron con armas de fuego de todos los calibres.

Y de esa forma volvieron a sus naves y otra vez se hicieron aéreos. Pero la atracción de la Tierra seguía siendo muy fuerte y se pusieron a buscar en otro continente llamado Norteamérica.

Y en el centro de ese continente hallaron una gran raza cuya tecnología era casi tan grande como la de los propios Gizls. Aquel pueblo tenía una inteligencia y un ímpetu que rivalizaban con los que en tiempos tuvieron sus antecesores humanos, cuyas mentes habían sido transferidas a los cuerpos broncos y embarazosos de los Gizls.

Rezar hizo una pausa. Sus ojos inteligentes parecían estar desgajados en su pesado cuerpo animal de canguroide.

—¿Qué fue lo que les atrajo de Superior, entre todos los demás sitios? —preguntó Alis.

Rezar pareció sonreír.

—Dos cosas. Cavalier y el chicle burbujeante.

—No me diga —protestó Alis—. Me está usted tomando el pelo.

—No —insistió Rezar—. Es la pura verdad. El chicle burbujeante nos atraía porque el haber estado durante generaciones tomando comida en cápsulas había debilitado y aflojado nuestras dentaduras, y el chicle servía para vigorizarlas. O sea, no como alimento, sino como ejercicio. Y el Instituto Cavalier nos atraía porque había allí hombres que hablaban en términos que tenían cierto parecido con el secreto de nuestra impulsión aplicada a las astronaves.

Alis se echó a reír.

—Esto haría que papá se muriese de alegría —dijo—. Pero ahora ustedes sabrán que no se trata más que de una chifladura.

—Desgraciadamente —asintió Rezar—. Sí, desgraciadamente. Pero estuvo cerquísima. Magnología. Cosmolineación. No es más que la misma jerga que nosotros aprendimos en tiempos. Osbert Garet está loco. Inofensivo, pero loco.

Don le preguntó a Rezar:

—Pero si esa regla moral que tienen ustedes inculcada es tan fuerte, ¿cómo no les impidió alzarse con Superior?

Rezar replicó:

—Ahora ya hay entre nosotros facciones Una especie de evolución, supongo. Nada es estático. Una facción —se dio unos golpecitos en el pecho está completamente atada por el mandato. Pero en la otra, la autopreservación pone un límite al mismo.

La explicación parecía ser que la otra facción, que iba creciendo en fuerza a cada fracaso en encontrar un mundo para ellos solos, opinaba que en un planeta como la Tierra, con una historia de hombres que guerreaban contra otros hombres, era preciso que los Gizl no fuesen más morales que los propios habitantes humanos.

—Los buenos Gizls contra los malos Gizls, ¿no es así? —preguntó Alis.

Rezar pareció sonreír. Los malos Gizls, guiados por uno de nombre Kaliz, habían conseguido el poder durante algún tiempo y procedido a la elevación de Superior, con el propósito de unirla a los trozos y fragmentos de otros planetas que habían reunido previamente y que tenían almacenados en el cinturón de asteroides. Pero la influencia de Rezar había logrado persuadirles para que no se llevasen la ciudad directamente al espacio, por lo menos mientras no hubieran resuelto el problema de cómo desembarcar primero a los habitantes de Superior.

Don, no acostumbrado a su nuevo papel de árbitro interplanetario, dijo tanteando:

—No puedo autorizarle a usted a llevarse Superior, ni siquiera después de que nos haya desembarcado a nosotros, pero debe de haber un trozo equivalente de tierra que podríamos dejarles.

—Pero Superior no es todo —contestó Rezar—. Para usar una de las expresiones náuticas de ustedes, Superior representa tan sólo un crucero de ensayo. Nuestra capacidad en separar un centro poblado como éste ha puesto de manifiesto que es completamente factible elevar otras comunidades típicas, tales como Nueva York, Magnitogorsk y Heidelberg, por citar diferentes ejemplos de cultura terráquea.

Don oyó un grito sofocado procedente del Pentágono, o que venía quizá de la Casa Blanca.

—¿Quiere usted decir que ya han hecho sondeos bajo cada una de esas "comunidades"? —preguntó Don.

Rezar se encogió de hombros.

—Es la facción de Kaliz —explicó como si quisiera desentenderse del proyecto de separar algunas de las propiedades más escogidas de la Tierra—. Tratan de formar un Museo Histórico de mundos habitables.

—Souvenirs interplanetarios —dijo Alis—. ¿Con habitantes de congelación rápida? Don, ¿qué vas a hacer?

Don no sabía ni siquiera lo que decir. Sus ojos se encontraron con los de Héctor.

—A mí no me mire usted —dijo Héctor—. He abdicado definitivamente.

—Oiga —le dijo Don a Rezar—, ¿hasta qué punto están en marcha tales planes? Quiero decir, ¿hay algún plazo para esa levitación en masa?

—Veinticuatro horas del tiempo de ustedes —replicó Rezar.

—¿Puede usted pararlos? ¿No es usted el jefe?

El extranjero devolvió la pregunta contra Don.

—¿Es usted el jefe?

Don empezaba a sacudir la cabeza cuando la voz de Sireno Frank tronó:

—¡Sí, maldito sea, él es el jefe! Don, levante usted su mano derecha. Voy a hacerle general de Brigada. No, qué demonios, general de División. Repita lo que yo diga...

El general Don Cort se cuadró. Estaba casi acostumbrándose a aquellos ascensos meteóricos.

—Ahora negocie —dijo Fogarty—. ¿Me oye usted, señor Gizl Rezar? Los Estados Unidos de América, se hallan detrás del general Cort. —No hubo ninguna objeción audible por parte de la Casa Blanca—. ¿Quién está detrás de usted?

—Un gobierno democrático —contestó Rezar—. Lo mismo que el de ustedes.

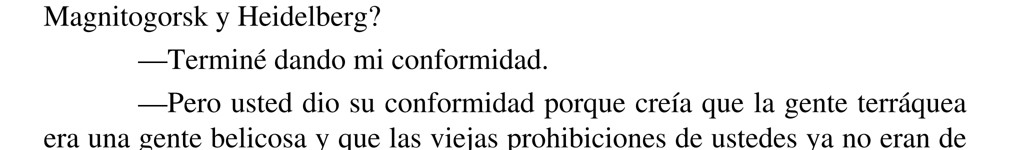
—¿Es usted su representante? —preguntó Fogarty.

—Con mi Consejo, sí.

—Entonces podremos llegar a un acuerdo. Háblele, Don. Yo ahora voy a cerrar.

Don le dijo a Rezar.

—¿Fue decisión de usted el escarbar debajo de Nueva York y de


Magnitogorsk y Heidelberg?

—Terminé dando mi conformidad.

—Pero usted dio su conformidad porque creía que la gente terráquea era una gente belicosa y que las viejas prohibiciones de ustedes ya no eran de aplicación. Pero no somos una gente belicosa. La Tierra está en paz.

—¿Seguro? —preguntó Rezar tristemente—. Vuestro avión atacó al submarino.

—En defensa propia —dijo Don—. No olvide que también les defendimos a ustedes. Y lo haríamos de nuevo, pero no sin ser provocados.

Rezar se quedó pensativo. Con sus largas uñas tamborileó sobre la mesa. Por fin dijo:

—Lo creo. Pero antes debo hablar con mi pueblo, como usted ha hablado con el suyo. Reunámonos más tarde —pareció estar haciendo un cálculo mental—, dentro de tres horas. ¿Dónde? ¿Aquí?

—¿Qué les parecería Cavalier? —sugirió Alis—. Sería la primera cosa importante que sucediera allí alguna vez.

Por vez primera desde que Superior despegó, todos los representantes de la ciudad, elegidos o autodesignados, se reunieron amistosamente. Estaban congregados en el paraninfo del Instituto Cavalier aguardando la llegada de Rezar y de su Consejo para entablar conversaciones que podrían decidir, no sólo la suerte de Superior, sino la de Nueva York y dos ciudades extranjeras.

Aparentemente el Pentágono esperaba que Don alegase que tenía autoridad para hablar en nombre de Rusia y de Alemania lo mismo que de los Estados Unidos. Pero, constitucionalmente, ¿podía hablar por los Estados Unidos? Estaba seguro de que Bobby Thebold, al constituir exactamente el uno por ciento de aquel gran Cuerpo deliberante, el Senado, le dejaría conocer si se arriesgaba demasiado lejos, hubiera crisis o no.

El senador, reunido con Geneva Jervis, estaba sentado en un sofá, reteniendo la mano de la muchacha, en frente de la chimenea en la que ardían alegremente unos leños.

Estaba insólitamente tranquilo. Jen Jervis, sobria del todo y con el cabello recién teñido de rojo, había saludado a Don con una fría inclinación de cabeza.

Thebold se había lamentado al saber que Don Cort no era el infeliz gañán que él había creído. Pero se recobró rápidamente, diciendo que si había algo que él hubiera aprendido en su carrera de senador, era el arte del compromiso. Intervendría con el representante debidamente autorizado del Pentágono, con el que siempre había mantenido las relaciones más cordiales.

—¿No es así, corazoncito? —le preguntó a Jen Jervis.

Jen se sintió turbada.

—Por favor, Bobby —rogó—. No en público.

El senador le apretó la mano.

El profesor Garet, cuya esposa e hija estaban sirviendo el té, se hallaba con Ed Clark cerca de la gran ventana de guillotina a través de la cual miraban de vez en cuando para ver si venían los Gizls. Maynard Rubach estaba sentado en un sillón de cuero cerca de Héctor Civek, quien se había despojado de su armiño y llevaba un terno viejo de cheviot grueso. Doc Bendy estaba sentado en una esquina él solito. Mostraba una extraña placidez.

Don Cort, a pesar de sus cuatro estrellas fantasmales no dejaba de decirse a sí mismo que no debía permitir que aquellos hombres maduros le hicieran sentirse como un crío.

Cada uno de ellos había tenido una oportunidad para hacer algo positivo y todos habían fracasado.

—Caballeros —dijo Don—, mis últimas informaciones de Washington confirman que los Gizls en realidad han hecho excavaciones bajo las ciudades que dicen que su facción militante quiere llevarse al cinturón de asteroides, lo mismo que excavaron bajo Superior antes de que ésta despegara. Así pues no están faroleando.

—¿Cómo se ha sabido lo de Magnitogorsk? —preguntó Ed Clark—. ¿Es que el telón de acero se está enmoheciendo?

Don le dijo que los rusos, impresionados por la urgencia de una llamada telefónica sin precedentes desde la Casa Blanca al Kremlin, habían admitido por fin que su gran ciudad industrial estaba montada en lo alto de un panal. La conversación telefónica había rozado también delicadamente la cuestión del submarino hundido en medio del Atlántico, y hubo un tácito acuerdo de que el comandante del sumergible se había excedido en sus atribuciones al disparar los proyectiles dirigidos, y que no volvería a hablarse del incidente.

Maynard Rubach se apartó de la ventana.

—Aquí vienen. Son tres. Pero no parece que vengan del caserón de McFerson.

—Pueden venir de los sótanos que tienen bajo las gradas —dijo Don—. La señorita Jervis y yo encontramos allí uno de sus túneles. ¿Te acuerdas, Jen?

Jen Jervis se sonrojó ligeramente y Don lamentó haber sacado a relucir aquel tema.

—Sí —dijo ella—. Me desmayé y Don, el señor Cort, el general Cort, me ayudó.

—Le estoy muy agradecido al general —declaró el senador Thebold.

El profesor Garet se dirigió a la puerta. Los tres Gizls le siguieron al interior de la estancia. Todo el mundo se puso en pie formalmente. Se produjo algún desconcierto porque nadie había caído en la cuenta de que los Gizls

necesitaban sillas sin respaldos para acomodar sus colas.

Los Gizls, que se parecían extraordinariamente, se sentaron juntos. Don, un poco al buen tuntún, se dirigió al de enmedio.

—Caballeros —dijo—, primeramente me cabe el honor de anunciarles, en nombre del Presidente, la concesión de la Medalla del Mérito en recompensa por la pronta acción con que salvaron innumerables vidas durante el incidente del submarino. La medalla auténtica les será presentada cuando restablezcamos el contacto físico con la Tierra.

Rezar, que resultó ser el que estaba en medio, aceptó con una grave inclinación de cabeza.

—Nuestra pena es que no pudimos impedir de la misma forma la pérdida de muchos objetos valiosos —contestó.

—Señor Rezar —prosiguió Don—, no he sido educado en los procedimientos diplomáticos así es que hablaré con entera franqueza. No tenemos intención de renunciar a Nueva York. Contrariamente a la opinión general, hay cerca de ocho millones de personas que quieren vivir allí. Y estoy seguro de que los habitantes de Heidelberg y Magnitogorsk sentirán de la misma forma respecto a sus ciudades.

—Entonces ustedes entregan Superior —dijo Rezar.

—Yo no he dicho eso.

—Entreguen Superior y les garantizaremos el transporte seguro a la Tierra de todos sus habitantes. Sólo necesitamos el fundamento físico.

—Les entregaremos la fábrica de chicle burbujeante para aliviar su problema dental, mediante la correspondiente indemnización —dijo Don.

—Se pagará todo lo que nos llevemos. Dennos Superior intacto, incluyendo la Fábrica y el Instituto Cavalier, y les colocaremos en el sitio que ustedes designen una porción de igual tamaño traída del planeta Marte.

—¿Marte? —preguntó Don—. Esa seria una pieza muy valiosa para los estudios de los investigadores.

—Acepte —oyó Don que Frank Fogarty decía desde el Pentágono.

El profesor Garet tomó la palabra.

—Si Cavalier se va, yo me iré con él. No lo abandonaré.

—Y yo no te abandonaré a ti, Osbert ——dijo su esposa—. ¿Tendremos aire allí entre los asteroides?

—Nosotros respiramos aire como ustedes contestó Rezar—. Cuando hayamos juntado nuestro planeta, habrá muchísimo. Serán ustedes bienvenidos, profesor y señora Garet.

—¿Qué dice usted, Héctor? —preguntó Don —. Todavía es el alcalde de Superior. ¿Qué piensa de esto?

—Por mí pueden llevárselo —dijo Héctor—. Cogeré un puestecito

tranquilo en un Departamento del Gobierno Federal, si usted me lo consigue.

—Héctor —intervino Ed Clark—, ya veo por qué nunca has tenido un éxito clamoroso en política. El pueblo te ha importado siempre un comino. No te preocupabas más que de ti mismo.

Héctor se encogió de hombros.

—No te las des de angelical, muchachito —replicó—. ¿Por qué no ha salido El Centinela esta semana? Yo te lo diré. Porque has estado tan ocupadísimo informando a la Agencia Distribuidora de la cadena Grayson, por medio de la radio particular de Thebold, que no te ha quedado tiempo para otra cosa. ¿Cuánto te pagan?

Ed Clark, desinflado, murmuró:

—Las noticias son las noticias.

—Entonces, ¿eso era lo que estaba usted haciendo el otro día en la Casa de la Gripe con el senador Thebold? —le preguntó Don a Clark—. ¿Cerrando ese trato?

—Vamos, general —dijo Thebold—, ¿querría usted privar al pueblo de su derecho a estar enterado? En toda mi carrera de senador he blandido la antorcha de la prensa libre contra la censura gubernamental, que es el primer paso que conduce a un gobierno totalitario.

—Estoy seguro de que una de las condiciones del trato fue la de que en las crónicas de Clark apareciera usted nada menos que como un héroe —dijo Don.

—No sea tan honesto, jovencito —replicó Thebold—. No juzgue si no quiere ser juzgado, que es lo que se dice. ¿No está usted en estos momentos subastando un trozo de un Estado soberano de los soberanos Estados Unidos? Da la casualidad de que yo no represento a Ohio, pero si lo representara, me levantaría en la Cámara Alta para pedir que le llevasen a usted ante un Consejo de Guerra.

—Cálmese, senador —ordenó Don—. Ahora no está usted en la Cámara Alta. Está en un satélite artificial que en cualquier momento puede dar un salto al espacio cósmico.

Doc Bendy intervino por primera vez.

—¡Bien por el muchachito! Le has cantada las cuarenta, bonito. Suupp... pperior... la ciudad hacia la que se alzan todas las miradas.

Don le miró frunciendo el ceño. Bendy se había hundido profundamente en su butaca de la esquina. Recogió la mirada de Don con una ancha sonrisa que se desvaneció en un hipido.

—No hace falta que lo digas, Donito. He estado bebiendo. Desde que Superior rizó el rizo y vi que me libraba por milagro de un batacazo. Desde entonces nada vale la pena. Entre la eternidad y el estar vivo no hay más que el brinco de un canguro. Eso es. Desde entonces el viejo Bendy no hace más

que empinar el codo. Pero tú sigue adelante, muchacho. Lo estás haciendo muy bien.

—Gracias —contestó Don irónicamente—. Creo que esa opinión completa la del equipo cualificado para hablar en nombre de Superior. ¡Oh, lo siento, doctor Rubach! ¿Tiene usted algo que decir?

Pero todo lo que el corpulento presidente de Cavalier tenía que decir, aunque lo dijo con gran extensión, fue que si Cavalier era llevado como formando parte de un todo, sus accionistas tendrían que recibir una compensación adecuada El profesor Garet le tiró de la manga y dijo:

—Siéntate, Maynard. Ya han dicho que pagarán.

La voz de Fogarty zumbó en los oídos de Don.

—Dese un poco de prisa, general. Por lo menos cierre el trato sobre Superior antes de que llegue ahí la prensa.

—¿La prensa?

—Los demás periódicos no podían permitir que la cadena Grayson se quedase con la exclusiva. Clark va a tener ahora un montón de compañeros Los muchachos han arrendado un vertiplano. El primero de una línea recién inaugurada. Ya usted los ha visto. Aterrizan en cualquier parte.

—Perfectamente. trataré de avivar esto. —Dirigiéndose hacia los Gizls, Don dijo—: Está bien, Se llevan ustedes Superior, menos sus habitantes, y nos traen un pedazo de Marte.

—De acuerdo —dijo Rezar.

La cosa se arregló con esa sencillez. Nadie objetó. Muchos de los que se habían proclamado salvadores de Superior habían quedado desenmascarados.

—Han renunciado ustedes a Nueva York —dijo Don.

Se sentía como si estuviera jugando una partida de monopolio interplanetario.

—Les daremos a cambio un trozo del Gran Desierto Central, si Australia da su conformidad. (¿Correrá eso a cargo de la SEATO, señor Secretario?) Completo con canguros y aulabis, si quieren ustedes.

—De acuerdo —dijo Rezar.

Don suspiró plácidamente pero con disimulo. Ahora lo demás resultaría relativamente fácil, después de haber salvado el escollo de Nueva York.

Pero Kaliz, aquel a quien Alis había calificado de Gizl malo, movió la cabeza violentamente y habló por primera vez.

—No —dijo con firmeza—. Debemos tener Nueva York. Es con mucho la mayor de nuestras conquistas y no la cederé.

Rezar dijo secamente:

—Hemos renunciado a las conquistas.

—Estoy cansado de tus moralismos —replicó Kaliz—. Estamos tratando con seres que lo único que respetan es la fuerza. Si contemporizamos ahora, nos perderán el respeto.

Creerán que nuestro nuevo mundo es débil y que está maduro para la conquista. Puesto que tenemos la fuerza, usémosla. Esto es, cojamos a Nueva York y a sus habitantes y tengámoslos como rehenes. La ciudad está lista para ser levantada.

—¡No! —gritó Don—. No pueden ustedes llevarse Nueva York.

Kaliz pareció sonreír.

—La tenemos ya. Ahora se trata de una mera cuestión de transporte.

Se llevó una mano de largos dedos a su pecho peludo donde, casi oculto en la piel gris azulada, había un disco plano perforado. Habló poniéndose el disco en la boca:

—¡Enseñadles hasta qué punto Nueva York es nuestro!

—¡Espera! —dijo Rezar.

—Sólo una demostración —le aseguró Kaliz—, a lo menos de momento.

La voz de Frank Fogarty, alarmada, ordenó urgentemente:

—Dígale que le creemos. Nueva York informa que hay allí un terremoto o algo por el estilo. ¡Por el amor de Dios, dígales que la dejen quieta mientras reconsideramos el asunto!

Kaliz movió la cabeza satisfecho.

—La ciudad está tal como estaba. Nuestra gente subterránea sólo han levantado Nueva York una fracción de pulgada. Con la misma facilidad podría haber sido una milla. No subestimen nuestro poder.

Rezar estaba agitado.

—Vinimos en son de paz —le dijo a su colega Gizl—. No nos marchemos en son de guerra. Por ambos lados hay fuerza capaz de destrucción incalculable. Ninguno de los dos bandos debe utilizarla. Somos un pueblo democrático. Votemos. Yo digo que no debemos llevarnos a Nueva York.

—Y yo digo que sí debemos —le replicó Kaliz—, por nuestro propio interés.

Se volvieron hacia el tercer canguroide, que había estado mirando al uno y al otro, reflejándose la indecisión en sus ojos.

Kaliz le gritó:

—¡Venga, Ezial! ¡Vota!

Ezial dijo:

—Me abstengo.

Callejón sin salida.

Don estaba sudando. Miró a las demás personas que estaban en la habitación.

Estaban todos tensos, pero silenciosos, deseando al parecer dejarle la cosa a Don y a su enlace con el Departamento de Defensa.

La voz de Frank Hogarty intervino:

—La Aviación está movilizada con toda su fuerza desde hace media hora, general.

Todo el tiempo ha permanecido en estado de alerta.

Don empezó a interrumpirle.

—Ya sé que me están oyendo —continuó el Secretario de Defensa—. Quiero que me oigan. No deseamos luchar, pero lo haremos si es necesario. Hijo mío... —la bronca voz desfalleció un momento—. Si es necesario destruiremos a Superior para matar a ese extranjero y salvar a Nueva York. Como tal soldado, espero que comprendas. Son las vidas de tres mil personas contra las vidas de ocho millones.

Los únicos que habían escuchado aquellas frases habían sido Don y el Gizl. Don miró al otro lado de la habitación buscando los ojos de Alis. Ella le dirigió una tímida sonrisa al notar su expresión preocupada.

—Sí, señor —dijo Don por fin.

Rezar habló.

—Esto es una locura.

Tocó el disco que llevaba disimulado en la piel de su pecho.

—¡No! —gritó Kaliz.

—Es el momento —replicó Rezar—. Estamos empezando a fracasar en nuestra misión.

—Habló con reverencia hacia el disco—: Mi señor, despierta.

Kaliz dijo presuroso:

—¡Elevad a Nueva York! ¡Traedla para arriba!

—Ahora no te obedecerán —dijo Rezar—. He invocado el consejo del Maestro.

El hombre era frágil e increíblemente viejo. Tenía escasos cabellos blancos y el rostro surcado por profundas arrugas, pero sus ojos se mantenían vivos e inteligentes. Iba vestido con una especie de túnica de tejido blando de cálida apariencia. Su expresión era a la vez de bondad y de fuerza.

Había sonado el timbre de la puerta y la señora Garet fue a abrir la puerta. El anciano penetró lentamente en la habitación, seguido a respetuosa distancia por dos Gizls.

—Mi señor —saludó Rezar.

Se puso en pie y se inclinó de la misma manera que lo hicieron los otros Gizls.

—Había esperado poderos dejar dormir hasta que vuestro nuevo mundo hubiese quedado preparado para Vos. Pero se corría el gran riesgo de que, si me retrasaba, vuestro mundo nunca habría llegado a ser. Perdonadme.

—Hiciste bien ——declaró el anciano.

Don también estaba en pie, experimentando la sensación de temor respetuoso que inspiraba aquel personaje.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó.

—¿Cómo está usted, general Cort?

—¿Sabe usted mi nombre?

—Sé muchas cosas. Demasiadas para un cuerpo tan viejo y tan frágil. Pero alguien tenía que preservar la herencia de nuestro pueblo y fui yo el elegido.

—¿No quiere usted sentarse, señor?

—Seguiré en pie, gracias. He descansado demasiado tiempo. Durante generaciones, a decir verdad ¿Debo contestar a algunas de vuestras preguntas más urgentes? Me gustaría decir lo antes posible unas cuantas cosas, antes de que Sireno Frank apriete el botón del pánico.

—¿Puede él oírle o debo repetírselo?

—¡Oh, no, él me oye! Tengo cachorritos en abundancia, aunque de momento yo esté entre planetas Debo decir que constituye un placer para mí verme de nuevo entre personas.

Inclinó la cabeza gentilmente en torno a la habitación saludando de nuevo. La señora Garet le sonrió.

—¿Querría tomar una taza de té?

—Gracias, tal vez más tarde Primero debo asegurarles a ustedes y a todos los de la Tierra que nadie recibirá de nosotros ningún daño y que para nuestro nuevo mundo no deseamos nada que ustedes no quieran darnos voluntariamente.

—Resulta muy agradable oír eso —dijo Don—. Supongo que ha permanecido usted en una especie de letargo animado desde que abandonó su viejo mundo. Por eso me maravilla ver cómo sabe hablar inglés.

—Todo estaba aletargado menos el subconsciente. Ese seguía funcionando y absorbiendo todo lo que los Gizls le iban imbuyendo. Y los Gizls han estado absorbiendo vuestra cultura durante diez años, de forma que ahora estoy bastante al día. Y ciertamente estoy lo bastante enterado como para presentarles mis excusas por todas las molestias que mis asociados les han causado en su celo por restablecer la raza humana de Gorelzed. En el caso


de Kaliz, naturalmente, ha sido un celo excesivo que necesitará ser depurado.

—Perdóneme, Maestro —dijo Kaliz humildemente.

—Te perdono. Pero, de todas formas, habrás de ser depurado.

Don preguntó:

—¿Le he entendido bien en lo que ha dicho sobre su plan de restablecer vuestra raza? ¿Quiere usted decir que son ustedes más, aparte de la gente-canguro?

—¡Oh, sí! Gente joven. Los más jóvenes de Gorel-zed. Fueron sumidos en el sueño al mismo tiempo que yo, pero están listos para despertar cuando quede construido su nuevo mundo. Hasta entonces no les despertaré. Espero vivir lo suficiente para hacerlo.

—Estoy seguro de que vivirá, señor.

—Es usted muy amable. Pero sigamos con nuestro asunto. Naturalmente no nos llevaremos ni a Nueva York ni a las otras dos ciudades. (Hubo una colección de suspiros de alivio desde Washington.) Pero nos gustarían algunas porciones de vuestra jungla deshabitada, cuanto más exuberante, mejor, para utilizarlas en nuestro Departamento de Oxígeno. Nos gustaría también recibir un poco de vuestro aire, si es que pueden desprenderse de él. Ahora tenemos que surtir a todo un planeta, no simplemente a astronaves aisladas.

—¿Cómo se las arreglan ustedes para obtener aire por el espacio? —preguntó Don.

—De momento —dijo el Maestro—, me temo que no estamos preparados para divulgar nuestros conocimientos científicos.

—No era intención mía tirarle de la lengua. No parece que sea cosa que se le pueda hacer. ¿Cree usted que podremos desprendernos de un poco de aire, señor Secretario?

—Tendré que preguntárselo a los muchachos científicos —contestó Frank Fogarty—. Mientras tanto ya nos hemos puesto de acuerdo con Australia sobre lo del desierto. Pero sus amigos Gizls tienen que preocuparse de reinstalar a los indígenas de aquel trozo, y además tienen que llevarse todos los conejos, o, si no, no hay trato que valga.

—Conforme dijo el Maestro con una sonrisa—. Pero díganles por favor a los granjeros que no disparen. Mis amigos sólo tienen de canguro la apariencia.

Mientras Don y el Maestro negociaban los trámites necesarios para que Superior descendiese de forma tal que sus habitantes pudieran ser devueltos a la Tierra, un rayo de luz se precipitó desde el cielo. Por la ventana vieron cómo el vertiplano se posaba suavemente en el campo del Instituto.

—Desde luego es muchísimo mejor que un dirigible ——confesó el senador Thebold con admiración.

El profesor Garet se levantó para mirar.

—Es la prensa —le dijo a su esposa—. Deberías invitarles a que pasaran. Espero que tendremos té suficiente para todos.

La puerta del vertiplano se abrió y la primera oleada de reporteros salió al aire libre.

XIII

Mientras Superior volvía a cruzar el Atlántico, a la gente de la Tierra se le dio una excursión de despedida. Por primera vez existió la posibilidad de lanzar una ojeada permitida a los dominios subterráneos de los Gizls, adonde llegaron a través del túnel que salía de la parte inferior del graderío de Cavalier.

La sala-observatorio que Don y Jen Jervis habían descubierto, estaba unida por un ascensor oculto a una vasta cámara principal. Un gran tablero de mando estaba empotrado en una de las paredes. Media docena de Gizls permanecían al borde del tablero. De vez en cuando uno de ellos se lanzaba hacia arriba en un brinco poderoso, empuñaba una de las palancas, la colocaba en la posición debida y luego descendía graciosamente hasta el suelo.

Don y Alis se quedaron por un momento viendo como el profesor Garet se mesaba la barba al darse cuenta de la magnitud de la operación mediante la cual Superior surcaba los aires y pronto sería capaz de ascender, a través del espacio, hasta el cinturón de asteroides.

—¡Pobre papá! —le susurró Alis a Don—. Después de tantos años, ahora ve la Magnología en pleno funcionamiento, y él no tiene nada que ver con eso.

—¿Ese es el motivo por el que quiere irse con el Maestro?

—Me lo imagino. Si se quedara en la Tierra, no tendría nada que hacer. Es demasiado viejo para empezar dé nuevo. Han sido muy amables al acceder a llevarse a él y a mamá. En cierto modo supongo que su ida es la justificación de todos sus años de trabajos. Así, por lo menos, estará cerca de las cosas que él podría haber descubierto en circunstancias adecuadas.

—No estará solo además —dijo Don—. ¿Has notado las ganas que hay de emigrar?

Mofletudo McFerson ha decidido seguir pegado a su fábrica de chicle. Dice que los Gizls constituyen un mercado fabuloso. Vio como uno de ellos se metía en la boca cinco pastillas de las grandes de un solo golpe. Así como así. eso son ya veinticinco centavos.

Alis estalló en una carcajada.

—Y la mitad de los estudiantes de Cavalier quieren irse también. Cualquiera se imaginaría que habrían perdido la confianza en papá, pero no es así. Opino que hay que estar como una cabra para ser los primeros en apuntarse.

—El senador Thebold ha iniciado una campaña para que lo nombren embajador de los Estados Unidos en Superior. He estado oyendo las declaraciones que le hacía al enviado del New York Times. Sospecho que le

darán el puesto; necesitarán su influencia para que el Senado apruebe el tratado con los Gizls.

—He tenido una charla íntima con Jen Jervis. —dijo Alis—. ¿Has notado que está radiante? El senador le ha pedido por fin que se case con él. Eso es todo lo que ella quería. De esta forma Bobby el Audaz ha terminado por caer en el lazo.

—Tienes razón —dijo Don deseando que la conversación se apartara de Jen Jervis—. ¿Dónde está Doc Bendy? Ha resultado ser un perfecto fracaso.

—¡Pobre Doc! —exclamó Alis—. Siempre fue el primero en formar comisiones. Pero ahora se le ha acabado todo su entusiasmo y no recurre más que a la botella. Hace un momento acaba de recoger otro barril.

Don castañeteó los dedos.

—¡El barril! Casi me olvido de la cuestión del duplicador de materia. Puesto que a ti te puede dar perfumes y a Doc le puede dar ron.. ¡Vamos! Abramos de nuevo las negociaciones con el Maestro.

Encontraron al anciano rodeado por un corro de periodistas y mostrándose encantadoramente evasivo con el director científico de Time. El profesor Garet acababa de unirse al grupo, donde estaba escuchando tan ávidamente como un estudiante.

El Maestro estaba mostrando la cámara abovedada en la que había permanecido durante generaciones desde que las naves espaciales salieron de Gorel-zed. Les dejó examinar el cajón, tamaño de féretro, que había sido su cama e indicó los otros cajones donde todavía dormían los jóvenes, aguardando el nacimiento de su nuevo planeta. Don contó menos de tres docenas de cajones.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Los bebés y los niños ocupan menos espacio —explicó el Maestro —. Hay dos o tres en cada cajón, y todavía hay más en las naves que nunca han venido a la Tierra. De todos modos no somos más allá de mil.

—Pero, ¿no disponen ustedes del duplicador de materia? —preguntó Don—. ¿Es que no opera sobre la gente?

—Desgraciadamente, no. La multiplicación de sustancia no se ha conseguido nunca con células vivas. No crea que no hemos probado. Tendremos que contentarnos con alentar a los matrimonios jóvenes y esperar un alto índice de natalidad.

—Sigamos hablando acerca del transubstanciados —dijo el hombre del Time, y la cabeza de Garet osciló de placer al escuchar el sonido resonante de la palabra—. ¿Cuál es su principio? No es que tenga usted que entregarnos el secreto; sino solamente darme una idea general.

El Maestro sacudió la cabeza.

Don preguntó:

—¿Qué querría usted a cambio del transubstanciados y del cetro paralizante que le dio a Héctor?

El anciano sonrió.

—Ni siquiera Nueva York —dijo—. Nuestro código moral no nos permite tales trueques. La Tierra tiene ya problemas suficientes.

—Ofrézcale la fórmula de la fusión —dijo la voz de Frank Fogarty desde el Pentágono.

El anciano se estremeció.

—Ya lo he oído —dijo—. ¡No, gracias, señor secretario!

—Le advierto que es la bomba H limpia —insistió Fogarty—. Será de construcción facilísima en vuestro nuevo planeta.

—Trataremos de arreglárnoslas a nuestra manera —repuso el Maestro.

Le preguntó a Garet:

—¿No diría usted, profesor, que con la Magnología tenemos suficiente para nuestros propósitos?

El padre de Alis resplandeció al verse consultado y al oír su propia terminología aplicada al sistema de propulsión Gorel-zediano.

—Más que suficiente —gritó con entusiasmo—. Mil veces preferible. La Magnología es segura, inofensiva y de un poder estático permanente. Es la nulificación definitiva de los rayos gravitatorios. Si algo puede juntar a los asteroides y convertirlos en el planeta que fueron una vez, la Magnología es la única que lo hará. Comprenderá usted hasta qué punto estaba yo descarriado. Vuestro sistema se ajustaba de una manera tan perfecta a mi teoría que me imaginé que era yo quien había conseguido levantar a Superior de la Tierra.

—Lo comprendo perfectamente —replicó el Maestro con benevolencia—. Y no puedo decirle lo mucho que me alegro de que usted y la señora Garet hayan elegido permanecer con Cavalier y Superior y convertirse en ciudadanos de nuestro nuevo mundo.

—¿Cómo llamarán ustedes a su nuevo planeta? —preguntó el reportero de la Agencia A. P.—. ¿Asteroida? ¿Algo por ese estilo?

—No lo hemos decidido todavía. Cualquier sugerencia será bien acogida.

El hombre de la Agencia U. P. I. se sintió inspirado.

—¿Qué le parece "Nuevmundo"? —preguntó—. Eso lo describe perfectamente, ¿no es verdad? Nuevo Mundo, Nuevmundo, ¿lo ve?

Escribió la palabrita en una tira de papel y se quedó admirándola.

—Gracias —dijo el Maestro—. Tomaremos su idea en consideración.

El hombre de la U. P. I. se sintió satisfecho. Ya tenía un lugar en la

Historia.

SUPERIOR, nov. 6 (AP). — La ciudad flotante de Superior, unida de nuevo a la Tierra después de cerca de seis días de peregrinaje aéreo. se prepara hoy a descargar a sus antiguos residentes. Sus nuevos habitantes, los Gizls canguriformes. que llegaron desde más allá dé las estrellas para lanzar un reto sin precedentes que comprometía a los Estados Unidos, a Rusia y a Alemania. han dicho que de un momento a otro se disponen a unir Superior al nuevo planeta que están construyendo en el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter...

HEIDELBERG, nov. 6 (AP). —Esta ciudad universitaria dijo hoy adiós a unos 400 visitantes interplanetarios que últimamente estuvieron excavando bajo sus cimientos. El primer platillo volante reconocido oficialmente aterrizó a primeras horas de la mañana en las afueras de Heidelberg y recogió a los Gizls que, a no ser por las astutas maniobras del Secretario de Estado de los Estados Unidos, "Sireno Frank" Fogarty, actuando mediante un ex sargento agitador enviado a toda prisa, general Don Cort...

MOSCÚ, nov. 6 (REUTER). — La ciudad industrial de Magnitogorsk ha adquirido hoy la seguridad de seguir siendo territorio soviético a causa de la partida de 1.000 extranjeros canguriformes. Estos visitantes de Gorel-zed, el mundo extinguido cuyos supervivientes aumentarán el número de planetas en el sistema solar hasta un total de diez, mediante la creación entre Marte y Júpiter de...

Del editorial del New York Daily News

ENCANTADOS DE HABEROS CONOCIDO GIZLS, PERO...

La próxima vez que nos visitéis, ¿qué os parecería hacerlo francamente, en lugar de andar escarbando como una pandilla de rojos?

ULTIMAS NOTICIAS.

A BORDO DE LA NAVE ESPACIAL SUPERIOR, nov. 6 (UPI). — Esta antigua ciudad de Ohio, adaptada para el viaje espacial, despegó hoy hacia el cinturón de asteroides después de descargar a 2.878 de sus ciudadanos en un convoy de autobuses destinado a un centro de realojamiento. Las otras 122 personas de su población anterior de 3.000 prefirió permanecer a bordo para ser los pioneros en el nacimiento del décimo planeta del sistema solar, Nuevmundo. Nuevmundo, llamado así por el corresponsal de la United Press International que acompaña a los supervivientes del extinguido planeta Gorelzed, se convertirá en el segundo planeta que se sepa habitado en el sistema solar...

—Espérame un momento, Alis —dijo Don.

—No, señor. Aquí el sargento-general Donald Cort, señor. Ni un minuto más. Se lo diré ahora mismo.

—Perfectamente. Señor le dijo Don Cort (general provisional) a Frank Fogarty, Secretario de Defensa—, ¿ha sido cumplida la misión?

Don y Alis estaban en el asiento de atrás de un coche del Estado Mayor que se encargaba de guiar al convoy de autobuses.

—Eso parece, hijo mío. Nuestros mejores telescopios no pueden ya distinguirlos. Yo diría que Nuevmundo está a punto de nacer felizmente.

Alis Garet, con los brazos alrededor del cuello de Don y con su cabeza en el hombro del mismo, habló directamente en el transceptor.

—Señor Fogarty, ¿se da usted cuenta de que no he estado ni un mal momento sola con esta estación humana de radio desde que le he conocido? Este es el hombre con más inhibiciones que existe en todo el Ejército de los Estados Unidos.

—Señorita Garet —contestó el Secretario de Defensa—, la comprendo perfectamente. Cuando yo estaba cortejando a la señora Fogarty era piloto de la Línea Meseck... Bueno, ahora eso no importa. Misión terminada, general Cort, muchacho.

—Entonces, señor —dijo Don—, el sargento Cort, respetuosamente, solicita permiso para desconectar esta maldita forma de invasión de la vida particular de uno, de forma que pueda preguntarle a la señorita Alis Garet si cree que podremos vivir los dos con la paga de un suboficial.

El conductor del coche del Estado Mayor, sargento él también, dijo por encima de su hombro.

—No se puede, general.

Fogarty contesto:

—No se muestre demasiado ansioso por volver al Cuerpo de Suboficiales, muchacho. Admito que el escalafón para generales no está muy abierto, pero creo que algo podremos conseguir que esté entre el galón de sargento y las estrellas de cuatro puntas. Supongamos que se toma usted un permiso de diez días mientras que viene a Washington, y entretanto veremos por aquí qué se puede hacer. Le esperaré en la Casa Blanca el dieciséis de noviembre. Me dice el Presidente que quiere ponerle una medalla.

—Sí, mi general —respondió Don.

Alis estaba muy cerca de él y Don sólo podía escuchar a medias.

—¿Ordena algo más, mi general?

—Sólo una cosa, Don. Bésala a ella también de mi parte. Cambio para ti.

—¡Sí, señor! —dijo Don—. Terminado, corto.

FIN